Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"La visita del trovero"

Por Silvio Ciancio

N.° 822

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



























FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redacción y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII Buenos Aires, enero 24 de 1928 N.º 822

Panamericanismo, por Rojas



—Coolidge ha dicho en la solemne sesión de apertura de la Sexta Conferencia Panamericana, que los países americanos se hallan en plena prosperidad y desenvuelven sus actividades en forma totalmente pacifista.

—Debe aludir, seguramente, a la paz de los muertos nicaragüenses que sucumbieron por la libertad de su país.



—Papá, ¿qué es eso de las conferencias panamericanas?

—Yo creo que debe ser algo así como el pan americano y el pan criollo.



—¿En qué edificio de la Habana se han reunido los representantes de las repúblicas americanas?

—En el teatro Nacional.

—Entonces va a resultar una comedia.



—La Conferencia Panamericana se reune nuevamente para trabajar por el bienestar y la gloria del hemisferio donde ha brotado una nueva humanidad y una nueva civilización!....

—Sí; pero en Nicaragua ha brotado un nuevo norteamericano con ametralladoras y... ¡viva la civilización!



—"Es un ejemplo elevado el que hemos dado al mundo resolviendo nuestras divergencias internacionales, sin recurrir a la fuerza", ha dicho el presidente norteamericano

—Se conoce que a los cañones les llama chocolatines.

A OBSCURAS

Por Eduardo Zamacois

Mercedes, una amiga que ignoraba los lazos de cariño habidos, desde muy antiguo, entre la hermosa cortesana y el célebre poeta, les presentó mutuamente.

—Don Pedro Equis... Antonia, mi mejor amiga.

Ella y él se inclinaron ceremoniosos, aparentando no conocerse, sintiendo que aquella inocente superchería les hermanaba en la penumbra del disimulo.

Sentáronse en el mismo sofá, cuidando inconscientemente de que sus rodillas no tropezasen, distrayendo sus miradas con los cuadros de alegres y pujantes colorines, las plantas y los disecados pajarillos que adornaban las paredes y ángulos del saloncito. Mercedes dijo jovialmente:

—Pues, sí; aquí tienes a mi amigo don Pedro, el gran cantor de los amores, cuyos versos no hay hombre, medianamente ilustrado que, en los momentos de borrachera sentimental, no sepa repetir de memoria.

—Así es.

—Bien recuerdo — prosiguió Mercedes riendo con la franqueza de la mujer que sabe tener la boca bonita — que cierto actor, conocido de todos, me sedujo recitándome versos de nuestro poeta.

...Y el poeta, evocando la evocación de aquellas deliciosas locuras, sonreía reconociendo que la misión de los pobres artistas que de nada disfrutan y que todo lo cantan, es triste como la de los sacerdotes, obligados a bendecir los placeres de una amor vedado a ellos eternamente. Mercedes, que salió un instante, volvió mostrando un telegrama que acababan de traer y la forzaba a marchar a la calle.

—Quedan ustedes en su casa — dijo; — empero no dudo sabrán ser juiciosos y tratarse con respeto.

Al verse solos, Antonia y el poeta volvieron los ojos al pasado.

—¿Te acuerdas?

—¡Cómo no! — repuso ella; — ¿y quién pensara que íbamos a tropezarnos aquí, después de tanto tiempo?...

Más de quince años fueron pasados desde entonces, y, en la neblina de la distancia, el recuerdo de aquellos amores castos, nacidos en edad demasiado temprana, pintaba un ramalazo de alegre y suave color.

Ella no hubiese querido disgustarle, pero la realidad se imponía con tal fuerza; que su generoso sentimiento quedó vencido.

—Bastante — murmuró.

Aunque colocada en los linderos últimos de la segunda juventud, se conservaba hermosa y por todo extremo fresca y deseable, habiendo pasado la brisa por ella como la brisa sobre las flores, sin marchitarla; para él, en cambio, la existencia fué huracán fortísimo que apagó la lumbre de sus ojos y aró su frente y quebrantó los resortes de la ya desgobernada voluntad. Y aquel desvalimiento lo revelaban el arco desilusionado de sus labios y su mirada fría, como la de los viejos que presenciaron la desaparición de todo lo amado.

—Aquellos tiempos — exclamó Pedro, cerrando los ojos para mejor rendir su espíritu al dulce columpio del recuerdo, — forman en mi memoria una acuarela de sencilla composición y regocijados tonos.

Antonia suspiró.

—A pesar de los años transcurridos — dijo, — no he podido olvidarte y, siempre que leía tu nombre, el ayer renacía...

Le contemplaba atentamente, doliéndose de hallarse tan viejo, tan caído, tan feo... con su calvo cráneo limado por el insomnio, su semblante que marchitó el hastío, sus labios cansados de besar y de mentir pasiones...

Dos días después, en la misma casa, tornaron a verse; y tras aquel encuentro vino una cita, y luego otra... Citas honestas de amigos, de verdaderos amigos, que hallan, charlando juntos, sabroso pasatiempo.

—¿Cómo estoy? — preguntaba ella.

—Mejor que antes, más mujer, más hecha: diríase que los años te perfeccionaron, trazando curvas, puliendo angulosidades, corrigiendo, en fin, gallardamente, lo que la impaciente juventud dejó mal concluído.

Mientras el poeta hablaba, la gentil cortesana se estremecía mordida por un capricho que iba definiéndose, sojuzgando su ánimo bajo una fuerza invasora incontestable. Sin saberlo, adoraba a Pedro; le admiraba, hubiese querido pasar la vida pendiente de sus labios elocuentes... y pertenecerle, para ahuyentar sus penas.

—Su alma es hermosa — pensaba Antonia, exaltándose.

Mas inmediatamente después, la voz implacable de su buen sentido, respondía:

—¡Pero es tan feo!... ¡Tan feo!...

Y para escucharle miraba al suelo, hallando grato aquel apartamiento de la realidad desconsoladora.

...Fué otra tarde en aquel mismo coquetón saloncito. Pedro callaba, considerando imposible la reconquista de su antigua amada, que languidecía; silencio augusto, cargado de recuerdos que desbordaban su amor. Mercedes había salido.

—¿Por qué ese mutismo? — preguntó Antonia.

—¿Qué puedo decir?... ¡Estás tan lejos de mí! ¡Tan lejos!...

—¡Oh!... No lo creas. Vivo muy cerca de ti, tan cerca como antes, acaso más vecina que nunca... Porque mi espíritu, instruído por la experiencia, comprende mejor los raros méritos del tuyo. ¡Háblame... háblame!...

—¿De qué?

—¡Ah, no sé!... No sabría decírtelo... Pero, habla... la corrección de tu discurso y tu voz, que nubló la tristeza, aturden mi razón dulcemente, como el vaho aromoso de los pebeteros. Sí, por lo más santo... no me niegues el favor de escucharte. Háblame de amor... evoca lo pretérito; jura, como sólo tú sabes hacerlo, que no me has olvidado todavía... ¡Habla!

Y él habló... friamente al principio, como viejo actor que representa; después con fuego, sintiendo caldearse sus nervios bajo la viril sacudida de su propia inspiración.

—Antonio... ¿te acuerdas?...

Hablaba cogiéndole las manos, envolviéndola en una mirada ardiente, dejando que su aliento acariciase la frente de la amada. Y reconociéndose elocuente, se entregaba contento a este juego de gestos y de palabras, con la doble alegría del amante y del artista que espera ser aplaudido. Y proseguía:

—En vano intentas sustraerte a ti misma, me quieres, lo sé, me consta... Si así no fuese, ¿a qué esa turbación? ¿A qué ese humillar la cabeza y bajar los ojos?... Oyeme, soy yo... tu Pedro... quien te llama; soy tu pasado, tu juventud primera, que vuelven conmigo.

Ella balbuceaba, entregándose al hechizo de la ficción.

—¡Pedro mío!... ¡Pedro!...

—Antonia, mi Antonia... adorada de mi alma... ¿Es posible que después de separación tan dilatada, volvamos a estar juntos?... Hace mucho tiempo, juré amarte, y mi fe cumplió lo jurado sin que ni la distancia ni los frívolos placeres mundanos quebrantasen el hierro fortísimo de mi juramento. Te conocí siendo niña, nos amamos: yo entonces ganaba lo suficiente para no morir, pero estudiaba sin desmayos, sabiendo que el estudio y el trabajo son las únicas carabelas que pueden conducirnos derechamente a las playas de la dicha, y en aquellas playas remotas tú esperabas.

Trastornado por el fuego de esta romántica peroración, la joven abrió los ojos que hasta allí tuvo cerrados, queriendo gustar la contemplación del hombre que tantas y tan lindas cosas decía, y no pudo; vió su frente sombría, que arruga-

EL CRUZADO

Tras de la Cruz (fantasma solitario
para un abrazo gigantesco abierto)
surgió la Media luna en el desierto,
dominando las cumbres del Calvario.

Y Pedro el Eremita, el visionario,
se alzó en la tumba del Apóstol muerto,
conjurando la fe del mundo yerto
para salvar al árbol legendario...

Y el Cruzado partió: "—¡Dios lo quería!"
Calzada la panoplia, la Antioquía
regó con roja sangre musulmana,

reanimando la fe de su camino:
en la enmohecida lanza de Longino,
o en la visión de la Ciudad lejana...

Ricardo ROJAS.

EL VINO DE SAMOS

El tirano Polícrates mandó que le trajeran tres frascos sellados que contuvieran tres vinos deliciosos de especie diferente. Tomó el esclavo solícito un frasco de piedra negra, un frasco de oro amarillo y un frasco de límpido cristal; pero el olvidadizo escanciador vertió en los tres frascos el mismo vino de Samos.

Polícrates contempló el frasco de piedra negra y movió las cejas. Rompió el sello de yeso y olfateó el vino. "El frasco — dijo — es de materia ruin, y el olor de lo que encierra, me es poco tentador".

Levantó el frasco de oro amarillo y lo admiró. Después, quitándole el sello: "Este vino — murmuró — es inferior seguramente a su bella envoltura, rica en racimos bermejos y pámpanos luminosos".

Pero tomando el tercer frasco de límpido cristal, lo puso contra el sol. El vino sangriento cintiló. Polícrates hizo saltar el sello, vació el frasco en su copa, y se lo bebió de un sorbo. "Este — dijo con un suspiro — es el mejor vino que he paladeado". En seguida, colocando su copa sobre la mesa, empujó el frasco que cayó hecho polvo.

Marcel SHWOB.

ron los años, su boca triste, su tez marchita, su cuerpo encorvado, sus ojos sin luz... ¡Y no pudo!... El beso se heló en sus labios y volvió a cerrar los ojos. ¡Era tan feo!

—Lo pasado ha vuelto... ¡oh Antonia!... No dejes que esta felicidad torne al pasado otra vez.

Ella, sintiendo que en la obscuridad su ilusión renacía, contestaba, sin abrir los párpados, meciéndose nuevamente en la música de aquel fingimiento adormecedor:

—Pedro mío, yo te amo, pero mi historia, sembrada de errores, imposibilita nuestra unión; yo soy una desgraciada; tú, en cambio, puedes ser feliz aún.

—¡Yo! ¡Yo dichoso!... ¿Sin ti?... Nunca. Ahora mi nombre llena tu memoria y esa convicción, acaso presuntuosa, me consuela. Pero más adelante, cuando nos separemos, cuando la casualidad que acaba de unirnos no exista... y mi recuerdo vaya empequeñeciéndose en tu espíritu con el tiempo, como la imagen de todo lo que pasa, de todo lo que huye... Entonces, ¿quién se acordará de mí... del vencido?...

—Me sofocas como sofocan las pesadillas.

Contestó sin abrir los ojos, pareciéndole que en aquella obscuridad la voz cariñosa del poeta venía de muy lejos. Pedro prosiguió:

—Es el ayer que te ahoga. Tú pasarás también, Antonia, y tu ocaso será muy triste...

—¡Sigue, sigue!...

—Será muy triste; y entonces, ¿quién te amparará? ¿Quién podrá consolarte del bien perdido?... Mientras que, viviendo juntos, no padecerías el tormento de la soledad, y tus últimos años serían dulces y tibios como los crepúsculos estivales...

Hubo otra pausa. Antonia, con la cabeza caída hacia atrás y los hermosos ojos cerrados, preguntó:

—¿Quieres apagar la luz?

—¿Para qué?... — repuso el poeta.

Y sin sospechar la triste razón que justificaba el capricho de su amiga, dijo:

—Estamos mejor así.

Luego continuó:

—Nos veo viejecitos, examinando juntos y sin pena el panorama de lo vivido, confortando con mi aliento tus manos trémulas, espantando con mis besos los pesares de tu vieja frente... ¡Antonia, mi Antonia!...

La emoción ahogó la voz de su garganta. Ella murmuró:

—Apaga la luz.

—No... necesito verte... déjame...

—Pedro...

—¡Eres tan hermosa!... Ven, más cerca, así... tus manos en mis manos... nuestros pechos muy juntos, más...

—¡Oh, adorado mío!... ¡Qué dulzura, qué persuación la de tus palabras!...

Iba a abrir los párpados, pero recordó con miedo las trazas lamentables de su amador, y volvió a cerrarlos.

—Antonia — el poeta repetía, — ¿me quieres?

Como eco de la callada habitación, la joven contestó:

—Mucho.

—¿Con toda tu alma?

—Sí... con toda mi alma.

—¡Oh, placer!... Dilo, dilo otra vez para consuelo mío... ¡Repítelo muy alto!...

—Te quiero... te quiero... ¡Y nada me consolará de los años que viví sin amarte!

Otra vez sus ojos se abrían, poseídos del ansia de mirar, pero se contuvo.

Pedro murmuraba:

—Ven...

Ella sintió sobre la fresa de sus labios, los labios calenturientos del poeta, y su aliento, cálido como el jadeo de las fieras. Entonces se levantó y sin entreabrir los cerrados párpados, se dirigió a tientas hacia la mesa y apagó la luz; la habitación quedó a obscuras, en las tinieblas los objetos perdieron su forma; el hechizo de la conversación estaba salvado.

—¿Qué haces? — preguntó Pedro sorprendido.

Ella repuso:

—Acercarme a ti...

La civilización maya. El pozo de las vírgenes y del oro

El mayor tesoro jamás encontrado en las ruinas de las antiguas ciudades de Centro América se ha extraído de un pozo en Yucatán, en el cual la poderosa y misteriosa raza de los mayas arrojaron, durante cientos de años, sus más hermosas vírgenes e incalculables objetos artísticos de oro y otros materiales.

Durante ocho siglos, este profundo pozo donde se suponía que vivía Kukulkan, la serpiente alada o dios de la Lluvia, recibió todos los años estos sacrificios. Allí en el fondo, entre inmundicias y cieno, han permanecido los esqueletos de las doncellas y los objetos entregados al dios, cuya existencia sólo era una leyenda entre los mayas o sus descendientes actuales.

Hoy, gracias a las nuevas escafandras, los buzos han podido sacar una parte del tesoro allí escondido, y se calcula en muchos cientos de miles de pesos el valor de los objetos de oro extraídos hasta la fecha, pero el valor etnológico e histórico que representan no puede calcularse en millones.

El pozo sagrado se encuentra en las ruinas de Chichen Itza, capital del Imperio Maya, a unos ochenta kilómetros al Este de Mírida, capital del Yucatán. Tiene el pozo unos 45 metros de diámetro, pues es casi un círculo perfecto.

Sus paredes de piedra caliza, perpendicularmente cortada, tienen 20 metros de alto desde la superficie del agua, la cual llega por filtraciones subterráneas. El agua tiene también unos 20 metros aproximadamente de profundidad.

El fondo está lleno de lodo que forma una capa de 10 a 12 metros de espesor. El suelo es desigual, formando cavidades, muchas de las cuales no han sido aun medidas. En el fondo de esas grietas se supone hay depositados muchos esqueletos y objetos de oro.

Es natural que al llegar, no se sabe de dónde, los primeros mayas al país quedaran asombrados de la apariencia de aquel pozo. La simetría, sus paredes cortadas a pico, sus solemnes y obscuras aguas, parecería indicarles que aquella era la morada de algún dios, y los sacerdotes recibieron una "revelación" por la que supieron que allí habitaba el dios Kukulkán, que enviaba la lluvia bienhechora, a la que debían sus cosechas.

El pozo entonces empezó a usarse en los sacrificios que se hacían para tener contenta a la serpiente de plumas, el Quitzalcoatl de los aztecas.

La ciudad de Chichen Itza se cree fué edificada a mediados del siglo V de nuestra Era, y llegó a ser muy populosa.

Todos los años se celebraba en ella, en primavera, la fiesta de los sacrificios, arrojando una virgen al pozo del dios de la Lluvia, y las alhajas y adornos de los habitantes, y como la fama se había extendido por todo el imperio, las ciudades enviaban sus vírgenes y sus tesoros para ser arrojados al pozo sagrado.

En tiempos de sequía los sacrificios se repetían varias veces y docenas de doncellas y montones de joyas caían en las negruzcas aguas.

No hace mucho se descubrieron las ruinas de Coba, otra ciudad de los Mayas, enterrada bajo espesa vegetación, que se comunicaba con la capital por una calzada muy bien construída. Este camino tiene cerca de diez metros de ancho, pavimentado con grandes piedras pulimentadas; en su superficie partía de Coba desde el templo de Kukulkan y terminaba en Chichen Itza en el magnífico templo erigido al mismo dios.

Esta calzada, igualmente sagrada, sólo era andada por los sacerdotes que conducían los tesoros y las víctimas para los sacrificios.

Durante ocho siglos estos sacrificios se verificaron por lo menos una vez al año.

Luego vino la caída del imperio Maya, cien años antes de la llegada de los españoles. Las causas de esta caída son un misterio.

El recuerdo de la esposa muerta

Estas pobres canciones que te consagro,
en mi mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
mi voluntad en ellas no tiene parte.
Yo no sé resistirlas ni suscitarlas;
yo ni aun sé comprenderlas ni formularlas;
y es en mí su lamento, sentido y grave,
natural como el trino que lanza el ave.
Santas inspiraciones que tú me envías:
puedo, decir, esposa, que no son mías
Pensamiento y palabra de ti recibo;
tú en silencio las dictas; yo las escribo.
Desde que abandonaste nuestra morada,
de la mortal escoria purificada,
transformado está el fondo del alma mía,
y voces oigo en ella que antes no oía.
Todo cuanto, en la tierra y el mar y el viento,
tiene matiz, aroma, forma o acento,
de mi ánimo abatido turba la calma
y en canción se convierte dentro del alma.
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
todo está confundido con tu recuerdo:
Sin él, todo es silencio, sombra y vacío
en la tierra y el viento y el mar bravío.
Ya lo ves: las canciones que te consagro,
en mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo;
por eso a ti, de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
sin su verdor el alma desnuda queda!
Pero no, que aun te deben mis desventuras
otras más delicadas, otras más puras:
Canciones que, por miedo de profanarlas;
en el alma conservo sin pronunciarlas;
recuerdo de las horas que, embelesado,
en nuestro pobre albergue pasé a tu lado,
cuando al alma y al cuerpo daban pujanza
juventud y cariño, fe y esperanza.
Cuando, lejos del mundo parlero y vano,
íbamos por la vida mano con mano;
cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas,
en una se fundía nuestras dos almas.
Canciones silenciosas que el alma hieren;
canciones que en mí nacen y en mí mueren;
¡hechizadas canciones, con cuyo encanto
a mis áridos ojos se agolpa el llanto!
. . . .

Federico BALART.

LA COLA DEL ZORRO

Por Benito Lynch

...Cuando las importunas, obedeciendo sin duda, a un prurito indominable de hacer ruido y de moverse para llamar la atención, se fueron otra vez bulliciosas, como una bandada de mixtos atolondrados, la pareja tornó a quedarse sola. Aquel banco rústico del parque de la estancia, les pertenecía por la ley de conquista. Lo ocupaban todas las tardes desde hacía un mes, sin que la presencia de un efebo de piedra ,eternamente aplicado a la tarea de extraerse una espina, les molestará en lo más mínimo...

Ella, era bonita como tantas... La individualizaban, la rara belleza de sus manos y la maravillosa expresión de sus ojos. Lo sabía sin duda, porque empleaba sin reserva ambos recursos, contra su "natural enemigo".

Este era, también, mirándole "al pasar", un muchacho como cualquier otro muchacho; pero, al observarle con más detenimiento, se advertía una extraña peculiaridad fisonómica: sonriente, parecía un chico ingenuo y divertido, y serio, un viejo veterano de la vida.

Cuando el grupo indiscreto, desapareció detrás de los arbustos, en una de las revueltas de la senda, él trató de apoderarse, una vez más, de aquellas manos blancas, tibias, pequeñas, inquietantes; de aquellas manos que le obsesionaban hasta el puno de verlas correr todas las noches, como arañas de nácar, a lo largo de la cornisa de los muebles... Pero ella evitó el contacto: "Cuidado — dijo — que nos pueden ver" y, bajando los ojos, se aplicó a arreglar a conciencia los amplísimos pliegues de su falda.

La sonrisa desapareció como por encanto de los labios de él. Se puso, de pronto, abslutamente serio. Se hubiera dicho que acababa de pasarle cincuenta años por la cara.

Así, cuando ella tornó a mirarle amable, pero con cierta expresión de reproche en sus ojos hondos, la fisonomía infantil había desaparecido, para trocarse en una de rasgos duros, casi seniles, en una tallada de hachazos.

Se observaron en silencio por espacio de algunos segundos, hasta que, al cabo, ella habló. No deseaba otra cosa.

—Yo no sé por qué — dijo con acento entre malhumorado y mimoso — yo no sé por qué usted se empeña siempre en ponerse en ridículo delante de "ésas".

—¿Yo?

—Sí, usted; y le juro que no le veo la gracia... Yo quisiera saber qué es lo que se propone al decir esos disparates.

—No son disparates...

—No, mire; le hablo en serio... No solamente se perjudica usted con esas bromas, sino que me perjudica a mí, me pone en ridículo...

—¿A usted?

—¡A mí, sí, señor! ¿O cree usted que es muy divertido eso de que la gente crea que a una la festeja uno que ha estado loco?

El, había vuelto a recuperar su cara de niño, y aquella gran sonrisa optimista y buena.

—¿Y por eso estaba enojada?

—¡Y le parece poco! Vea lo que hay, es que usted no se da cuenta de las cosas, de la infinita maldad de la gente. Yo no sé si usted sabrá lo que pasó la otra noche en lo de Rodríguez. Elena Suárez repitió, punto por punto, todos los disparate. que dijo usted el domingo, por hacerse el gracioso.

—¿Qué disparates?

—Y eso de que usted estuvo dos años en el hospicio de las Mercedes, que la locura era una de las tantas desgracias de su familia, qué sé yo.

—Está bueno...

—Imagínese el rato que pasaría... ¡Ah! me olvidaba, para que vea cómo la gente toma en serio esas cosas... Cuando me iba ya, una señora vieja, — la de Pérez— me detuvo para decirme, con mucho misterio, que tuviese cuidado, porque "eso" casi siempre repetía.

—¡Ay, ay! ¡Qué bueno! ¿Y usted, que le dijo?

—¿Y qué quiere que le dijese? Le dije que eran bromas suyas, "gracias", esas "gracias" inexplicables "del niño"... ¿Qué le iba a decir?

Hubo un buen compás de silencio. Ella se arreglaba, nerviosa, el cabello tirante detrás de las orejas, y él, inclinado el busto, trazaba líneas en la conchilla, con el ala de su sombrero de paja.

La brisa de la tarde traía hasta los oídos de ambos, y amortiguado por la distancia, el rumor de alegres voces lejanas.

El "monstruo mundo", se divertía sin duda, allá, en las canchas de "tennis"...

De pronto, él levantó la cabeza, sonreía, pero tenía una cara de viejo que daba pena.

—Dígame una cosa, Celia... ¿Usted ha visto zorros alguna vez?

—¿Zorros? Sí, he visto... ¿Quién no ha visto zorros? ¿No tiene uno azul su "su simpatía", la de Torres? ¿No tengo yo misma uno del Canadá?

—No; no me refiero a zorrospieles, sino a zorros vivos, y a estos zorros criollos que andan por el campo...

—Los conozco, también; he visto en el Zoo, y, además, ¿no mataron uno aquí el otro día los perros?

—No, aquel era zorrino.

—¡Entonces no sé!

—Ya lo veo, y es de lamentar, porque así no podré explicarle el por qué de esa actitud mía, que tanto la intriga y mortifica.

—¿De qué? No entiendo..

—Digo, que si usted conociese los zorros y sus curiosas características, no los confundiera con una motocicleta o con un auto...

—¡Ya empieza a decir pavadas!

—...Yo podría explicarle, tal vez, en dos palabras, por qué es necesario que la gente crea que tengo un "taras", una falla, algo que me macula, que me empequeñece o me deprime.

—Yo sé lo que es un zorro. ¿No es un animal que se come las gallinas?

—Justamente, las gallinas y los pichones de perdiz y los corderos inocentes y, hasta quizá se la comería a usted si la encontrara de noche...

—Bueno, pero eso qué tiene que ver...

—Un momento. No es precisamente el comer lo que caracteriza al zorro. Como los hombres, los animales, comen y han comido siempre lo más y lo mejor que han encontrado, y, en consecuencia, no puede ser nunca el comer, un rasgo curioso, sino una vulgaridad desesperante.

El zorro, Celia, es, como todo el mundo lo sabe, menos usted, por lo visto, el animal más astuto de la creación y quizá el más inteligente.

Se han escrito toneladas de páginas a ese respecto. Yo he visto una señora zorra, transportar entre los dientes, hasta su cueva, uno, y sin romperlos, media docena de huevos de perdiz, que, como usted debiera saber, si no lo sabe, son de una fragilidad imponderable. Cualquier sirviente suyo hubiera roto, por lo menos, uno.

—¿Bueno, y eso?

—Allá voy... Pero la astucia es su principal característica. Yo creo que algún zorro viejo debió ser el inventor de la estrategia. Cuando lo corren los perros — los perros lo odian atrozmente, porque son sus parientes más cercanos, por lo que odia el moreno al negro y odiamos los hombres a los monos— cuando lo corren los perros — decía — cuando lo corren con esa brava decisión, con que solemos correr, también los humanos, cuando "la llevamos en fija", en contra de algún enemigo, el zorro suele despistarlos con frecuencia, arrolándose simplemente en torno de una mata de puna como si fuera una boa... Cuando lo acorralan, cuando no puede más, cuando se muere ya de angustia y de fatiga, entonces recurre a un expediente... ¿Usted sabe como tienen la cola los zorros?

—Sí, ¿cómo no?...

—¡Mentira, no sabe! Es amplia, velluda, afelpada, como toda la piel, y tiene además, la facultad de esponjarse, de aumentar de volumen, erizando sus pelos... En esas condiciones, parece un plumero...

Bueno, como le decía, cuando el zorro no puede más, cuando ve su muerte inminente, bajo la lluvia

LA COBARDIA

Hora es ya de glorificarla. ¡Tan mal se le trató!... ¿Por qué? Porque sintiéndose todos los hombres cobardes, intentaron arrojar lo que estaba dentro de sí, como si con ese intento se salvaran. Y la salvación radica en acariciar el gusano. Hay que admitirlo como huésped. Admitirlo como huésped sí que es cosa difícil, porque tal admisión supone un grado de conciencia imposible para la plebe. Supone meter las manos en el fondo de la tierra, cavar y cavar hasta encontrar el agua y eleverla en surtidor.

¿Y quién tiene fuerzas para desgarrarse? Claro, más cómodo es ser valiente, pero hace menos a la persona. Nótese que hablo de la cobardía consciente, que implica conocerlo todo y vacilar ante todo, precisamente por conocerlo todo. Tan honda verdad llegó al vulgo, y en nadie supone tanto atrevimiento como en el ignorante. Mirad de qué familia procedéis y de qué lugares lóbregos venís. Aborreced vuestra valentía, que es aborrecer la selva donde os hicisteis salvajes. Venid a la ciudad y arrojad lejos vuestras armas. No os hacen falta donde os van a dar más de lo que necesitáis. El mundo que tenéis por conquistar se conquista al revés del mundo exterior: no por apropiación, sino por desapropiación; así llegaréis al mundo interior. No de otra manera. No os importe que las pinturas no sean vuestras; lo interesante es que tengáis vista para gustarlas viéndolas. Aquel que las posee no tiene ese privilegio y ¡ha luchado por poseerlas! El vencido, en cambio, tiene la vista. Contemplad al cobarde en su atalaya. Vos, con el humo de la batalla, no veréis y oiréis como él ve y oye. Ha perdido su interés por todo: hasta por el juicio del mundo. A vosotros os gobiernan y él se gobierna. Mirad cuán grande es la diferencia... Poca parte os toca de vuestra persona cuando tan afuera de vuestra persona vivís. ¿Por qué renunciáis a lo único que en realidad poseéis para poseer lo ajeno?

Conquistaos a vosotros mismos y sed cobardes con lo que no os pertenece. Dejad a la plebe que juzgue vuestro renunciamiento como cobardía. Decid vos que es gran verdad percibir la justicia, y si no os creen, ¿qué perdéis? ¿Acaso fuera mejor que os creyeran?

V. GARCIA MARTI

de dentelladas feroces, entonces, "pone la cola", como dicen los gauchos, entrega su apéndice caudal, como un "a cuenta", como un anticipo, a las crueles mandíbulas de sus perseguidores, para que, entretenidos en mascar algo, le den, quizá, el tiempo necesario para hallar la chispa de ingenio que le permita salvarse.

El zorro sabe que está bajo los dientes, que los perros no han de perdonarlo, que han de morderle el cerebro, el corazón, lo más útil que tenga, y, por eso, sábiamente, les da la cola, que es lo que menos vale, lo que menos duele, y se manifiesta, con ello, un estratega y un conocedor profundo de la psicología perruna...

—¿Y...?

—¿No ha comprendido?

—Sí; algo...

—Es muy sencillo.

—El hombre bueno, Celia, viene a ser, en la sociedad, como un zorro perseguido. La sociedad no admite un zorro perseguido. La sociedad no admite que haya uno de los suyos, que sea completamente íntegro, como los perros no admiten que los zorros vivan tranquilos en los campos.

En estas condiciones, la fama del hombre realmente honesto, corre un peligro bárbaro; el mismo peligro que el pobre zorro acorralado bajo las dentelladas furiosas de los canes.

Si no tiene una tara, si no tiene una mancha vergonzosa o ridícula, preciso será que la invente. De lo contrario, la calumnia se encargará de la tarea, y la columnia es inteligente, práctica y cruel, como la dentadura de los perros; no se anda por las ramas y busca el corazón, porque "tira a matar", todas las veces.

Por eso, ya que hay que sacrificarse algo, sin remedio, sacrifiquémoslo voluntaria y sabiamente, como el zorro, lo que menos nos cueste, lo que menos nos duela.

Especulemos dentro de nuestra propia impotencia, seamos prácticos, salgamos al encuentro del peligro como aconseja un filósofo optimista: "Lleva tu carcaj adonde esté el enemigo".

Arrojemos a los canes ávidos de sangre, un pedazo de nuestra hermosa integridad, para que se entretengan en mascarla. No tenemos cola como los zorros, pero podemos tener taras o vicios. Elijamos, entre todos, el que menos nos repugne y entreguemos esa cola moral al enemigo.

Yo afirmo, por ejemplo, que estuve loco, que ha habido muchos locos en mi familia; otro podrá decir que le gusta el alcohol, otro que juega, otro, en fin, que se desmaya si ve degollar una gallina; pero hay que decir algo...

Que una vez reconocida y consagrada la mácula que desluce nuestra garzota, podamos salvar el corazón, de una mortal dentellada...

El primero y el último invento de Edison.

Hace tiempo, un repórter al servicio de un gran diario neoyorquino había encontrado a Edison por casualidad en el salón de una "professionar beauty". El repórter yanqui cogió la ocasión por los cabellos y disparó a quemarropa la siguiente pregunta:

—Señor Edison, ¿por qué no nos cuenta cuál ha sido su primer invento?

Edison, que hasta entonces había tomado parte activa en la conversación, se encastilló en un mutismo absoluto. Pero el repórter, hombre hábil, se sonrió; había previsto que su pregunta excitaría la curiosidad de las damas, y no se engañó.

Una banda alegre de hermosas jóvenes rodeó inmediatamente a Edison e hizo suya la pregunta del repórter. El gran hombre tuvo que condescender. Y empezó su relato en estos términos:

—Cuando yo no era más que un pobre vendedor de diarios, tenía la cabeza llena de ideas y los bolsillos completamente vacíos.

Un día, leí en los diarios que el banquero Mr. N. S. se había encontrado con que sus cajas de hierro, habían sido forzadas.

Se agregaba que, el banquero había dicho que sería capaz de dar su alma al diablo con tal de encontrar el medio de poner sus grandes caudales a cubierto del más hábil atentado.

—¡Este es mi hombre! — dije para mis adentros.

Y un instante después me hallaba en presencia del millonario.

—He oído hablar — le dije, — de la desgracia que le ha ocurrido; pero yo he inventado un aparato que puede poner en manos de usted a todo ladrón que pretenda abrir sus cajas.

—¿Es posible? — exclamó el hombre. — ¿Y cuánto pide usted por su invento.

—No pido más que la mano de su hija única — le dije resueltamente.

El banquero abrió unos ojos tremendos pero acabó por sonreirse.

—Eso es imposible — me dijo; — pero podría darle hasta diez mil dólares si su invento fuera eficaz. Tendré que probarlo.

—Puede probarlo, si lo cree necesario... pero yo no quiero diez mil ni cien mil dollars, sino la mano de su hija.

—Entonces, entonces... veremos. Ante todo, será menester que ella consienta.

—Por supuesto — le respondí.

Me puse a trabajar y aquella misma noche quedaba colocado mi aparato en todas las cajas de hierro del banquero.

Al día siguiente fuí a verlo, y me dijeron que estaba en cama.

Después de dar un vistazo a las cajas en que había estado trabajando el día anterior, me hice introducir en el dormitorio del banquero.

—¡Hola, amigo! — dijo al verme; — he probado...

—Sí, señor — le interrumpí, — anoche, entre las ocho y las ocho y cuarto, usted ha querido abrir la caja grande que tiene en su despacho.

—Es cierto.

—Y, en cuantro introdujo la llave en la cerradura, recibió una descarga eléctrica que lo echó al suelo.

—Es cierto.

—Y se quedó sin sentido, y sin sentido estaría todavía, si no lo hubieran auxiliado.

—Es cierto.

—Bueno; otra vez que quiera abrir sus cajas...

Y le expliqué lo que tenía que hacer para evitar la descarga eléctrica.

—Ahí tienen usted, señoras y caballeros, cuál fué mi primer invento — dijo Edison, dando por terminado su relato.

—¿Y la hija del banquero? — preguntaron a un tiempo varias de las jóvenes.

—No me casé con ella — dijo Edison.

Entonces, muy satisfecho, intervino el repórter:

—Y diga, señor Edison, ¿no querría decirnos ahora cuál ha sido su último invento?

—Con mucho gusto — respondió el gran hombre. — Mi último invento ha sido la historia que acabo de contarles.

ALBA SERENA

La entreabierta ventana dá al paisaje
Del arbolado boulevard dormido.
Todo es paz. De muy lejos llega el ruido
Del pasar rechinante de un carruaje.

Y en la paz pienso en ti. Cual en un sueño
Revivo nuestro amor que hacia el olvido
—En silencio... en silencio—ya se ha ido
Llevándose sus celos y su empeño.

Una grave quietud, profunda y buena,
Perfuma todos los recuerdos míos:
Evoco tus ternuras y desvíos
Y siento el alma en plenitud serena.

Después de nuestro amor apasionado
Qué santo y qué adorable es mi sosiego;
El alma entera se convierte en ruego
En pro de este silencio prolongado.

Y me encanta esta paz ¡tanto! que sueño
Que tu amor agitado y conmovido,
Es más bello tal vez porque ha traído
Este seguro silenciar de ensueño.

Por eso al contemplar la ausente y vieja
Ilusión de tu amor que yace inerte,
Yo siento que un amor, un amor fuerte,
Se mide por la calma que nos deja.

L. GONZALEZ CALERON.

MINUCIA

Por Sebastián Gomila.

Clarita Royo leía y releía asombrada.

Por tres veces consecutivas apartó unos pliegos, en los cuales clavara repetidamente la vista, y otras tantas requirió la estilográfica jaspina que tenía en el secreter al alcance de la mano, descubriendo la punta aurífera y volviendo a dejarla en su sitio.

Las cosas escritas de aquellos pliegos, rebosando líneas de letra apretada y útil, contrastaban con lo impoluto y terso de otras páginas a un lado, que sin duda Clarita Royo se disponía a llenar, sin decidirse. Las puntas de sus dedos, manicurados esmeradamete, iban de un papel al otro con paréntesis prolongados. Y sus ojos azulinos volvían a fijarse en las hojas escritas, que la abstraían poderosamente. Era una carta, una confesión donosa de una antigua amiga de colegio, vertiendo su alma entera en el contenido; una carta interminable, cuya contestación parecía intrigar a la receptora. Había estos párrafos:

"Vas a tomarme por necia, estimarás absurdas mis adquisiciones.. Sólo a ti puedo confiarlas, porque sabes quién soy y sé quien eres.

Desde niño, tú no lo ignoras, me ha preocupado — podría decir acaparado — la minucia, la monada. Lo que para otros es grano de arena, para mí es una mole... Borré mentalmente del léxico la voz insignificancia. Precisamente a mí me parece insignificante un rugido y hallo colosal un suspiro.

Creo haberte contado lo que experimenté cuando el temporal que corrimos en nuestro viaje a las Azores — ¡Cómo pasa el tiempo!— No me gustaban, pero tampoco me amedrentaban, los bandazos del buque, el vozarrón del Atlántico. Y una tempestad del alma — no la mía, la de cualquiera — me estremece al sólo pensamiento de que pueda desencadenarse. ¡Qué cosa tan horrible!...

La vida, toda contingencia y contradicción, nos ofrece cada cosa... He aquí que vamos cruzándola lindamente, si tú quieres tontamente; es cuestión de apreciación personal. Y a medida que los acontecimientos se suceden, nuestra imaginación, por más que digan ciertos ideólogos, no aproa al mañana, sino que vuelve rumbo acia el ayer con preferencia. Aunque existen ilusiones y esperanzas, se vive más bien de recuerdos. Entre el horizonte real y la penumbra mental media una distancia enorme. Aquél viene a ser la incertidumbre, una cuestión de óptica; y lo otro es una concatenación cerebral, hecho sobre hecho, cosa tras cosa...

Responde todo esto a tu insinuación afectuosa. Verdaderamente, mi edad empieza a ser respetable. ¿Que cómo no me he casado todavía?... Bueno; te diré que tuve varias proporciones. ¿Convenientes? Convenientes. Pero...

Una de las cosas que me dieron que pensar—¡no te rías!—es ésta: las almas gemelas se encuentran y se distancian con una lisura abominable. He aquí, por ejemplo, que en un vagón de ferrocarril, en una belle saison, un balneario, una simple visita, hallas una persona con la cual simpatizas en el acto, te es grata, te impresiona; crees descubrir en ella algo que armoniza perfectamente con tu ser anímico... Cambiáis miradas, palabras, pequeñas confidencias que son casi revelaciones ingenuas, dictados del corazón a tono unos con otros... Un espíritu vulgar sería incapaz de comprender esas identidades súbitas, esas indentificaciones inconscientes... Todo lo más, hablaría de eso que llaman amor-relámpago. ¡No, no y no! ¡Es algo de mayor consistencia! Es lo inmenso aparentemente baladí, lo grande que surge en forma casi imperceptible...

La vida es movimiento y traslación. Unas horas de tren, unos días de campo o un corto tiempo de palique pueden unir dos almas que se distancian después... para no volver a verse jamás. ¿Quieres nonada más terrible? Fíjate bien: ha enlazado una su espíritu con algo o alguien que nunca más hallará...

Cumplí ya los treinta. Cada vez que fué solicitada mi mano—tres pretendientes en dos lustros —luché conmigo misma y acabé por ganarme el dictado de excéntrica.. Una figura de hombre se interponía como acusándome de ingratitud. Un hombre con el cual había yo platicado breves días; un hombre que, como es natural, se despidió de mi familia y de mí en una playa de moda para ir a incorporarse nuevamente a la vida, al trajín de la vida, al movimiento incesante de la vida...

Es posible que él se riera de este... romanticismo mío ¿Es en verdad ser romántica el fijarse tan minuciosamente en la realidad profunda de los hechos? Casi podría tomarse por exceso de rectilismo..."

Clarita Royo se decidió por fin a coger la coquetona estilográfica, y entre otras varias cosas puso en las albas carillas del papel de cartas blasonado:

"No me extrañan pizca tus confidencias. He releído tu carta, y cada vez me ha parecido percibir el eco de una voz ya extinguida para siempre. En rigor, yo no he experimentado por mí misma lo que tú. A mi paso por la vida no paré mientes en la posibilidad de tales cosas. Pero comprendo que sí, que son posibles, que son ciertas. La primera alma gemela que hube de hallar fué la de Ricardo. Y me casé con él..., no sabiendo o sin preocuparme de si era gemela o no. Mis tres hijos atestiguan una realidad menos... ¿cómo decírtelo?..., menos alambicada que la tuya...

Pero de un amigo de mi esposo, trashumante y solterón empedernido, que murió hace poco más de un año, oí una sinfonía sentimental por estilo de la tuya. Así te compadezco, querida Nora, porque, en verdad que eso no puede truncar una existencia. Nuestro malogrado amigo nos había contado algo semejante. No conseguía interesarle mujer alguna, por más que se lo propusiese. ¡Le había impresionado una, sin saber por qué, sin casi motivo para ello!... Una amistad de días — casi ni amistad cabe decir; — una separación naturalmente lógica... Y ella en sus lares y él en sus tareas, sus viajes y sus negocios. Me decía una voz tariacontecido:

—Ya ve usted si esto es estúpido. Llenó mi imaginación per in eternam. Estuve en el Nuevo Mundo, residí en París, en Viena, en Amsterdam... ¿Casarme? Sería falaz con mi esposa. Siempre aquella imagen dominándome.

Yo le objeté:

—¿Cómo no ha intentado usted indagar su paradero?...

—¿A qué fin?... ¿No es lo mío una quimera?... ¿Es, por ventura, cosa extraordinaria encontrar a una joven, conversar con ella unas horas durante unos días, sernos agradable su pasajero trato? ¿Será ello base suficiente para edificar un palacio ideal y convertir una bagatela, lo que carece de importancia, en un edificio sólido? Y, sin embargo, ya ve usted, esa bagatela me ha esclavizado, puede que a perpetuidad.

Como te digo, Nora, murió con el recuerdo de aquella etapa gratísima en el camino de su existencia, un si es no es anodina y rara... Sí, tienes razón, existe la fuerza pertinaz del recuerdo."

Firmó nerviosamente, metió la misiva en un sobre, humedeció con los dedos el engomado, puso las señas y llamó para que la echaran al correo.

* * *

De Nora a Clarita:

"Perdona mi laconismo... ¿Cuál era su nombre? Me ha interesado la similitud..."

De Clarita a Nora:

"¿Su nombre? Alberto Zárate."

De Nora a Clarita:

"¡¡Era él!!... Decididamente, no existe la nimiedad. La vida es contradictoria... Almas gemelas que se ignoran, que no vuelven a encontrarse. ¿Lo ves?...."

ANECDOTA

Del actual príncipe reinante de Schumburg-Lipe, que es el más rico de los príncipes alemanes independientes, se cuenta una anécdota verdaderamente chistosa.

En cierta ocasión hubo en Francofrt una asamblea de soberanos germánicos, y estaban todos ellos comiendo en el antiguo Hotel del Cisne, cuando se abrió la puerta, y un hombre de edad avanzada entró en el comedor.

Inmediatamente todos los príncipes se levantaron con muestras del más profundo respeto.

—¿Quién es ese anciano? — preguntó el príncipe de Schumburg-Lipe al que estaba a su lado.

Y como se le contestase que era el famoso Rothschild, de quien todos los comensales eran deudores, exclamó:

—¡Ah! Entonces puedo quedarme sentado: yo no le debo nada.

El porqué

De "El libro de cristal" en preparación.

Pájaro que cantas,
¿sabes tu porqué?
—Volcar mis cantares
en la rama fiel.

Agua presurosa,
¿sabes tu porqué?
—Ir por los caminos
y apagar la sed.

Duraznero amigo,
¿sabes tu porqué?
—Transformar mis savias
en carne de miel.

Sombra que me sigues,
¿sabes tu porqué?
—Estarme en silencio
besando tus pies.

Alma, y tú no sabes
aún tu porqué?

Y el alma me dijo:
—Lléname de fe
y ama siempre, siempre...
¡ése es mi porqué!

José E. PEIRE

NO QUIERAS APARENTAR MAS DE LO QUE ERES...

Por Albert Kinross

Aquel día, como siempre, Drake hacía todo lo posible por aparecer rico. El decía que esto era un acto inteligente, bajo el punto de vista de negocio, y, después de todo, a nadie molestaba con ello. Y mientras desayunaba pensaba en su pasado, dejando recorrer como en una revista, sus aventuras, sus negocios, sus amigos y conocidos. Por su mente pasaban unos cuadros agradables, otros tristes; algunos, monótonos, grises, obscuros; otros, radiantes de luz y deslumbrantes de colores. Pero los recuerdos que más intensamente habíansele grabado, los que con más gusto retenía por más tiempo en su memoria, eran los días que había pasado en América; los americanos, especialmente la familia Brandon, de la cual había sido huésped durante algún tiempo, lo habían recibido y agasajado lo indecible. A ellos les debía los días más felices de su vida.

La noche anterior había regresado Drake a Londres después de un viaje de negocios sin éxito alguno, y al ir al club todavía aquella noche, había encontrado una gran cantidad de cartas y cuentas. Mas cuentas que cartas. Pero entre éstas había una tarjeta que leyó con gran interés y contento. Inmediatamente después de leerla había ido al teléfono, comunicándose con el hotel Savoy.

—¡Hola! ¿Vive ahí un señor Brandon, de Nueva York?

—Sí, señor — fué la contestación.

—Haga el favor de esperar un momento.

Drake esperó un instante. Una voz conocida preguntó:

—¿Quien habla?

—Drake.

—Mr. Drake, que gusto para mí.

—Es imposible que usted esté más contento de lo que yo estoy. Oiga usted, Mr. Brandon: usted y su apreciable esposa e hija tienen que ser mis huéspedes esta noche. Ya tengo los boletos para el teatro, y después, una mesa reservada para los Daybreak-Follies, y si quieren ustedes bailar más tarde...

—Es usted muy amable, Mr. Drake; pero es que yo tenía la intención de rogarle que usted fuera nuestro huésped; nosotros somos demasiados, pues mis hijas han invitado a dos amigos...

—Pues traerá usted también a ellos, naturalmente.

—Es usted amabilísimo, Mr. Drake, pero...

—No hay pero que valga, Mr. Brandon. Usted olvida que yo estuve largo tiempo en Nueva York, siendo huésped de usted y de su honorable familia.

—Espero que aquel tiempo haya sido algo agradable para usted.

—Fué, verdaderamente, el más alegre de mi vida y nunca me fué dado poder corresponder a las innumerables amabilidades con que ustedes me colmaron. No, Mr. Brandon, usted no debe de impedirme que ahora tenga yo el gusto de poder quedar bien con ustedes. ¿Cómo está la señora?

—Gracias, gracias; perfectamente.

—Mis respetuosos saludos. A las siete pasaré por ustedes. Me alegro como un chiquillo.

—Igualmente, Mr. Drake.

Aquí acabó la conversación telefónica. Ahora era preciso conseguir los boletos de teatro, reservar una mesa en el Epicure - Restaurant y otra en los Follies. Pero, ante todo, ir al Banco. Su cuenta ya se sobrepasaba; pero Drake tenía crédito y obtuvo lo necesario. Por última vez, de todas maneras. Y quizá sería posible hacer algo de negocio con Brandon, pensó Drake. Pero, no; de ningún modo; esto no era posible. Ya sería abuso. De vuelta del Banco, encargó en la casa Gerardi un maravilloso ramo de Flores para Mrs. Brandon, y en casa de Cavanagh dos enormes cajas de finísimos bombones para las señoritas; luego pasó por la librería Bratchards y compró media docena de novelas. A las americanas les encanta leer novelas. Después de todo esto ya no se le ocurrió más.

Después del lunch, Drake habló por teléfono a Lady Kitty Mesurier. El, gran admirador de mujeres hermosas, y, además, el título de ésta dama sería también agradable a los invitados de Drake. Y Lady Kitty entendía a maravilla tratar con los primos de "allá".

Cuando Drake, en irreprochable, frac y charol, impecable chaleco blanco y gardenia en el ojal, ayudaba a Lady Kitty a bajar del auto, frente al Savoy, a nadie se le hubiera podido ocurrir pensar que los dos automóviles que había alquilado para aquella noche no fuesen suyos. Uno, de su propiedad, hacía ya mucho tiempo que no existía.

Después de que hubieron pasado felizmente las mutuas presentaciones, saludos y agradecimientos, partió el grupo en ambos coches.

En el Epicure, uno de esos restaurants soberbios y tranquilos, los esperaba una mesa puesta refinadamente, adornada con raras flores. Detrás de cada segunda silla estaba un mozo de librea. Brandon estaba sorprendido de lo lujoso del salón y anotó la dirección. Y Lady Kitty repuso:

—Pero cuando quiera usted obtener aquí un lugar, tendrá usted que traer referencias de Mr. Drake Y, además, le confío que es inverosímilmente caro.

En el teatro se repartieron los amigos en dos palcos, los cuales había podido conseguir Drake solamente por un precio fantástico y con muchas dificultades; pues para aquella noche ya no había ni un solo lugar libre.

Los Brandon estaban maravillados.

—Yo hice ayer todo lo posible por obtener lugares para hoy, pero fué totalmente inútil — dijo Mr. Brandon.

—Y no fué hoy del todo fácil — repuso Drake.

—Mr. Drake es colosal — explicó Lady Kitty. — tiene la cabeza dura y pasa con ella por todas partes.

—Así parece — contestó Mr. Brandon.

Afuera esperaban de nuevo los dos coches.

—¡Con que esto es Londres! — dijo la señora Brandon dirigiéndose a Drake, francamente entusiasmada. — Pero es que usted nos lo enseña solamente del mejor lado.

En los Day break-Follies los esperaba nuevamente una mesa reservada y un exquisito "souper", hábilmente escogido.

Las señoritas Brandon y sus amigos se sintieron aquí, principalmente, en su elemento, y pasaron otras varias horas deliciosas danzando al son de magnífica orquesta. A las dos de la madrugada estaban ya todos alegrísimos y Brandon, después de gozar plenamente de la agradable compañía, del champaña y del ambiente chic, seriamente propuso la marcha:

—Niñas: nuestro tren para París sale mañana; es decir, hoy a las ocho de la mañana. Démosle a nuestro querido amigo Drake nuestras expresivas gracias por la inolvidable noche que nos ha concedido y vámonos a dormir siquiera una hora.

En el camino para el hotel todos estuvieron sumamente agradecidos a Drake, alabando cada una de las diferentes diversiones.

—Si ustedes hubieran podido alargar su estancia por una semana siquiera — repuso él — quizá me hubiera sido posible corresponder a ustedes más debidamente; pero como su paso por Londres ha sido rápido, tendrás ustedes que conformarse con este modesto principio.

* * *

—¿Por qué ha hecho usted todo esto? — preguntó Lady Kitty. — Yo sé que está usted arruinado.

—Pues, entonces, ¿qué más dan unos centavos más o menos? —respondió Drake, sonriendo. — Ya he contado a usted que a estas gentes les debo los días más hermosos de mi vida.

—¿Y qué, no puede ayudar a usted en algo este Mr. Brandon?

—No, Kitty; yo no pudiera pedirle eso. Ya es bastante con que allá, en América, me hayan recibido de tan grata manera. Eso echaría, sin duda, a perder la amistad.

—Drake, usted es de veras grandioso. ¿Y ahora qué va usted a hacer?

—Bah; pues creo que ya encontraré algo, y aunque tenga que conformarme solamente con algunos cientos de libras al año.

* * *

Mientras tanto, en un elegante dormitorio en el Hotel Savoy, Mr. Brandon decía a su esposa:

—¿Sabes, Connie, por qué quise dar la vuelta por Londres? — Y prosiguió mientras se desprendía de su camisa los botones de brillantes. — Pues, porque yo quería dar a conocer a Drake mis negocios continentales, porque siempre he tenido a este hombre por sumamente inteligente y hábil.

—Bueno, ¿y ahora tienes una opinión diferente de él? — preguntó asombrada, Mrs. Brandon.

—No; no es eso. Al contrario; mi opinión se ha afirmado más a ese respecto. Pero a mí no me sería posible ofrecer a Drake más de 25.000 dólares al año, y verdaderamente me parecería esta proposición una ofensa para un hombre como él, que lleva un lujo tan inaudito. Así es que tendré que buscar otro...






Uno de los periodistas cervantinos, de tipo velazqueño, que ha deleitado varias generaciones de la Atenas del Plata.

Luis Pardo y Gómara a través de sus anécdotas, recuerdos y versos

De un café, lugar donde se reunen los desocupados o aquellos que desean tratar algún asunto, poca cosa saldrá, a juicio de cualquier lógico. Hecho un análisis, veremos que este sitio sirve admirablemente para disipar el día y estimular la holganza. Sin embargo, en un café brotó la idea que los lectores hallarán en la forma. Vicente Bove, maestro del soneto, amigo nobilísimo, de inagotable bondad, justo como Horacio, exclamó:

—Quien merece un reportaje es el ilustre periodista español que firma con el popularizado pseudónimo de Luis García.

El asentimiento fué general. No podía ser de otra manera. Y he aquí como de un café nos dirigimos a otro, al ubicado en Perú y Venezuela, donde hállase instalada la "Peña" que regentea Luis Pardo, desde hace varios años. Antes de llegar divisamos su figura gallarda y su perfil elegante de caballero medioeval. Sus grandes bigotes cuidadosamente llevados, lo asemejan a D'Artagnan. Al igual que el personaje de Dumas, su porte es lírico, romancesco.

La recepción que nos hizo fué cordialísima.

—Tomaremos café, así matamos dos pájaros de un solo tiro— dice sonriendo, grato por nuestra llegada.

Viste severamente de azul, entre los dedos de su mano derecha sostiene un cigarro de hoja.

—Estas tagarninas se fuman cuando se llega a mi edad o se posee la modalidad sajona. Vds. habrán reparado que los ingleses sin molestarse en lo más mínimo por las críticas de que puedan ser objeto, llevan en el bolsillo, pito, bolsa de tabaco y otros accesorios. ¿A que ninguno de Vds., jóvenes, irían ni a la fuerza fumando un toscano, por la calle Florida?

—"FRAY MOCHO" envía su más caluroso saludo al gentil y talentoso humorista.

—Muchas gracias, me llena de emoción la visita que en nombre de esa querida revista, me hacen Vds., amigos periodistas. No olvidaré que he sido uno de los fundadores de "FRAY MOCHO", de modo que mi vinculación con ella es íntima.

—¿Cuántos años hace que Vd. está en Buenos Aires?

—Cuarenta.

—¿Cuántos lleva de periodismo?

—Treinta y siete.

—A que edad se inició?

—Contando veintidós años.

—Y no piensa retirarse?

—No, salvo que me jubilen.

—Ha publicado libros?

—Ninguno.

Aludimos a los sabrosos comentarios en verso que semanalmente aparecen en "CARAS Y CARETAS", desde hace tanto tiempo, constituyendo preciado solaz para Buenos Aires.

—Trato en ellos lo ridículo. Todos tenemos un poco de eso. Saber explotarlo es la cuestión. Por querer buscar Lucifer la punta de ridículo en Dios, fué expulsado del cielo y hasta hoy no ha obtenido el perdón, lo cual contradice a los teólogos. ¿Porque si el Supremo es toda misericordia cómo no ha perdonado a ese angel irónico?

—Queremos recoger algunas muestras de su caudal de anécdotas.

—Ahí va una. Yo estaba a cargo de la sección "Correo sin estampilla", en "CARAS Y CARETAS", en reemplazo de Eustaquio Pellicer. Un día llegó a mi mesa de trabajo, una colaboración espontánea, en verso. La leí y la juzgué malísima, impublicable. Escribí una agudeza rimada en la que daba al traste, amenamente, con el deseo del neófito cuando se me ocurrió releerla, descubriendo con asombro que la producción era mía. Una de las tantas que he desparramado por los campos del oficio como el sembrador campestre. Algún burlón quiso hacerme una broma, y logró que yo juzgara mi propia obra.

—Otra.



El ameno periodista Luis Pardo y Gómara, más conocido por Luis García en el mundo literario.

—Con mucho gusto. Estaban en Mar del Plata, Cao, el inolvidable y Juan José de Soiza Reilly. Iban por la Rambla, gozando de las excelentes brisas marinas, cuando se aproximó un tercero, que entabló inmediata conversación. "Le voy a presentar — díjole al caricaturista — una niña toda bondad, distinción, recato, de ilustre abolengo, delicadísima, de modo que trátela con cautela, con extremo cuidado; se la recomiendo por esto, lo otro y lo de más allá".

Cao se amoscó, se sintió herido y no pudiendo contenerse le espetó a quemarropa: "¿Cuánto cobra esa señorita?".

—¿Qué era "La Syringa?"

—Una sociedad en broma fundada y dirigida por Ingenieros. Allí se pasaba las noches este intelectual con sus compañeros, en tertulias inolvidables donde se gastaba ingenio chispeante y buen humor.

—Para permanecer en ella se necesitaba talento.

—Sí, y después de esta expansión espiritual, el psiquiatra se retiraba a trabajar, porque Ingenieros fué un gran trabajador.

—Un bohemio en ideales y en costumbres noctámbulas que no alteraban su vida de estudio disciplinado.

—Perteneció a esta sociedad de soñadores?

—No, pero estuve relacionado estrechamente con casi todos; sus nombres desfilan por mi memoria con placer y se detienen uno a uno en recuerdos que permanecen en mí con colores inextinguibles y bellos. Antonino Lamberti, Florencio Sánchez, Manuel María Oliver, J. Ojeda, Ricardo Rojas y tantos otros, algunos ya muertos.

—Y el periodismo de antes comparado con el actual?

—En general, el periodismo de hoy es mejor que el de ayer. Antes había unas cuantas cumbres y lo demás era mediocridad ahora aparte del progreso de las artes mecánicas y de los adelantos de la civilización que proporcionan medios grandiosos, denótase preparación eficiente en los que escriben. destreza.

—Podría decirnos algo de Pellegrini?

—Gran periodista, aunque escribió pocos pero sesudos artículos, sabía inspirar sueltos y editoriales notables. Quien puede narrarle detalles hermosos de vida tan ejemplar es mi amigo el doctor Manuel María Oliver, que fué su digno secretario.

—¿Por qué empleó el seudónimo?

Sorbe lentamente una infusión aromática mezclada con espirituoso licor. Nuestro acompañante, el joven cronista José Mauricio Peixototo, no pierde detalle de la interviú.

—Les diré. Cuando yo empecé a escribir en las publicaciones, era un ilustre desconocido. Lo mismo resultaba que firmase con mi nombre y apellido que, no lo hiciera. Un poco avergonzado de colocar mi patronímico a cosas, a mi juicio, mal hechas, opté por Luis García. Pasaron los años y se difundió.

Dejamos a Luis Pardo y Gómara, perfumado de reminiscencias, sonriente, bajo la sensación de los recuerdos de tiempos idos. Una bocanada de humo lanzada al aire forma caprichosas sortijas, extendiendo sutiles mallas que aprisionan el ensueño.

Roque CEPEDA VERON

El amor y la gomina:

Hablar mal del amor,
porque es bastante viejo el buen señor.
Ninguna dama excita su interés.
Cosa que se comprende. ¿Va a elogiar
la gomina, si es
caro como una bota de billar?

Luis García

AUTOGRAFO DE LUIS GARCIA

El maestro de latín

Por R. Blanco - Fombona

Capdevila, don Carlos Capdevila, como él subrayaba, era un hombre agriado por la vida.

—¡Qué pensar de una sociedad — exclamaba — que encumbra a tanta mediocridad macheteril, a tanto granuja iletrado, a tanto servilón y lameplatos, y abandona, en cambio, u hostiliza a los hombres de pensamiento y de cultura cuando son al mismo tiempo hombres dignos!

Esta frase de los hombres de pensamiento y de cultura, que eran al mismo tiempo hombres dignos, no surgía como un vano fuego de artificio retórico en el espíritu de Capdevila. Aquella expresión tenía raíces profundas: era conciencia de su propio valer y acerba crítica de su postergación. Aquellas palabras equivalían a un retrato. Y aunque revelasen exagerada estimación de la propia personalidad, una excesivamente lisonjera pintura de sí, Capdevila creíalas pesadas en balanza de farmacéutico y tan justiciera como la misma justicia.

Y ¿cómo no vivir amargado, cuando a pesar de méritos tan relevantes, apenas si llegó en cincuenta años de vida, en cincuenta años de ensayos de carrera y tentativas de toda suerte, a mísero y ambulante profesor de latín?

Las raíces griegas son poco alimenticias, y las conjugaciones latinas no parecen más nutritivas que las raíces griegas.

—Es increíble el horror que se tiene entre nosotros a la cultura clásica — rugía Capdevila en momentos de malhumor, cuando constataba la escasez de discípulos y la dificultad de procurárselos.

—¿Pero habrá quién crea — decía en otras ocasiones — que se puede ser abogado, médico; literato, diplomático, etc., sin latín, sin una sólida base de latín?

—¡Ay, lo creen muchos! — le replicaba con amargura algún colega tan famélico y escuálido como el propio Capdevila.

¡Cuán cierto! Sobraban en aquella sociedad novomundana quien aprendiese lenguas vivas, o escribiese obras, o curase enfermos, o defendiese pleitos con muy pocos latines.

Las escasísimas lecciones que daba, ya en colegios pobretones, ya a particulares, le permitían apenas mal vivir, aunque la familia era corta; él, un hijito de siete a ocho años y la abuela del chico, madre de la esposa, ya muerta, de Capdevila. La abuela aunque harto achacosa y entrada en años, servía de madre y de niñera al huerfanito aseaba la casa, lavaba y planchaba la ropa blanca, zurcía cuanto hubiera que zurcir y preparaba y hacía cocer el puchero, el inevitable y modestísimo sancocho.

* * *

Aunque las lecciones de Capdevila sean pocas — pocas y pésimamente retribuídas, — ocupan casi toda la jornada al profesor y lo obligan a malgastar casi todas las horas del día lejos de la casuca.

La mayor parte del tiempo se le escurre a Capdevila atravesando, de un barrio a otro barrio, de una lección a otra lección. Marcha con premura, sudoroso, temiendo llegar tarde, limpiándose con el pañuelo la enorme y amarfilada calva, que convierte la cabeza del maestro en una gigante bola de billar o en una bola de billar para gigantes.

Erra otras veces por la calle esperando que suene la hora de arribo. Ambula con su calva enorme, que el sombrero no alcanza a cubrir por detrás; con su rostro largo, fino, amarillento; sus bigotes blancuzcos, caídos sobre las comisuras; su chaqué verdinegro, su aspecto entre fatigado y desdeñoso y su amargado espíritu de latinista sin éxito, de maestro sin alumnos, de hombre digno, de hombre de pensamiento y de cultura pospuesto por la sociedad a una cáfila de serviles y ganapanes que sabían gramática parda, pero que ayunos de humanidades, nunca hubieran podido gustar la filosofía de Séneca, la política de Cicerón, la retórica de Quintiliano ni la poesía de Lucrecio.

No siempre, sin embargo, fué Capdevila tan pesimista, ni vivió tan esquivo, ni pareció tan zahareño, ni estuvo tan solo en la vida. Tiempo hubo en que el mundo le venía estrecho para sus ambiciones; en que todos lo creían una fuerza del futuro, y como a probable potencia lo rodeaban y festejaban, esperando congraciarse con él para pelechar, a su sombra, en lo venidero. Meses y años, con todo, discurrían, y los sueños ambiciosos de Capdevila no cristalizaban en realidades tangibles.

Como los amigos de juventud iban triunfando, uno a uno, abriéndose paso en la sociedad, conquistando posiciones, Capdevila, que permanecía estacionario y condenado a latín perpetuo, después de infructuosas tentativas de toda suerte, empezó a ver con envidiosos ojos atravesados el ascenso de los demás. De campechano optimista se fué tornando lúgubre y de una morcacidad agresiva. Llegó a ponerse insufrible.

Cuando se trataba de algún camarada solía espetar:

—¿Fulano? Un imbécil. No me extraña que triunfe. ¡Su mujer es tan guapa!

Por quítame allá esas pajas, ensarzábase con los amigos en disputas que terminaban en injurias. Se le cogió miedo. Los amigos, poco a poco, le fueron sacando el cuerpo. Y poco a poco fué Capdevila sintiéndose en aislamiento. Su carácter se amargó aún más.

* * *

Todo su afecto, lo que de ternura había en su alma, se concentró en el hijito, y el hijito lo acaparó. Resumen de diversos y múltiples amores, aquel amor lo enseñoreó todo en el alma de Capdevila. El niño era despierto, imaginativo, zalamero, simpático, y, como muy mimado, travieso hasta lo imposible.

La mitad del tiempo que debiera Capdevila dedicar a la enseñanza lo dedicaba, en cada lección, a referir a los alumnos travesuras o nimiedades del niño.

—¿A qué no sabe lo que se le ocurrió a mi perillán? — disparaba de súbito a algún aprendiz, entre una epístola de Horacio y un epigrama de Marcial. — Pues ayer se le ha ocurrido preguntarme: Papá, ¿en qué piensas tú cuando no piensas en nada?

Una tarde, apenas llegó a la clase, casi antes de sentarse, como quien no puede contenerse, rompió a decir:

—Me abismo al penetrar la imaginación de mi chicuelo. Hoy, sin ir más lejos, indicándome en un rincón de nuestro patio una vieja cacerola en la cual se erguía, risueña, una florecita de púrpura bañada de sol, prorrumpió: —Papá, en esa vieja cacerola es domingo.

El alumno de Capdevila no comprendía, y entonces Capdevila, radiante, explicó:

—Usted no entiende en el primer momento. No me extraña. Yo tampoco entendía. Después, sí. Mi chicuelo asociaba la idea de alegría, de fiesta, que para él entraña la idea del domingo, con aquella viva florecita roja y aquel alegre y juvenil rayo de sol que doraba un rincón de nuestro patio.

—Su chico es, en efecto, un portento — repuso entre piadoso y socarrón el interlocutor de Capdevila. — Pero, por Dios, no vaya usted a helar esa inquieta cabecita con gélidas duchas de latín.

Cierta mañana — era precisamente domingo, — uno de los discípulos más benévolos de Capdevila paseábase por el barrio de éste, hacia las afueras de la ciudad. Y tuvo una idea. ¡Si fuera a sorprender a Capdevila con un apretón de manos!... Y se decidió, al recordar la vida miserable, triste y en abandono del pobre catedrático.

La casuca era la más pobre de por allí. No tuvo que tocar a la puerta. La puerta estaba abierta. El visitante aproximóse a la entrada, echó una mirada hacia adentro y vió una cosa extraordinaria. Capdevila, en el corredor, sentado en una silla, tenía la cabeza baja y los ojos cerrados. La calva del profesor no era ya calva: le había crecido una vegetación de colorines. La calva de Capdevila se había convertido en un álbum de calcomonías. El chico, trepado en las piernas del padre, le escupía en la cabeza y le pegaba en el pelado cráneo figurillas multicolores de papel. La saliva resbalaba por la cara de aquél terrible Capdevila que terminaba las discusiones en injurias y al que tenían miedo los amigos.

El visitante quiso retirarse, pero no pudo. El niño le había visto y avisó al padre. Capdevila quedó un momento entrecortado al verse sorprendido en aquella guisa. El visitante, no menos cohibido, no sabía que decir.

Por fin, Capdevila, reaccionando, pudo explicarse:

—¡Qué quiere usted! Mi hijo necesita divertirse. Yo no puedo comprarle juguetes. Yo soy su juguete.

Desde entonces aquel discípulo bautizó al profesor: San Capdevila.

NOTAS DEL VERANEO

ALTA GRACIA

Sobre una loma alargada, la ciudad se disemina en la profusión de casitas blancas y de árboles. Al fondo, la Sierra Chica, ligeramente malva en esta hora tardía del anochecer.

Calles en cuesta, por donde suben y bajan los automóviles; la viejísima iglesia empinada pobremente en un extremo de la plaza; el "Sierras Hotel", con su dilatada terraza, desde donde saboreamos ahora la dulzura de un cocktail...

Sin embargo, entre las caras juveniles que hemos visto, más de una tenía la marca implacable del mal. Y al con contemplar, en la galería de algún chalet elegante, una joven que toma aire, o al oír la persistencia de alguna tos, hemos sentido la sombra de una angustia muy honda en el corazón.

Pero el fresco puro hace olvidar, al rato, la desgracia próxima, y las sierras se visten de azul para la recepción de la noche.

GLAUCO

(Alta Gracia. — Enero de 1928.)

¿Una desconocida cultura neolítica china?

El Dr. Andersen, ingeniero sueco empleado por el gobierno Chino para investigar la existencia de minerales en el norte de China, encontró en sus exploraciones un gran depósito de alfarería pintada, de un tipo desconocido en China. Vivamente interesado, prosiguió sus trabajos en el sud de Manchuria y en las provincias de Honan Shan-si, Shesi y Kan-su. Los estratos geológicos donde las vasijas se encontraron, pertenecen al final del período neolítico, hace unos 5.000 años, Sin embargo, los historiadores han descrito la China en ese período como sumida en un estado de barbarismo. Como las vasijas encontradas prueban lo contrario, puede obtenerse la conclusión de que una insospechada civilización prehistórica, existió en China y que su alfarería neolítica, sobrepasaba a las de ese período.

DESDE EL PORTICO

PROLOGO

Entrego estas carillas a "Fray Mocho".

A algunos de sus redactores se les ha ocurrido pensar que pueden tener algún interés para sus lectores estas observaciones y datos que me propongo compilar acerca de las cosas que se leen y que se viven y ello me servirá de saludable ejercicio y de provechoso descanso en la diaria tarea de instruirme que me he impuesto.

Está de moda escribir uno o dos libros por año. La juventud realiza el milagro superbíblico de sacar diríamos ideas de la nada. Yo no tuve jamás la suerte de tener una sola idea propia, es decir, increada. En la actual vi siempre los eslabones que la unían a una larga asociación y aún en la más antigua de las que pudieran parecerme mías encontré la reminiscencia de alguna idea ajena. Jamás tomé como mía la que pudiera serme reclamada; pero jamás pude encontrar ninguna mía que no fuera el desdoblamiento de alguna idea de otro o la síntesis de algunas de dos o más autores.

Parece ser que el mismo asunto de la creación del mundo no fué una idea espontánea de la divinidad.

En la India, enseñan los cuatro libros de los Vedas, que el origen de todas las cosas estuvo en la materia increada, de la que la fuerza, según Buda, hizo después todo lo demás. Panteísmo corrido. Primero materia, luego fuerza, Física pura.

En Persia no tenía mayor crédito la idea unipersonal de la Creación, pues Ormúz, el bueno, compartió con Akrimán, el malo, aquella obra.

Los caldeos adoraron en Sabaoth a los astros, que no son ideas, sino cosas.

Los egipcios reconocieron el caos infinito, donde preexistía un principio superior.

El caos es el origen de la mitología de Hesiodo y aún a la aparición de Tales de Mileto el principio creador es la gota de agua.

Idem, idem, idem, el versículo 2 del capítulo I del Génesis, donde nos dice Moisés que la tierra estaba desnuda y vacía y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, o sea, todo en un caos como el de los egipcios y los griegos, y el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas.

Pitágoras habla de la idea de la unidad y Platón de la idea en sí como del origen de las cosas, pero no dan a esta Idea como surgiendo de Dios sino más vale a Dios surgiendo de la Idea.

Quiere decir que si Dios mismo encontró las ideas de las cosas ya preexistentes en los átomos del Caos, yo no puedo sentir menoscabo en confesar que todas mis ideas las he aprendido de los otros, aun cuando confieso que me produce una profunda admiración pensar que algunos escritores argentinos tengan tantas ideas innatas y particulares que dar a la publicidad.

Aún siendo esto así, resultará que cuando yo haya escrito trescientas carillas tendré también un libro de que me llamaré Autor y ese libro pedirá un título y ese título convendrá ser pensado desde ahora.

Podría ponerle "Mis Confesiones" porque habré de confesar muchos errores y he confesado ya la ausencia de ideas propias en mi acervo cultural; pero no quiero, ni como San Agustín, confesarme a Dios, porque Dios ha sido un mal padre en mis desgracias, ni, como Juan Jacobo, confesarme a los hombres, para no parecer que opto por la Confesión sin tribunal de los protestantes.

Podría ponerle "A Vuela Pluma", dado que serán todos apuntes de poca extensión; pero a mi edad, aunque se tenga rapidez para redactar, no se escribe sino después de haber madurado mucho las ideas. Además, yo no tengo el talento del Rector de la Universidad, que, en dos plumazos y denegando todo recurso, acaba de prohibir la revisión del proceso histórico de Rozas. Herodoto de Halicarnaso no escribió una palabra de los nueve libros de la historia sin haber recogido antes personalmente los datos en Siria, Palestina, Babilonia, Egipto, Grecia, Epiro, Macedonia, Tracia y la Escitia; y yo deseo en esto parecerme más a Herodoto que al Rector de la Universidad y no escribir nada de prisa, porque Jules Simón ha dicho o repetido que el origen de los errores está en la precipitación. Tampoco tengo la facilidad del Ministro de Instrucción Pública que escribe tarjetas y produce discursos diariamente sobre motivos de estética, los que luego me hacen salir canas verdes para hallarlos en alguno de los autores que han escrito sobre las cosas del arte con claro conocimiento de las cosas.

Hubiera deseado ponerle "Noches Aticas" porque habré de internarme alguna noche clara por los jardines de Atenas o "Diccionario Filosófico" porque, una vez dispuestas las carillas por orden alfabético, tal vez inviten a analizar sobre sus tópicos; pero consideré que posiblemente nos han cerrado en Atenas los jardines para que no volvamos a emprenderla con la Iliada y que los diccionarios filosóficos son artículo supérfluo después de los sendos decretos sobre moral de tres por cuatro a que también nos tiene habituado el susodicho ministro de instrucción.

"Viendo Pasar" era un título que me recomendaban los amigos; pero comienza con un gerundio y los gerundios están de capa caída desde que los desprestigió, como cabeza de frase, el ponderado aticismo de don Bernardo de Irigoyen.

Entonces consideré que, hallándome rodeado de cuatro o cinco amigos, debía buscar un hombre que también a ellos conviniera.

Ibamos caminando por Florida y se me ocurrió esta palabra "Peripatéticas"; pero después me pareció demasiado osada la alusión y dejé la palabra para que la utilice alguno de los tantos profesores que escriben sobre recalentada psicología experimental mirando de soslayo y sobrándolo al padre de la lógica. Se me ocurrió después otra palabra "Académicas"; pero consideré de tan gran enjundia la palabra por los diversos grados de iniciación a que estaban sujetos los discípulos del divino maestro pagano de la academia que sólo consideré a un gremio digno de usufructuarlo: el gremio de los doctores.

En eso acertamos a pasar por el atrio de una iglesia y el Presidente de la Liga Patriótica estaba haciendo patria desde el atrio.

Asocié dos palabras: Atrio. Pórtico. Me dí la ineludible palmada que se da todo aquél que descubre que ha desocupado un volumen de agua igual al peso del cuerpo introducido y me dije: Ya está.

Ya está. Mis artículos de hoy, mi libro de mañana se llamarán "Desde el Pórtico".

He aquí las razones que tuve para optar por este título.

Por bien que les dijera no saldrían nunca tan claras como si las copiara de algunos libros que tengo aquí, al alcance de la mano.

Leed conmigo:

Retirándose, pues, al pórtico Pecil (llamado también Pisianactio, y Pecil por las pinturas de Polignoto) comenzó a pronunciar allí algunos discursos. Los que allí concurrían fueron llamados Estoicos, por el pórtico, que en griego se llama Stoa: "Diógenes Laercio vida de los filósofos más ilustres, libro VII Zenón).

"Nuestra institución (la cristiana) viene del pórtico de Salomón", dice Quinto Septimio Florente Tertuliano, autor de la Apología contra los Gentiles.

Me leí enseguida el salmo XIV de David, compuesto, según se cree, cuando colocó el arca sobre el monte de Sión:

"Señor ¿quién habitará en tu Tabernáculo, o quien reposará en tu monte santo?

Y me pareció muy digno de los quedarme, por lo menos, a la puerta del tabernáculo de la sabiduría, como el Presidente de la Liga Patriótica, tanto más cuanto que nuestro Señor y salvador Jesucristo habrá predicado todo lo que se quiera en el mar de Tiberíades o en el monte de los Olivos, pero los azotes a los mercaderes no los pegó sino en el pórtico del templo, como lo dicen los sinópticos.

H. LARTIGAU LESPADA.

LOS DOS OLVIDOS

Soy el Olvido — dijo el Agua Clara y Tranquila. — ¿Veis? Pasa una nube lenta, pasa una alondra ligera. Recibo sumisa en mi claridad la forma y el color de la nube y de la alondra. Amorosamente las recibo, fiel les abro el seno tranquilo y las reflejo como refleja el alma, dicen, la sensación fugitiva. Si pasa una brisa me estremezco como el alma pulsada por una palabra de amor. ¡Oh, no sabéis! El gemido de un violín desfallece en mi superficie como un ser, y su abandono se propaga en mí. Pero un instante después, pasada la nube, la alondra, la brisa, me duermo en una serenidad azul, la soledad me invade toda, y de la alondra, la nube, la brisa, nada me queda; un instante después, olvido todo. No tengo recuerdos. No tengo alma, pero me embellezco, me estremezco y sufro. No tengo más que lo que me dan. Lo que pasa me presta su alma. Mi alma es ajena. Soy el olvido.

—Soy el olvido — como eco sordo repitió la Piedra. — Nada queda en mi corazón apretado, porque nada penetra en él. Pasan las cosas bellas detrás de las horas, como pajes detrás de reinas invisibles. Yo no las veo. No puedo verlas. No tengo nada. Indiferente y cerrada, vivo sola. Ni alma propia, ni alma ajena: un recuerdo no huella la impenetrable hosquedad de mi ser. Como tú, cuando todo ha pasado, estoy sola. Y al final ¿en qué somos distintas? En verdad, soy el Olvido.

—No — dijo el Agua Clara y Tranquila; — el Olvido no es el vacío, no es la muerte. La soledad nos invade a los dos, es cierto, pero... Olvidé para siempre la imagen de la flor que me rozó. Me rozó y se fué. Ni sé si fué una flor. Pero... ¿de dónde me vino este vago perfume que para siempre se ha quedado conmigo...

Enrique BANCHS.

Los cerdos del amor

(AÑORANZAS LEJANAS)

Por Arturo Alezzandrini

Sus ojos negros me recordaron unas rimas de Reissig:

"Ojos que he visto en Damasco
Ojos que he visto en Ormuz
que son Alhambras de sombra
y Trocaderos de luz
Ojos que son las monedas
con que se compra una hurí
y los claros talismanes
que usó el Pontífice Alí".

Suave en el temperamento, dulce en la expresión: era todo una Santa Teresa de Jesús.

Vino a mi relación, después de un festejo de bautismo en casa del almacenero de la esquina.

A veces vivimos los años frente a la vivienda de una chica y nada consigue acercarnos; el "buen día" y "las buenas tardes" de rigor que nos vinculan bocalmente nos maniatan el espíritu; la obligada salida a la puerta de calle que hace que nos miremos una vez por semana, nos aparta de la simpatía recíproca y, por último, la vecindad misma, no es sino el inconveniente más poderoso para un buen intercambio sentimental. — Quien opine lo contrario está predispuesto para casarse con una prima hermana.

La distancia entre uno y otro es al amor, lo que un buen estuche a un modesto obsequio; la vecindad, en cambio, es al contrario, o sea lo que modesto envase a un buen regalo. — —Todo esto, claro está, debe ser aplicado en todos los casos en que no medie una fiesta de almacenero, ni esté presente una criatura, como aquella de los ojos negros, que me recordaron las rimas de Reissig.

Me dijo su nombre: María Célica ¡María Célica!. Así debieran llamarse todas las mujeres interesantes de la historia. Mesalina, Salomé, La Pompadour, Semiramis, Juana de Orleans, Magdalena Friné, etc. son otras tantas Marías Célicas. Es de lamentar que la historia nos dé, para un ejemplo de mujer interesante virtuosa, veinte o treinta de mujeres interesantes pecadoras; pero como en este caso consideramos solamente la parte interesante, la virtud y el pecado lo dejaremos en un baúl de trapos viejos.

Después de hacer como que bailábamos, decidimos "humanizarnos" un poco... y nos sentamos en un bancuelo situado debajo de una higuera, que hacía años recibía estoicamente hojas secas e indecencias de pajarillos.

Por suerte, ahora, el bancuelo, estaba limpio.

—Así, pues, que ambos nos conocíamos y no nos conocíamos ¿verdad? — expresó tomando asiento.

—Verdad — afirmé haciendo lo propio — Lo malo es que no tratamos antes de modificar este estado de cosas.

—¿Y por qué antes?

—Porque en la simpatía, como en los rostros de las "cocotes" de cuarenta años, el tiempo marchita sus encantos, cada día que pasa. La simpatía es una larva o se transforma o muere, o se alcanza el amor o se llega al odio.

—¿Así, fatalmente?...

—Así, fatalmente. Antes de amar como de odiar se necesita simpatizar, por lo cual este último estado de ánimo nos resulta entonces un puente de plata o de piedra, según sea.

—¿...Y si ambos hubiéramos simpatizado?...

—Esté tranquila; por mi parte es de aquellas de "puente de plata"

—¿Y si nos resultara de piedra?

—Creería que no somos inteligentes, y al revés de lo que ocurre con el talento, la inteligencia riñe con todo aquello que molesta a la felicidad...

—Yo no había supuesto nunca tener un vecino tan interesante...

—¿Elogios? ¡Bah! si yo fuera interesante la humanidad estaría perdida Célica... soy uno más... ¡entre tantos!...

—Entre esos tantos no se imagina cuánta idiotez anda dispersa... En ocasiones se nos critica a las mujeres que tropezamos con un hombre ameno y perdemos el sentido... y créame que si no lo perdemos tanto, es por que no es tanta la abundancia de hombres amenos.

—Me encanta... A propósito, ayer me he indignado en la calle Florida: un señor de edad, ventrudo rijizo y calvo, después de invitar a una subalterna a tomar el aperitivo, la despedía tomándole la mano durante unos cinco minutos (en la calle Florida son muchos minutos). El baboseábase, ella sonreía abnegadamente. Ante esta simple escena me indigné. ¡Siempre son los cerdos del amor los que tienen derecho a gustar de él! ¡Siempre las finanzas! Imbéciles. Hay una cosa que no se compra: la temperatura de la sangre. Y otra que no se adquiere: la ciencia de los besos. Estas cosas me hacen exaltar sobre todo cuando encuentro en mi sendero una mujer que sabe de buen gusto... Y usted es una chica de buen gusto; lo he adivinado en la forma graciosa de acariciarse el labio superior con la punta de la lengua.

—¡Por Dios!...

—Por El o por quien sea, esos labios finos, esas ojeras lilas, esas pestañas mantecosas y ese mohín burlón que le va marcando el arco de triunfo que une los extremos de la boca con la nariz, denuncian en usted una exquisita novela de sentimentalismo.

—Es usted un poco impulsivo.

—Sí ,lo soy. Un hombre moderno no debe tener un "poco de tres órganos: corazón, estómago y cerebro. Yo me titulo un muchacho

moderno; soy capaz de apasionarme (nunca ciegamente) soy complaciente además, y tengo por costumbre preocuparme más de poner mis arterias a la orden de una mujer que exija de ella el sacrificio de un modesto vaso capilar.

—Demasiada crudeza. Todavía quedan mujeres capaces de amar seriamente...

—No lo niego. Cuando encuentro una que me ofrece sinceridad se la acepto y se la retribuyo, pero eso no puede ser general. Muchas gustan el amor epidérmico, superficial... Esas son las más... Otras prefieren el amor trágico, "al cianuro", por fortuna, esas torpes son las menos...

La última pieza bailable nos sorprendió en plena cháchara. Poco después los invitados fueron desapareciendo, hasta que la mamá de María Célica vino a poner un paréntesis a nuestro diálogo. Mi condición de vecino me permitió acompañarlas durante media cuadra, al cabo de la cual se encontraba su casa.

Les di las buenas noches de práctica y cruzando la calzada me metí en el café de la esquina. Un buen Gordon nos ayuda a acariciar una ilusión... y aquel Gordon estaba muy agradable...

... ...

Durante un año se pueden hacer muchas jugadas en el ajedrez de la vida; así es como no debéis asombraros si mi castillo de naipes se desplomó fatal y silenciosamente.

Los primeros meses, mi vecinita y yo intentamos el amor. Nunca es tan interesante el amor como al principio.

El beso que se roba, con la complicidad de un farol apagado en el quicio de una puerta, tiene el sabor de las frutillas tomadas de la planta, en un huerto ajeno... y nosotros habíamos aprendido a invadir huertos ajenos en busca de frutilla...

Un día de esos, doña Márgara—madre de Célica—me planteó la "cuestión social: el comentario, los vecinos. Debíamos casarnos.

A veces una mera discrepancia, nos cuesta un enorme sacrificio. Ese día doña Márgara y yo discrepamos en detalles. No volví más al quicio de la puerta. Confiaba en que Célica amorosa, fuera más fuerte que Célica filial. No fué así... no podía ser de otra manera... A pesar de todas las frases bonitas que se leen por ahí, el prójimo nos obsequia con los más amargos malos ratos de nuestra existencia. A

Algunos meses después, no sé cómo ni por qué, se detuvo frente al quicio de mis buenos ratos idos, un coche negro, tapizado de blanco, iluminado y ataviado con ramilletes de azahar. Un rato después descendió a él una pareja de novios. ¡Gran Dios! Quedé estupefacto. El señor de edad ventrudo, rojizo y calvo que yo había visto en la calle Florida, cierta vez, acompañaba a María Célica, que vestida de blanco tomaba asiento, mientras sonreía abnegadamente. Lo vi todo desde mi cuarto de dormir. Mi foxterrier se aproximó en ese instante a lamerme la mano, piadosamente.

Perdonad, desde entonces les debo una explicación a los cérdos del amor: no son tan imbéciles no... Y si bien no pueden comprar temperatura sanguínea ,en cambio saben congelar la del prójimo.

EL MIMADO.

(Del libro "Canciones a la maestrita", que acaba de aparecer)

No sabía pelear, ni siquiera
jugar a los presos;
era un chico de esos
a los cuales asusta cualquiera.

Siempre quietecito
y siempre callado,
parecíanos un pajarito
de volar y cantar fatigado.

Desde el primer día
que llegó al colegio,
tuvo el privilegio
de la simpatía

ante la maestra
que le hacía mimos.
Entonces, ¡qué celos tuvimos!
¡Qué tiránica envidia la nuestra!

Pensábamos todos con hondo quebranto:
¿Por qué nos olvida con tal injusticia?
¿Por qué le da a otro su mejor caricia,
ella, a quien nosotros queríamos tanto?

Al chico, inocente
actor de este drama de celos,
sentimos anhelos
de hacerle un chichón en la frente...

Después conocimos la causa de todo:
aquella maestra sublime quería
curar de algún modo
la melancolía

de ese pobre niño
que había sus padres perdido recién,
y no tenía quien
llevara a su alma la luz de un cariño.

¡Oh, dulce maestrita, santa bienhechora,
tú no lo sabrás!
pero, desde aquella memorable hora,
te quisimos más.

Ismael MOYA.

EJEMPLO DE UN CHISMOSO

Una vez dijo cierto individuo a un hombre justo:

—¿Sabes lo que me ha dicho Fulano de ti?

—¡Silencio! — repitió el justo. Preferible es ignorar lo que mi enemigo haya dicho de mí.

Los que llevan los chismes dichos por un enemigo son aún peores que éste, pues muestran con ello estar de acuerdo con él. Y son peores que éste, pues hacen público lo que aquél ha dicho privadamente.

Un corre — ve — dile provoca las riñas. Huye tan lejos como puedas del que resucita una cuestión desagradable por todos olvidada.

Una riña es como un fuego que el chismoso aviva con la leña de sus palabras.

SAADI.

La poesía en el Japón.

El Japón en la tierra de la poesía.

Harukici Saimol, profesor del Instituto Oriental de Nápoles, asegura que en el Imperio del Sol Naciente todo el mundo es poeta.

En mi casa de Tokio — dice — tengo un viejo servidor que no sabe siquiera escribir su nombre, pero hace versos muy respetables y con gran facilidad. Continuamente se me acerca para decirme: "Señor he compuesto otro poema, escríbamelo". Y me lo dicta.

Todos los años se celebra un concurso poético con un tema escogido por el mismo emperador. Y cada año se presentan al certamen más de cincuenta mil poesías. En el último, los poetas agraciados con los siete primeros premios fueron empleados del Estado, dos sacerdotes, un droguero, un vinatero y dos mujeres del pueblo.

Hasta en la más pequeña aldea hay indefectiblemente una "Unza", asociación poética del pueblo: sus miembros pertenecen a todas las clases sociales; se reunen dos o tres veces al mes, y cada uno lleva por término medio a esas reuniones una veintena de poesías, que se leen y se critican públicamente.

En las minas de carbón de la isla de Chiuscio, los mineros dedican a la poesía el escaso tiempo de que disponen para el descanso, y han organizado una "Unza" correspondiente.

Harukici Saimol cree en la moralizadora influencia de la poesía, y cita varios casos de verdaderas conversiones de hombres que antes eran brutales y aun delincuentes y son ahora, gracias a las "Unza", ciudadanos honrados y poetas más o menos sentimentales.

PAYAGUA

Por Héctor P. Blomberg

La canoa, cargada de cañas de tacuara, encalló en costa baja y arenosa. Dos peones saltaron a tierra. Eran de una estancia vecina.

Apenas pisaron tierra, el llanto quejumbroso de un niño hirió sus oídos. Pusiéronse a buscar entre las plantas acuáticas que se amontonaban al pie de la barranca. Allí encontraron a un niño de pocos meses, un diminuto y horrible Moisés indio. Se lo llevaron a la estancia, tendido sobre un haz de tacuaras, una tosca y pequeña camilla, que colocaron sobre un carro abierto tirado por dos bueyes.

Allí lo dejara, las horas antes, la tribu payaguá que llegara a esa ribera del Paraguay a celebrar una de sus periódicas orgías de alcohol.

El indiecito fué enviado por la dueña de la estancia, una señora de Asunción, a la servidumbre. Era el día de San Romualdo, y se le dió ese nombre, abreviado, según la costumbre guaraní, hasta convertirlo en Romú.

Allí creció Romú, entre la indiferencia bondadosa de los hombres y las mujeres, vigoroso, tranquilo, grotescamente feo. Ninguna de las mujeres que criaban quiso amamantarlo, porque decían que tenía "olor a indio", y el niño tuvo por nodriza una cabra.

Bajo rechoncho, de cabeza abultada, con los pómulos salientes y la piel de color del tabaco, era verdadero payaguá, un descendiente puro de la raza famosa y envilecida de las selvas.

Adheríase el pequeño a todos los grupos que iban a pescar, a cazar, a carnear o a labrar la tierra. Cuando caían las lluvias, se quedaba en los galpones o en los ranchos, y allí veía cocinar, pisar el maíz, tejer la paja y el mimbre.

Andaba desnudo siempre. Arrojaba los trapos que le ponían las mujeres, y era silencioso, taciturno, pacífico.

Romú cumplió siete años. Era ya un indiecito barrigón, fuerte como un puma, y más horrible que nunca.

Un día desapareció de la estancia. Se le llamó y se le buscó en vano durante muchos días. Después todos le olvidaron.

Tres meses más tarde, unos peones que habían ido a cortar cañas en una isla del centro del río encontraron a Romú en la costa opuesta, frente al Chaco. Estaba pescando tranquilamente. Tenía su honda de cuero de carpincho, un cuchillito que llevara de la estancia y un aparejo de pescar. Con estas herramientas y armas, el Robinson Crusoe de siete años había vivido tranquilo, procurándose su alimento, defendiéndose de las víboras, en una isla del río Paraguay, durante tres meses.

El río y el monte eran su despensa; cruzaba a nado la corriente para ir al monte en busca de huevos, frutas, miel y perdices que llevaba atados al cuello, dentro de calabazas vaciadas y secadas al sol.

Los sauces le servían de techo y atalaya; desde lo alto del ramaje veía pasar los buques blancos, las barcazas y las canoas llenas de naranjas y de cueros, y lo camalotes que arrastraba la corriente.

Un pontonero que pasaba por allí periódicamente lo invitó a irse con él, río abajo, pero el pequeño payaguá rehusó el ofrecimiento. Negóse también a regresar a la estancia, donde nunca le faltó nada.

Al partir de aquélla, se apropió una piragüita que encalló en una punta de la isla; la calafateó con paja, limo y resina, y se dispuso a realizar sus incursiones a lo largo del río natal, cuya corriente le hablaba con las voces misteriosas y seculares de su raza. Al pie de los sauces tenía un pequeño cobertizo de cañas atadas con ásipós, un fogón de arena endurecida, asadores de palo aguzado a cuchillo, y unos cuantos rústicos sombreros de paja brava.

Llegada la estación de las lluvias, aceptó el regalo de un poncho que le enviaron de la estancia, y dormía en las ramas hospitalarias de los sauces, como un pájaro de la selva.

Pasaron los meses, se sucedieron las estaciones. Y otro día, el pequeño payaguá que no había querido civilizarse, desapareció de su isla. La piragüita, quilla arriba, se balanceaba entre el juncal. Intactos, clavados en sus asadores de palo, los peones vieron un pescado asado y una perdiz fresca.

Se le buscó nuevamente, como tres años antes. Pero esta vez Romú había desaparecido para siempre. Después de una prolongada sequía y una gran bajante, las lluvias habían sido torrenciales y las crecientes extraordinarias.

Los peones se encogieron de hombros.

—Se lo habrán comido los yaguaretés. — dijo uno.

—O se habrá ahogado en la creciente, —opinó otro.

Y un tercero murmuró:

—¡Qué se va a ahogar, un indio!... Se ha ido con su tribu, allá en el fondo del Chaco. Los payaguás son así...

LA VERJA

Ya fué terminada la casa de piedra junto al lago y los trabajadores están empezando la verja. La verja es de barras de hierro con puntas de acero capaces de arrancarle la vida al que se enganche en ellas.

Como verja, es una obra maestra de protección contra los vagabundos y contra los chiquillos callejeros.

Por entre las barras de hierro y sobre las puntas de acero, nada puede pasar como no sea la Muerte, la Lluvia y el Mañana.

DESFILE DE IMAGENES

Represéntase a veces — en mis recuerdos — Alba,
la candorosa niña de ojos color de malva
que me amó en jubilosos días de primavera
cuando el falaz ensueño me murmuraba: "¡Espera!"
Era una niña pálida como nevada rosa
y a mi lado solía sentarse, silenciosa;
entonces, abstraídos en paisajes lejanos,
parecíamos — más que novios — buenos hermanos;
pero nos embriagó la celeste ambrosía,
y aquella esplendorosa rosa de poesía
deshojóse al impulso de mi pasión vehemente,
y el río del olvido la llevó en su corriente.

Aguardé la caricia de un amor infinito;
mas el amor, de pronto, cual un trágico grito,
me despertó a la vida. Mi adolescencia incauta
buscó en vano una ruta, trazó en vano una pauta:
mi lámpara votiva tembló en la oscuridad;
yo estaba solo, solo frente a la inmensidad.
Con hálito enervante me acarició la muerte;
comprendí que en la vida triunfa tan sólo el fuerte;
y al abrirse mi espíritu para ver el arcano
ya todo amor terrestre se encontraba lejano.

El amor, bien lo sé, no es loco devaneo;
es la llama sutil de un eterno deseo,
la obsesionante fiebre de purísima idea,
es huracán que impulsa y potencia que crea.
Tal vez un día me abra su reino alucinante;
mas, en el intermedio, triunfa el amor galante;
me abandonó el querube que condujo mi infancia
y hoy río de la vida con soberbia inconstancia.

Recuerdo a Ruth, la niña de cabellos oscuros
y sonrosada tez. Sus sueños eran puros
y, al parecer, ajenos al ominoso instinto.
Comparando su alma con verde laberinto
de boj, siempre guardado por un dragón fantástico,
pensé que si, con paso cauteloso y elástico,
algún inoportuno se deslizase un día
a sorprender del laberinto la armonía,
encontrara el secreto de aquel sueño de amor
en la divina música de oculto surtidor.

Tersa como los pétalos de tropical magnolia
era la piel oscura de la suave Anatolia,
mujer que desleía perezosos ensueños,
nebulosos ensueños de irreales diseños...
Nunca vi una mujer de languidez más lenta;
Anatolia ignoraba toda pasión violenta
y era mimosa sin rebeldía ninguna:
la nimbaba el hechizo lejano de la luna.

Era Fanny, la rubia con ojos de zafiro,
un ser maravilloso de caricia y suspiro;
pero la sobriedad la hirió como una injuria
porque en su sangre joven ardía la lujuria.
Deseaba lo prohibido, persiguió lo ignorado,
con sus alas de fuego la cubría el pecado
y arrastrábala el vértigo del amor que delira:
mas la verdad, en ella, parecía mentira.

Evoco a la enlutada (mi angustia no la nombra),
que huyó a las misteriosas regiones de la sombra.
Acechaba en sus ojos oscuros la inquietud,
mientras en vago otoño su noble juventud
se marchitaba lentamente. Amó las glicinas,
las aves y la música. Fué de las heroínas
románticas, signadas por imposible anhelo,
que bajan a la Tierra como un fulgor del cielo.

¡Oh, mujeres, mujeres, deliciosas mujeres
que cruzáis en ardiente procesión a Citeres
por el páramo inmenso de mi alma indecisa:
os admiro con una levísima sonrisa...
¡Cuán sabio es el amante que, al reinar silencioso,
desdeña el salvajismo del amor doloroso,
y luego que la ola se resolvió en espuma
contempla sus ensueños a través de la bruma!

Augusto CORTINA - ARAVENA.

DEL ARTE TEATRAL

Por Gregorio C. Puigdevall

Establecido el cotejo entre las produccionues teatrales de Jacinto Benavente y Jacinto Grau — los más elevados valores de la dramaturiga española — resulta como elemento diferencial el que en la de aquél preponderan las ideas ingeniosas y en la del segundo los caracteres de alto relieve. Ninguno de los muñecos benaventinos posee una tal potencia de individualidad cual la del Conde Alarcos. Es este el héroe de la pasión amorosa realzado a lo sumo. A su contigüidad, palidecen todos sus similares. Bien puede decirse — en rotunda e irrefragable afirmación — ser el Conde Alarcos el hombre que más heroicamente ha amado, así en la realidad como en el mundo de ensueño — el arte; — que no se sabe de caso que le aventaje.

Ningûn obstáculo se ha interpuesto entre un hombre y una mujer, tan terrible como el que separa al Conde de su amadísima Infanta. El Conde está casado con una mujer, bonísima, afable, humildosa, fidelísima, pura, y abnegada en su amor de esposa cuanto en el materno, pues es de consideración el haberse fortalecido más tal matrimonio con el inextricable anudamiento de los hijos. La Infanta, con sus ojos de fascinante negror y sus rojos cabellos encarrujados — cual sierpes ígneas como las de las cabelleras de las Euménides — incendia con volcánica pasión amatoria el corazón del Conde. Tiempo atrás — en lo pretérito — se habían jurado amor. Pero él creyólo leve y fugacísimo capricho momentáneo de la hija del Rey. Ya casado — esposo y padre —viene al regio alcázar demandado por el Rey para consulta sobre graves asuntos políticos. Siente la Infanta — a su presencia — renacer con irresistible ímpetu su primigenia pasión. Exige al Rey que obligue al Conde a cumplir aquél su jurar de antaño. Inútilmente se resistirá el soberano, aterrado ante la catástrofe de deshacer el hogar del Conde. El diálogo entre la Infanta y su padre se desarrolla en un clímax ascendente que culmina en el éxito de ella. El Rey ordena al Conde que mate a su esposa, disimulándolo a la opinión con decir que murió de un cierto mal que padecía. La fatal resolución ha de cumplirse aquella misma noche, presentándose el Conde muy de mañana para desposarse con la Infanta. No le otorga otra evasiva que la de que se entreviste con la Infanta y obtenga de ella la derogación del compromiso jurado. Esto permite a Grau desarrollar un diálogo maravilloso de pasión, de ardor, de fuerza patética, en el que la Infanta triunfa con sus ojos negros, como noche invernal y sus cabellos sérpeos.

En el segundo acto nos sentimos muy deleitosamente impresionados por la inefable delicia del hogar del Conde. La Condesa nos subyuga con su carácter suavísimo, su delicada feminidad — tal cual la de Desdémona — otra dulce esposa sacrificada — y sus vehemencias conyugales y maternas. Es la hora de la cena. Pero ella no come, por el desgano que le produce el ver a su esposo preocupado, ensimismado, en demasía serio y un tono cavernoso en el hablar cual nunca hasta entonces hubiera mostrado. Es que viene del palacio real, convertido ya en un monstruo por el no exorable amor de la Infanta. Acostados los hijos y cerradas las pesadas puertas del castillo, quedan frente a frente los esposos. Su diálogo, por la intensiva potencia del "pathos" sólo tienen precedente y similar en la dramaturgia mundial, en los diálogos post-crimen, de los esposos Macbeth, en aquella aciaga noche en el castillo de Inverness. Aun supera a estos el de los Condes en no ser el conflicto extrínseco, sino entre ellos mismos. Escasamente podría hallarse algo semejante en las obras de Esquillo, Shakespeare, Hebbel y D'Anunzio. Bien que semejanza patética que no en cuanto a riqueza de matices pasionales, que aquí — en el de los Condes — es insuperable.

La Condesa trata de disuadir a su esposo del injusto uxoricidio. Muéstrale su vida esposal de sacrificio, pureza y fidelidad. Evoca a los hijos. Más todo ello sólo servirá a hacer vacilar al Conde, hasta que el recuerdo de la Infanta se enrosque en su corazón estrangulándolo, como los tentáculos de un bello monstruc. Después solo quedará su cerebro alucinado por el ensueño amatorio, frente al obstáculo que ha de trasponer, en un salto terrible entre la realidad y el sueño, por sobre los abismos sangrientos del crimen. El espectador, hiperestesiado por la maravillosa técnica de Grau, se siente arrebatado por la elocuencia dramática hacia un mundo diestramente emotivo, donde las voces humanas son maldición, grito, súplica, llanto desolado, como notas de la Quinta Sinfonía de Beethoven.

Cuando la Condesa reza, genuflexa, en la habitación contigua, el Conde penetra con un paño negro para cubrirle la cara y no verla al estrangularla. La escena queda en silencio, y la lucecilla que alumbra — en exvoto — a una imagen de la Virgen, se apaga misteriosamente en el momento trágico. Y el silencio está tan lleno de significado angustioso como los silencios wagnerianos y los beethovenianos: llamadas al misterie que a veces responde desoladamente.

Acotar los rasgos esquileanos, shakespirianos y hebelrianos de esta escena requeriría la extensión especial del libro. Ello es que a partir de aquí, se sostiene en suprema intensidad la catástasis a través del tercer acto — no menos trágico — llegando al final, o sea a la muerte del Conde abrazado a la Infanta, que como Iseo, como Julieta, como Brunilda, muere también abrasada en el llamear de su igniscente pasión.

"No importa ir al Infierno, si allí también puede amarse". Son sus últimas palabras. Mueren cual todos los héroes: sin renegar de su ideal, ni arrepentirse.

El Conde Alarcos, por virtud del genio de Grau, constituye el más ingente valor de la tragediografía hispánica. Culmina en esa suprema zona — luz, esplendor, eternidad — reservada al genio, a la cual solamente hallaron acceso, La Orestiada, Edipo, algunas creaciones shakespirianas, y otras de Hebbel: en lo actual, solamente Grau y D'Anunzio, han podido remontarse a tan elevadas cimas, doradas por el sol de la gloria.

Grau no ha tenido — hasta ahora — la nombradía de Benavente, por la insuficiencia de quienes pasan por críticos, carentes de hondura emotiva y cultural, a excepción de Ricardo Baeza, espíritu noble y ecuánime, de perspectivas universales en su riquísima ideología.

Sobre todo ello se ha de considerar, que el teatro de Grau, requiere, del espectador, una sensibilidad muy consciente: peculiaridad de toda obra genial. Su despectiva indiferencia para con el aplauso general, le sirve de egida, permitiéndole desarrollar sus obras a plena austeridad y pureza estéticas. Moldea caracteres de duración ilimitada, como el Conde Alarcos, que deambularán por ese mundo imaginario de mil encantadoras facetas, ante el cual pasan los siglos en su marcha efímera sin dejar otras huellas que la del genio.

DEL VIEJO MONTEVIDEO

Ritornamo vincitori...

Cuando el desgraciado asunto de Volpi y Patrone del cual nos hemos ocupado ya en otra obra, nos abocó a una reclamación diplomática que nos planteara el gobierno italiano, las cosas llegaron a extremo tal, que, la cañonera de aquel país "La Caraciolo", mandada por el comandante Amézaga y fondeada en nuestras aguas, se aprestara a bombardear la ciudad. "Sotto voce",—así nos lo dice un amable y desconocido colaborador, — se dijo en aquellos angustiosos días, que Amézaga habría cumplido sus propósitos, si el almirante Cordero, — jefe del monitor argentino "El Plata" de estación en la bahía, — no le hubiera mandado aviso de que al primer disparo que hiciera sobre la plaza, hundiría a la nave italiana.

Y "Sotto voce", también se dijo, que el Presidente había evitado los cañonazos, porque cuando el ministro italiano le expresó que de no accederse a su demanda, haría bombardear a Montevideo, Santos le contestó que al sentirse el primer disparo, él, a su vez — daría orden en el sentido de que se matara a cuanto italiano hubiera en el país, por cuanto si las balas italianas eran buenas para quitar la vida a personas que nada tenían que ver en la incidencia, los uruguayos, tendrían el derecho por su parte; de ejercitar tal represalia.

Lo que es rigurosamente exacto — nos lo afirma así el colaborador, porque él lo ha visto, — es que en el "Museo Madama", de la ciudad de Génova, que funciona en la Vía Garibaldi, se exhibe en una vitrina, la valiosa espada de honor que los connacionales de Amézaga le regalaron con motivo de aquella incidencia, — espada que lleva estampada en su hoja, la siguiente leyenda:

"Al valiente almirante Amézaga por su conducta heróica frente a Montevideo". Cabe preguntar aquí, cuál fué la heroicidad que tuvo a su cargo en la emergencia que nos ocupa, el entonces comandante Amézaga, para merecer los honores del regalo que pasa a la posteridad por la amable hospitalidad que le brinda un museo público y por un acto que, en ningún momento, alcanzó la altura bélica a que pretendieron elevarlo la patriotera fantasía de los generosos donantes del regalo.

Bien es verdad que, como en Génova nadie conoce cómo pasaron las cosas, la espada tendrá allá, a nuestra costa, aparte de su valor intrínseco, uno histórico en grado superlativo, que está muy lejos de merecerlo.

Rómulo F. ROSSI

MONTEVIDEO, ENERO 1928.






América tiene su música clásica y hay que difundirla

NOBLE MISION QUE SE HAN IMPUESTO DOS JOVENES ARGENTINAS, QUIENES ACABAN DE TRIUNFAR EN EL BRASIL

Los cultores de la buena música, de la música "difícil", son legión entre nosotros. El año artístico fenecido, puede dar la pauta de lo que en cultura musical ha progresado nuestro público. Las innumerables audiciones y conciertos de 1927 han reunido una suma de valores que nos eleva a alturas en las que nada tenemos que envidiar a las más exigentes urbes del mundo.

Lo malo es que, cuando de clasicismo se trata, sólo recurrimos a las fuentes extranjeras. Como en todas las cosas: para que las juzguemos buenas han de traer, a



Señora Lucila Machuca S. de García.

modo de imán, el sello de afuera, el sabor de otras tierras, el "made in..." de que echan mano los comerciantes para hacer su agosto a costa de quienes no comulgan con aquello de la protección a la industria nacional. Como si en tierras argentinas y al decir argentinas podemos ampliar el concepto diciendo americanas, no hubiese los mismos elementos, iguales capacidades.

Es así como desconocemos lo nuestro, es decir, lo bueno nuestro, porque lo malo salta a la vista y con ello tropezamos a cada rato y en todas partes.

Sud América posee una verdadera riqueza de esa música que debe clasificarse como clásica por su profundidad y su técnica. No folklorismo, que, encerrando bellezas difícilmente superadas o igualadas, es producto del sentimiento popular y autóctono, sino obras de alto vuelo, de estudio profundo, de enjundia, que no están al alcance de todos y que quizá por eso mismo sólo han sido descubiertas para un grupo poco nutrido, que podríamos llamar privilegiado. Y en verdad no existe razón alguna, bien justificada al menos, para que tales bellezas del arte musical, permanezcan escondidas en el archivo polvoriento de lo desconocido o de lo desagradable.

Era necesario hacer conocer esa música clásica nuestra, obra de talento elaborada en esta tierra de América que tan poco conoce sus valores; esa música, por cierto, más meritoria que la milonga y la machicha. Y esa noble misión es la que a sí mismas se han impuesto dos jóvenes artistas argentinas, exquisitas por mujeres, por latinas y por sentimentales: la señora Lucila Machuca S. de García y la señorita Anny Machuca Suárez. Pianista meritísima la primera, cuyas manos suaves saben arrancar al teclado sonoridades maravillosas; cantante la segunda, que entona con esa dulzura de que sólo son capaces quienes sienten el arte como expresión del propio espíritu.

He aquí las dos embajadoras, simpáticas y sensibles, que el arte de América ha conquistado para sí. Cuando las intérpretes son tales, la sensación de lo bello llega con mayor facilidad al corazón y se adentra más profundamente en el alma.



Las dos artistas argentinas en compañía de la señora Telles de Menezes, en la residencia de ésta, en Río de Janeiro

La señora de García fué alumna de la eximia María Carreras y de Jorge de Lalewicz; con tanto cariño cultiva su arte, para el que parece tener una predisposición especial, que los sonidos suben del piano al oído, como murmullos de ravilla. La señorita de Machuca un mundo irreal de fantástica maSuárez todavía continúa estudiando, bajo la dirección de la señora Laura S. de Willmann; posee una voz melodiosa, llena de acariciantes modulaciones, cristalina y capaz de llenar todos los tonos.

Nada más grato que departir con ellas en la tranquila intimidad de una coqueta salita con vistas a una calle de Flores llena de luz, rinconcito adornado con ese exquisito buen gusto de que sólo son capaces las mujeres de nuestra tierra, que han cultivado su espíritu para el bien, y que guardan en medio de su decoración modernista, el tierno sabor de las viejas salas porteñas, solo interrumpido su silencio por las notas armoniosas del teclado y la musicalidad de una voz infantil, la del niño de la casa, inteligente pequeño de pocos años, vivaracho y activo, grata promesa para el futturo.

Sencillas ambas artistas, comunicativas, modestas hasta para ruborizarse al menor elogio, nos hablan con entusiasmo y sincero calor, de su arte, cual si solamente para él viviesen.

A fines de octubre último, nuestras compatriotas se ausentaron al Brasil, con objeto de buscar allí ese raudal de belleza que aún no conocen la mayoría de los mismos brasileños y que es su música clásica. Fueron allí colmadas de atenciones y sólo tienen palabras de agradecimiento por la gentileza con que se les atendió en todas partes. Sus rostros se iluminan con la leve sonrisa del recuerdo grato y nos cuentan como pudieron gustar plenamente la tradicional cortesía brasileña, tan típica y caballeresca. Por cierto, que al digno recibimiento que se les dispensara en todos los sitios, no era ajeno el empeño del ministro argentino, doctor Mora y Araujo, quien supo allanar a las artistas de su patria las dificultades que pudieran presentárseles.

El paso de estas dos artistas argentinas por tierras del Brasil, fué realmente triunfal. Una especie de consagración definitiva entre lo más granado de aquellos hijos de tropicales regiones, por eso mismo tal vez con temperamento más adecuado que el nuestro para gustar las delicias del arte.

El octavo concierto trasmitido por radiotelefonía en Río de Janeiro, donde tales audiciones no están tan difundidas como en Buenos Aires, nos explican nuestras compatriotas, estuvo a cargo de ellas, correspondiéndoles la satisfacción de ser las primeras ejecutantes extranjeras que en la capital carioca tuvieron a su cargo tal tarea. La audición se efectuó bajo el patrocinio de "O Jornal", que organiza las secciones de la estación Mayrink Veiga. El concierto obtuvo un éxito rotundo, feliz resultado que encontró su par en la



Señorita Anny Machuca Suárez

segunda presentación de la señora de García y la señorita Machuca Suárez, hecha en el Casino de Copacabana, patrocinadas por el Club Argentino. Cuanto de distinguido tienen los círculos de Río Janeiro asistió a este acto y, a las felicitaciones de los más caracterizados artistas y críticos, se sumaron las de los diplomáticos y gentes del gran mundo.

En cumplimiento de la misión que han abrazado y en favor de la cual derrochan todo su entusiasmo de escogidas para el triunfo, las dos artistas de quienes nos ocupamos, recogieron en el Brasil, música de Octaviano, Lorenzo Fernández, Nepomuceno, Villa Lobos, Dinorah de Carvalho y Bilhar, con objeto de estudiarla detenidamente, para hacerla conocer entre nosotros y en los restantes países de América y Europa. A su paso por Montevideo, de regreso a la patria, adonde acaban de arribar, seleccionaron obras de Luis Clouzeau Mortet y de Fabini, los dos más selectos autores uruguayos, formando así un bagaje de mucho mérito. Entre los nuestros, la señora de García y la señorita de Machuca Suárez, han distinguido en su trabajo de recopilación, a Floro Ugarte, Athos Palma, López Buchardo, Peacan del Sar, Filiberto, Boero, Ayllón, Aguirre, Williams, Ricardo Rodríguez y otros, cuyos trabajos, de los que se han compenetrado bien, harán gustar a los públicos de América y Europa.

En febrero las dos artistas volverán a Montevideo, luego de haber dado conciertos en Mar del Plata y en mayo al Brasil, para seguir luego con destino a Europa.

S. B. G.

LA TRISTEZA UNIVERSAL

Por Francisco González Díaz

Hay en la tristeza un elemento que deprime y otro elemento que fortifica. Ser triste quiere decir hallarse en comunicación espiritual con el Universo, recoger e interpretar el eterno gemido que se exhala de todo lo creado.

Todo suspira por un Dios que no se ve, pero que se siente y se desea. No se puede aspirar a Dios sin ponerse triste con la tristeza que infunden la limitación y la impotencia humanas. La vista del mundo es triste, porque se compone de desorden y miseria. La vista del cielo es triste, porque al revelarnos lo inaccesible y lo misterioso, nos descubre nuestra pequeñez.

Estar triste significa comprender: la comprensión hiere y desconcierta. Sólo los inconscientes pueden estar habitualmente alegres. Sólo se muestran regocijados los que *no ven*. Cristo permaneció triste hasta la muerte, porque *vió*.

Y el cristianismo es una religión de tristeza porque es una religión del espíritu.

Las almas entristecidas son las almas que se levantan sobre la humanidad y quedan solas frente al Enigma.

* * *

Trasladamos este estado de ánimo a las cosas, y decimos que existe le *tristitia rerum*, como existe también, para los alegres, la *loetitia rerum*.

Pero es nuestra preocupación trascendental lo que entristece las cosas, o, en el caso opuesto, nuestra despreocupación inconsciente, lo que las aclara y les presta semblante de júbilo.

En resumen, cuando se piensa, cuando se comprende, se está triste.

Las horas de alegría, horas son de olvido. La alegría se ajusta como una máscara a los rostros de los hombres intelectuales que afectan profesarla y predicarla como una doctrina salvadora.

* * *

No encontramos en arte tipos completamente optimistas, creaciones del todo alegres.

La sátira de Voltaire se disfrazó de regocijo y creó al doctor Pangloss como una fantasía irónica que ridiculiza el optimismo.

Cervantes es un triste, Don Quijote es un triste.

La locura del Hidalgo Manchego principia y concluye en tristeza.

* * *

También en tristeza principia y concluye el hombre.

Llora al borde de la cuna, y llora al borde del ataúd.

Amasa su pan con lágrimas, y amasado con lágrimas se lo dan. En la leche de la lactancia materna caen gotas amargas de llanto.

Desde el primer instante, en la inconsciencia, la tristeza se le impone. ¿Cómo podrá, repito, estar conscientemente alegre?

* * *

El elemento fortificador que contiene la tristeza es el conocimiento.

La alegría, hermana de la mentira, no nos hace tanto bien como la tristeza, hermana de la verdad.

Al entristecernos virilmente, por comprensión, nos sentimos más hombres que al regocijarnos por disipación.

La tristeza está en la inteligencia, y se refleja en la vida.

Está en la vida, y se refleja en la inteligencia.

* * *

Los que hablan, escriben y discuten a propósito de la tristeza y de la alegría, recomendando la segunda contra la primera, olvidan un detalle muy esencial. No son voluntarias la una ni la otra. Se es alegre o se es triste inevitablemente, por imposición del carácter; mejor aún, de la naturaleza. No nos sirve de nada preferir, escoger; si esto valiera, ¿quién no escogería el estado jubiloso del ánimo? ¿Quién no querría contarse entre los risueños, entre los que poseen el inmenso bien de la predisposición al regocijo y a la risa?

La alegría es atributo de la juventud, y no siempre. Unésele algo de inconsciencia: no se conoce el dolor, no se ha padecido, no se ha penetrado en las sendas oscuras que llevan a la desilusión final. Y, no conociendo las fuentes amargas, no divisando los horizontes lúgubres, se ríe desenfadadamente con el abandono y la plenitud emotiva de la infancia que está cerca y que no cesa nunca de reir, ni aun en medio del rocío del llanto...

Pero después... ¿habrá alguien que posea en permanencia la alegría, que pueda decir que la poseyó absolutamente tan sólo un minuto?

En casi todos los que la muestran es una máscara, un esfuerzo, una *pose*, una actitud, una mentira, una convención hecha por el falso reidor consigo mismo. Todos los grandes espíritus fueron mortalmente tristes, y los que mayor alegría aparentaron no hicieron sino extremar la farsa. El humorismo — ha dicho Enrique Heine, — es una lágrima vista al través de una sonrisa. En cambio, la tristeza tiene un carácter tan universal que hasta las bestias la sienten. Hay una enfermedad que ataca a la raza bovina, conocida con ese nombre.

Suprimidas la sensibilidad y la inteligencia, se comprende la alegría espontánea. Y si no, no.

Hay hombres que miran al mundo con los ojos taciturnos del buey, y están heridos de muerte en el corazón.

LA CATASTROFE OCURRIDA EN LA POBLACION DE PILAR











Un furioso temporal de extraordinaria violencia, que azotó a la población de Pilar, arrasó numerosas viviendas. Como consecuencia, resultaron heridas más de treinta personas, algunas de ellas gravemente, y se produjeron grandes perjuicios materiales. — Una ligera idea de la fuerza devastadora del ciclón, la dan las fotografías que publicamos, donde aparecen, reducidas a escombros, varias edificaciones del lugar en que se desencadenó el huracán.

Colaboradores de "Fray Mocho"



El prestigioso intelectual señor Honorio Lartigau Lespada, quien, en el presente número, inicia la publicación de una serie de interesantes crónicas tituladas "Desde el pórtico."



La doctora señorita Isabel Creus, distinguida educacionista y escritora, que se cuenta en el número de nuestros colaboradores.

REGRESO DE LAS VACACIONES



Contingente de niños que regresaron de la colonia de vacaciones de Mar del Plata, después de una grata temporada balnearia

Incorporación de los nuevos conscriptos



Grupo de los nuevos conscriptos que acaban de presentarse para cumplir el servicio militar en las filas del ejército.

En honor del doctor Oliverio Tracchia.



Los profesores de castellano y literatura últimamente egresados del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, tributaron un homenaje al rector del mencionado establecimiento docente, doctor Oliverio Tracchia, acto que tuvo lugar en los salones de la confitería Ideal. — El doctor Tracchia pronunciando su discurso durante el lunch servido en su honor.





Vista parcial de la concurrencia que asistió al homenaje

CLUB MONASTERIO



Señoritas que concurrieron al baile organizado por el Club Monasterio, de Flores.

DEMOSTRACION



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete servido en honor del señor A. Burgos Santillán.

Ascenso policial



Señor Angel Rivas, recientemente ascendido por el Poder Ejecutivo, al cargo de inspector general, jefe de la división central de la policía de la capital. Esta merecida designación ha sido favorablemente recibida en las esferas de la mencionada repartición.



BIBLIOGRAFIA



Señorita Rosario Beltrán Núñez, autora del libro "Sol de amanecer", recientemente publicado.



Señor Ricardo Piccinilli, autor de la novela histrica "Jornada de Fuertes", últimamente editada.

SOCIALES



ENLACES. — Ida Bruxby - Marwyn Shorter



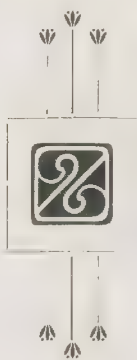
Lola López Vernengo - Bernardo Balestra



María Rosa Moretti - Roberto Courtet



Celina Molle - Jerónimo Bautista Moreno





María Otilia Gauna - doctor Pedro Vanini

GENTE MENUDA



María Amelia Stucchi



Armanda Crivaro, Ilda Iturburo, Noemí Rosa Larraburu, ;Blanca A. Echandi y Matilde Soulet.



Olga Azucena D'Agostino



María Amelia Stucchi



Blanca Angélica Sarthou



Julia Brambilla Carballo



Rómulo Cillano



Instintivo

Por Ludovico Bavio

CONFIADA en una promesa, llevaba tres años de trabajar en secreto para preparar su equipo de novia, cuando recibió una carta en la que él se declaraba libre del compromiso. Habían sido sueños de niño, esas primeras ilusiones que todos se forman. La realidad surgía, apremiante: en lacasa de comercio donde estaba colocado, le asociaría si se casaba con una hija del dueáo era todo su porvenir aquilla boda, y tiraría por la ventana el porvenir si la rehusase. Que Elvira se hiciese cargo, y le perdonase, y creye firmemente en el cariño que había de profesarle siempre. La misiva era franca, de un tono cordial, con ribetes de humilde. La prosa hablaba por boca del antiguo novio. Lo que decía era cierto; no había respuesta ni objeción posible. Elvira, sin embargo, encontraba algo que oponer. Toda su juventud, que había sacrificado: iba a cumplir veintinueve años y no había conocido otro amor, ni otra esperanza. Coser aquel equipo modesto, representaba cientos de noches de velar hasta el amanecer, con los ojos hinchados, la vista desvanecida. A cada puntada, se figuraba lo que le iba a suceder cuando estrenase la prenda, cuando Miguel se la alabase, cuando ella se encandilase el amor... Y ahora, una carta... un pedazo de papel... y todo acabado!...

Sus nervios respondieron al golpe y cayó sobre el sofá, retorciéndose, conteniéndose para no gritar. Un diluvio de lágrimas desenlazó la crisis. Lo demás lo hizo el hábito de la paciencia, contraído en ausencia tan larga. Una idea cruzó por su imaginación. ¿Sería una prueba a que Miguel la sometía? Acaso sí, porque él se había mostrado a veces celoso, dudoso, como sucede cuando se está lejos... Recogió del suelo la carta y la releyó... Era el tono de la verdad.

Elvira no era romántica. Nunca se había dicho a sí misma, pensando en Miguel: "O su amor o la muerte". Se muere de las tifoideas, de la tuberculosis, de la pulmonía; de amor mal pagado no se muere. Estas eran las convicciones de Elvira. Al menos cuando estuviese en estado normal, sin pena aguda, sentada ante los cristales, haciendo un dobladillo o pegando una puntilla... Pero, en aquel momento de su vivir, con sinceridad, con sencillez, la muerte le pareció la única solución que le quedaba. Empezar otra vez a forjarse un porvenir; arrancarse del alma, no sólo aquel cariño, sino todo lo que era su consecuencia y su corolario, el hogar, la maternidad, que había cifrado en un sólo hombre y que no veía la manera de cifrar en otro diferente, porque ni aún concebía la idea de que ese otro pudiera existir, ni ella darse cuenta de que existía... Creía, además, que para todo eso fuese ya tarde. ¿Qué objeto podía tener ya su existir?

Su madre había vuelto a casarse, a los dos años de morir el padre de Elvira. Y era feliz en las segundas nupcias: el marido, empleado de corto sueldo, la quería mucho y administraba bien la pequeña fortuna. Pero ni Elvira ni su hermano Ramón, cesaban de abominar la tal boda. Ramón, por no vivir con su padrastro, a quien detestaba sin razón suficiente, se había marchado. Elvira, cuando pensaba en Miguel, se decía, ante todo, que al casarse, también ella dejaría de ver la odiada figura del padrastro. Su instinto de justicia le dictaba que no debía aborrecerle, pero hay antipatías que no se razonan, que están, por decirlo así, en la masa de la sangre, en el fondo secreto de nuestra sensibilidad, y Elvira no podía ni oir la voz del que para dentro llamaba "aquel hombre" sin experimentar una contracción repulsiva. Ahora—pensaba—toda mi vida a su lado; y estoy condenada a verle, a tratarle íntimamente, hasta que sea muy vieja, muy vieja...

La tarde caía, cuando meditaba estas cosas. Pudo alegar una jaqueca, y no bajó a cenar. No concebía tragar bocado. ¡Comer! ¡Para qué! Pensaba en lo que hubiera sido su casa, su mesita limpia y frugal, cuando con Miguel estuviese unida y se sentasen el uno frente al otro, saboreando alegremente el pan, la fruta. Ahora..

Febril, daba vueltas en la cama. Se repetía a sí misma que "había que hacer algo". Lo que fuese ese algo, ni aún lo presumía. Como la cuerda de un reloj loco, su cerebro se desataba y disparaba en pensamientos sin hilación. Tan pronto se le ocurría que arrojarse por la ventana no debía de doler mucho, pues había oído decir que en ese género de muerte no se llega ya al suelo con vida, como resolvía tomar el tren e ir a ver a Miguel, no definía con qué objeVerle. Era como el sorbo de agua que pide por amor de Dios, el campo de batalla, el herido agonizante.

Hay un suplicio en estas crisis psicológicas: ver amanecer, sin que en toda la noche se haya conciliado el sueño. El día — con sus maneintos a la vida real, — sucediendo a una vigilia de fiebre, rece algo horrible, insoportable. Maldijo Elvira, en vez de bendecirla, a la luz, que empezaba a filtrarse por las rendijas de las ...nas. Se enderezó en el lecho, saburrosa la boca, molidos los ...os, como después de una fatiga física muy larga y muy que...tadora.

Cuando por fin saltó de la cama, sintió náuseas, la sensación del mareo de mar, aunque Elvira no hubiese pisado nunca una pla...ujeta a la vida estrecha de la ciudad por lo exiguo de sus me... Y se apretó la frente con las manos, y devolvió la bilis, que ... onda amarga invadía todo su cuerpo, derramándose por ...enas y haciendo amarillear su tez... Se miró al espejo, ma...almente.

—Fea, estaba muy fea... Era natural que Miguel la hubiese ...tado. ¡Bah!

Y de nuevo tuvo otra explosión de lágrimas... Mordía la al...la para no gritar. En las casas pequeñas, la queja no puede ...idosa. Al otro lado del pasillo dormían sus padres... ¡Sus ...es!... No. Su madre. Y aun esa, amodorrada en ...cicha insípida no era capaz de compartir los sufrimientos de ...ija. Lo mismo que había dejado marchar al hijo, sin hacerle ca...a de sus brazos, la dejaría morir a ella, tranquilamente...

...Sola! Elvira estaba sola, para siempre, en este mundo que ...veces parece tan lleno, y otras es como llanura infinita, donde ...pasa un ser humano, y todo es arena, arena y tierra seca retos...da por el sol. Se pasó un poco de agua por la cara, se puso el ...rigo largo y el velillo, y a paso furtivo salió de casa y bajó las ...caleras. No sabía a donde iba. Huía le sí propia, de su familia, ...do lo pasado, hasta del equipo, el bonito equipo orlado de es...nas de encajes de imitación, pero finos y vaporosos, y tan linda...te marcado con cifras y escuditos, sobre el sitio que correspon...a corazón.

Al poner el pie en la acera, sólo sabía Elvira que no quería volver a su casa jamás. ¿Por qué? No había explicación alguna. En su casa no la trataban mal, al contrario, más bien con cariño.

La buñolera vecina, gorda y sucia, le daba los buenos días:

—Adiós, señorita Elvira; que aproveche el paseíto tan temprano... El día está hermoso... — Huyó sin contestar. Las calles estaban solitarias aún, pero empezaban a poblarse; los primeros coches de alquiler rodaban rápidos, animados, todavía sin la cansera de la jornada laboriosa. Elvira apretó el paso sin saber lo que le apremiaba. Un mozo guapo, acaso un estudiante, se cruzó con ella, la miró y le dirigió una sonrisa luminosa, juvenil. El piropo brotó como espontáneo:

—¡Qué guapa es usted y qué triste está!

Las lágrimas acudieron a los ojos, ante este consuelo inesperado. ¡Guapa! ¡Había quien la encontraba guapa, después de haberla abandonado Miguel!

—¿Me permite usted que la acompañe?

Ante el silencio de Elvira, el mozo emparejó con ella. Le hablaba de cerca, al oído, brindando desayunos, ofreciendo cariños, susurrando galanterías. Ella callaba, callaba siempre, sorprendida de que no le fuese desagradable oir hablar de amor.

La cara de aquel hombre, ni la había mirado, su voz era cálida, fresca, y su acento andaluz... Elvira, al-fín, alzó la cabeza, e hizo un gesto de negación, un sólo gesto... pero tan expresivo y trágico, que el madrugador Tenorio se desvió, viendo allí un dolor grande, algo terrible, sin duda, una historia seria, distinta de aquel dulce y ligero devaneo que iniciaba. Hasta le había parecido ver lucir en aquellos ojos un fulgor de insensatez... Y se detuvo y la dejó avanzar.

Ella siguió. La batahola de los tranvías la aturdió un instante. La inspiración fué rápida, casual. Con la lucidez que se desarrolla en los momentos supremos, calculó el movimiento perfectamente. No se arrojó hasta que ya no pudo el conductor frenar poco ni mucho. El pesado vehículo pasó por encima del pecho, magulló contra el corazón las costillas. Instantáneo todo.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS







Roy D'Arcy, Gwen Lee y Ralph Forbes, tres notables artistas que aparecen en producciones Metro Goldwyn Mayer.





Dos escenas de ''Pagando su delito'', cinedrama interpretado por Jobina Ralston y Robert Frazer, que hoy extrenará Máx Glücksmann.



Patsy Ruth Miller intérprete de películas que distribuye la General.



Ivor Novello y June Elvidge en ''Los misterios de Londres'', superproducción que, desde el sábado último, distribuye la Corporación.



Escena de ''No descuides a tu mujer'', film interpretado por Louise Fazenda, J F. Mc. Donald y Doroty Pilhis, que distribuye con éxito la Fox.

TEATROS


Paquita Martínez, atrayente bataclana que actúa en el teatro Porteño.


Señora Serrano, destacada figura del elenco del teatro Boedo


Dorita Martínez simpática bataclana perteneciente a la compañía de revistas del Porteño.

Balneario de Epecuén


Señoras de Serra y de Brotto y señorita de Serra




Señoritas Elvira y Chita Valle y María Elena do Pico y el joven Alfredo do Pico.


Señora y niño de Mendez y señora de Alonso


Señores F. Sarmiento, J. Marijuan, M. Canteli y doctor A. Estevez

DE RUFINO


Señor Domingo Minetti Colombo, nuevo intendente municipal de Rufino


Fiesta campestre organizada por el personal de la sucursal del Banco de la Nación Argentina El gerente del establecimiento, señor Arturo Ibern y algunas de las familias que concurrieron.


Señorita Elvira Escribano, cuyo compromiso matrimonial con el señor Alberto Bottistelli, se ha formalizado recientemente.

De CACHEUTA



En tren de confidencias



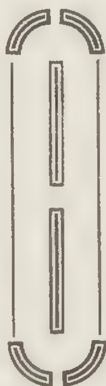
Señoras de Bravo, Zumarraga y Fulchi.



Señora de Fulchi e hija



La familia del doctor Giaccio llegando al hotel

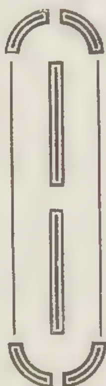




La familia de Dalorto y otros veraneantes, descendiendo del tren

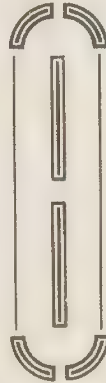


Señora Dolores Maste de Balbi y señorita María Teresa Balbi.





Señor E. Ocanto Acosta durante su paseo matinal.

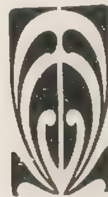




Una pareja mendocina

DE JUNÍN





Alumnos del conservatorio dirigido por las profesoras señoritas Mercedes y Aída Bertrán, que acaban de rendir exámenes ante la mesa formada por los maestros señores Arturo Luzzati y Domingo Soderini.

Recompensa ofrecida

Por Eric Howard

El sheriff de Apache Country cambió cuidadosamente la posición de su pierna, que, encerrada en un molde de yeso, se hallaba extendida sobre una silla. Contempló con frialdad a los dos hombres que estaban frente a él.

—Señores — —dijo secamente,— les tomaré juramento de agentes de policía para que puedan perseguirlo ustedes mismos. Como son ustedes los damnificados, deben de estar ganosos de...

—Me es imposible abandonar mis negocios — interrumpió Horacio Simpkins, el único banquero de Cajón, cabeza del distrito.

Aunque joven, Simpkins presentaba ya una panza voluminosa y una calva reluciente que hacían juego con sus ojos incoloros. Era el hombre mán rico de Cajon, y en la excitación del momento su voz aguda se hacía estridente.

—¡Tampoco yo puedo hacerlo!— protestó Harry Dolan, el almacenero.

Dolan era alto, flaco y cetrino. Era el dueño del almacén más grande de Cajon.

Ambos habían sufrido la noche anterior los efectos de la visita de un ladrón. El caso era único en los anales de Cajon de Apache Country.

Por supuesto que no era el primer robo que se llevaba a cabo en el pueblo: el banco había sido asaltado no hacía seis meses y herido su cajero. El almacén había sido robado ya varias veces también.

Pero siempre los bandidos habían operado de acuerdo con los principios tradicionales en el Far-West; con pañuelos a guisa de antifaces, pero vestidos a la usanza del Oeste, llegaban cabalgando hasta el pueblo y, revólver en mano, terminaban rápidamente sus asuntos.

En cambio, el ladrón de la noche anterior había empleado una técnica metropolitana. Bien entrada la noche se había introducido en el pueblo, sin ser visto. Comenzó por la tienda de Dolan.

Con poca dificultad, evidentemente, había forzado la caja de Dolan y se había llevado seiscientos dólares.

Después, sin ser molestado, había abierto una entrada al banco y había volado la caja fuerte. Esto último lo llevó a cabo de una manera completamente audaz, demostrando a la gente de Cajon que sabía lo que tenía entre manos.

El ruido sofocado de la explosión despertó a algunas personas en un hotel cercano; pero el tiempo que emplearon en llegar a la caja — un viejo mueble que Simpkins había adquirido de segunda mano — lo utilizó el ladrón para desaparecer sin dejar rastros, llevándose la gruesa suma de cinco mil dólares.

El día anterior el sheriff, Jerry Blake, se había roto una pierna al hacer una inspección en una vieja mina vecina.

—¡No puedo perseguirlo yo mismo! — repuso, permitiéndose un ligero tono sarcástico. — Y ustedes saben que no tengo agentes. Lim Parsons partió anteayer para Alburquerque. Si ninguno de ustedes quiere encargarse de la persecución, encuéntrenme una persona que sí quiera. ¿Qué recompensa ofrecen?

—¡Quinientos dólares! — gritó Simpkins con su voz aguda.

—¡Y agregaré otros cien por mi parte! — dijo Dolan.

—Seiscientos dólares — observó el sheriff. — Bien; envíenme una persona que quiera ganárselos. Busquen en el pueblo a ver si hay algún muchacho de la Barra X. Cualquiera de ellos servirá. Encuéntrenme un buen agente y una media docena de hombres para la escolta, y probablemente pescarán al bandido. Siempre les dije que adquirieran buenas cajas de hierro. No hemos tenido nunca aquí uno de esos que se dedican a abrirlas; pero esos individuos acostumbran a viajar y sabía que algún día iba a suceder eso. Como no se ha visto ningún auto extraño en el pueblo, es casi seguro que huyó a caballo, y si no es un buen jinete se le podría alcanzar. Bueno; ¿qué están esperando? ¡Tráiganme algún muchacho decente! ¡O quieren que vaya yo tullido como estoy!

Simpkins y Dolan, obedeciendo la orden salieron de la oficina. El sheriff tomó un lápiz y comenzó a hacer signos caprichosos sobre un papel.

—Pareciera que hubiera sabido que estoy estropeado — se dijo para sí mismo — y que Lim Parsons está ausente. ¡Por Baco, si lo parece! A no ser así, ha tenido una suerte espléndida; la suerte de caer al pueblo cuando ni yo ni Parsons podemos hacer nada.

Sin embargo, un individuo poseedor de una tal suerte, no tiene necesidad de robar. Puede ganar todo lo que quiera en el juego. Además parece que conoce Cajon. Esto es claro. Ningún tipo como esos se arriesgaría a hacer una incursión en un banco como el de Dolan, sin estar seguro de la existencia de dinero. ¡Apostaría a que sabía que tengo una pierna rota y que Parsons no está! Eso le ha facilitado el trabajo y ha tomado una buena delantera. Si hubiera en la ciudad algún muchacho de la Barra X, se le podría seguir. De cualquier manera, estoy seguro de que ninguno de por aquí ha realizado el trabajo, simplemente porque no saben hacerlo. La caja fuerte de Simpkins fué muy bien abierta; el hombre conoce su trabajo.

El sheriff levantó la vista cuando la silueta de un hombre se proyectó en sombra sobre su escritorio. Era un extraño a la ciudad y al sheriff, que conocía a casi todo el condado.

—Buenos días — saludo el extranjero. — ¿Es usted el sheriff?

—Lo soy — contestó Jerry Blake, y esperó que el otro hablase.

Era un hombre de unos treinta años. En sus ojos grises bailaba una sonrisa que sus labios contenían con dificultad.

Por la vestimenta, el sheriff lo clasificó un cow-boy. Un revólver colgaba de su cinto.

—Encontré dos sujetos que discutían acaloradamente — dijo con pereza. — Parece que buscan a una persona que quiera perseguir a un bandido. Por lo que he oído, ofrecen una gran recompensa, que usted no puede embolsar porque tiene una pierna rota y su agente está ausente. Pienso que podría intentar ganármelos; me hacen buena falta.

Sonrió nuevamente.

—Usted no me conoce, por supuesto — prosiguió. — Vengo de bastante lejos, de Kayenta, en las Reservas. Estuve comprando ganado a los Navajos. Compré mucho, pero lo perdí todo al póker.

La sonrisa se transformó en una risa suave.

—Muy mala suerte. Me limpiaron completamente. Mi nombre es Bill Carey, pero me llaman Cayuso. Quisiera trabajar sólo en la empresa, pero haré como a usted le parezca. Me vendrían muy bien esos seiscientos dólares. ¿Qué es lo que hizo el bandido?

—Desvalijó el banco y el almacén. Pero no en la forma acostumbrada en el Oeste: voló la caja fuerte del banco y forzó la de la tienda!

—¡Ah! ¡Muy curioso!

—Bastante.

—No sabía que esos tipos existieran por aquí.

—Nunca los hubo, pero éste apareció no sé de dónde. Bueno; le daré una oportunidad de obtener la

LA SUERTE Y EL TRABAJO

No es la suerte, sino la labor, la que hace a los hombres. La suerte, dice un escritor americano, siempre está esperando algo; el trabajo, con mirada penetrante y voluntad firme, siempre ofrece algo. La suerte está en la cama y espera que el cartero le traiga la nueva de un legado; el trabajo se levanta a las seis y con activa pluma o sonoro martillo, pone los fundamentos de un bienestar de fortuna. La suerte se lamenta; el trabajo silba. La suere se confía en el acaso; el trabajo en el carácter. La suerte se desliza para abajo para complacerse ;el trabajo forcejea para arriba y aspira a la independencia.

Samuel SMILES

recompensa. Lo malo es que usted no conoce la región:

—No más que aquella por la cual vine. Pero espero tener suerte. ¿Dónde está la escolta?

—Han ido a reunirla, y, a juzgar por lo que tardan, se van a traer a todo el pueblo — gruñó el sheriff.

—¿Tiene alguna idea sobre el camino que tomó el bandido? Poseo el mejor caballo de Far-West, y si ha ido a caballo le alcanzaré aun cuando me lleve dos días de ventaja.

—No creo que conozca la comarca — dijo Jerri Blake, — así que habrá tomado directamente hacia la vía del ferrocarril: son cincuenta millas de un desierto de lava. Un infierno para hombres y bestias. ¿Por dónde vino usted?

—Del Norte — contestó Cayuso después de una corta pausa, — y por el camino que usted describe. Es un infierno, sí; pero he visto peores. Tuve que envolver los cascos del caballo con trozos de manta, porque no podía trotar de otra manera. Si el sujeto no conoce la región y ha tomado esa dirección, ¡que Dios lo proteja! ¿Está completamente seguro que no es de aquí?

—¡Completamente seguro! Ninguno conoce esta clase de trabajos. Por otra parte, parece que el tipo sabe que estoy tullido y que Parsons no está.

—Entonces alguien de Cajon le puso sobre aviso. Bueno; si usted me da permiso le buscaré y, si lo encuentro, lo traeré. Parece que aquí viene la escolta pedida. Si no le parece mal, quisiera partir solo.

—Perfectamente — insistió el sheriff después de un detenido examen de Cayuso.

Cuando Jerry Blake vió la escolta que le traían, se felicitó de haber concedido el permiso a Cayuso.

—¡Todos los vagos y holgazanes del pueblo! — comentó.

Ninguno que valiera la pena entre ellos. No había muchachos de la Barra X en la ciudad, ni de ningún rancho grande; así que Simpkins y Dolan habían reunido a aquellos desocupados.

El sheriff les informó de lo que había que hacer y nombró representante suyo a uno de ellos, el menos malo, un tal Kelly.

—¿Quién es ese extranjero con quien habló hace un momento? — preguntó Dolan cuando la comitiva hubo partido.

—Un sujeto llamado Cayuso Carey — contestó Jerry Blake. — Me dijo que vino del Norte, y me pidió permiso para perseguir al ladrón y obtener la recompensa. Se lo dí. Es una especie de representante no oficial.

—¿Cuándo llegó aquí? — gritó Simpkins. — Apostaría a que él es el ladrón o un cómplice del mismo! ¿Por qué no lo arrestó?

—¿Por qué había de arrestarlo? ¿No puede un extranjero penetrar en el pueblo sin ser arrestado? Me contó una historia bastante verosímil. Además tiene la apariencia de una persona decente, y si alguien traerá al bandido será él.

Con una mirada irritado hizo callar al banquero, que se disponía a contestar.

—Si usted tuviera el suficiente sentido común como para guardar su dinero en una buena caja de hierro, nada les hubiera pasado — dijo secamente.

—Si usted no hubiera tenido la estúpida ocurrencia de ir a visitar aquella maldita mina, hubiera podido hacer algo ahora — gritó Simpkins con voz estridente.

—Y si están tan ocupados con sus negocios, ¿por qué no se van a atenderlos? ¡Basta! ¡Estoy ocupado!

Jerry Blake prosiguió haciendo rayas caprichosas sobre un papel. Pensaba que podía haberse equivocado al juzgar a Cayuso. Este no le había dicho cuándo había llegado al pueblo y podía haberlo hecho hacía tiempo.

Pero si tiene algo que ver en el robo, ¿por qué vino a verme? No; parece un hombre honrado.

Media hora después de despedirse del sheriff, Cayuso cabalgaba hacia el Sur, no hacia el Norte, como había decidido con el sheriff, en dirección al viejo rancho de Ortega, habitado por Jim Durant.

Llegó allí poco después del medio día. La larga y antigua construcción de adobes parecía deshabitada, desde lejos. Era la vieja mansión de Ortega, cuyo actual ocupante, Jih Durant, no se había preocupado de introducirle mejoras.

Silbando nuevamente, Cayuso se dirigió hacia el gran portal. Un perro ladró en alguna parte y unas gallinas huyeron cloqueando. En el cercano corral se movía un caballo, pero no se veía persona alguna.

—¿No hay nadie en la casa? — gritó Cayuso.

Esperó unos instantes, pero nadie contestó. Desmontó y, siempre silbando, se acercó y golpeó con la mano sobre la madera de la gran puerta de roble. Nada.

Empuñó la manija y, encontrando el cerrojo descorrido, abrió la puerta. La pieza en la cual penetró era la principal de la casa y estaba vacía, pero había señales de que estaba habitada. En una pared se abría una puerta. Se dirigió hacia ella y se detuvo en el umbral al contemplar el espectáculo de la otra pieza.

Arrodillado junto a un lecho y en actitud de orar, estaba un hombre alto y flaco. A su lado lloraba una nena de siete a ocho años. En la cama, extrañamente quieta, yacía una mujer.

Había visto ya la muerte muchas veces y Cayuso se dió cuenta que la mujer estaba muerta. El hombre debía ser Jim Durant y la nena su hijita.

—Siento haber interrumpido — se disculpó Cayuso cuando Durant levantó la vista.

Una expresión de miedo y de desafío dominó por un momento la de pesar que había en su rostro. Se puso de pie.

—¡Mi esposa muerta! — sollozó. — ¡Muerta! ¡Oh, Dios mío!

Cayuso colocó una mano amiga sobre el hombro de Durant.

—Lo siento, Durant, por usted y por su hija.

—¿Me conoce usted, extranjero? Me ha llamado por mi nombre; pero yo no recuerdo...

—Me dijeron en Cajón que vivía usted en el rancho de Ortega. Me llamo Cayuso Carey, soy de Kayenta. Si hay algo que pueda hacer por usted, le aseguro...

—No sé, no sé — murmuró Durant.

—Dígame: ¿cuándo comió la última vez? No parece ser hoy.

—Creo que ayer de noche — balbuceó Durant. — No me acuerdo; no podía comer con María en este estado. Nunca pensé que llegara a morir. Tenía intención de enviarla al hospital de Alburquerque.

EL CASTILLO DE "LA MOTA" (1)

Vetusto caserón que el viento azota,
sombra de esfinge en suelo castellano,
castillo de "La Mota",
alguna vez mansión del soberano
que recogió, tras épica jornada,
de Boabdíl las llaves de Granada.
Tu heráldica grandeza
medioeval, que a través de las centurias
con altivez sostuvo la cabeza
(resistiendo del tiempo a las injurias)
erguida sobre el páramo, declina
del viejo Cronos a la acción constante
que poco a poco la convierte en ruina.
Hoy, ya sólo contempla el caminante
cuarteados torreones, ventanales
del estilo ojival, altas almenas
donde aúllan aún los vendavales,
torcidas rejas, hierros y cadenas
roídas por la herrumbre, y oquedades
que con muda elocuencia
nos hablan de pretéritas edades
de esplendor, de blasones y de fueros.
¿No fueron esos muros
el refugio de hidalgos caballeros,
de mílites leales y seguros
y guerreros audaces
que abatieron las huestes sarracenas
cual centauros furiosos y rapaces?...
¿No el de reyes y próceres?... Serenas
y románticas noches de estío
asomada a los altos alminares,
noches también de soledad y frío
entre sombras de Genios tutelares
pasó ahí doña Juana
"La Loca", aquella dama distinguida
que el recinto que alumbra esa ventana
albergó, ya con la razón perdida...
A un viejo clavicordio, la demente
arrancaba las tristes melodías
que repetía quejumbrosamente
el eco en tus crujías,
y cantaba a la vez, — ¡Pobre señora! —
una extraña canción estrafalaria,
una mezcla de mística dolora
de salmo y de plegaria
del desdén y adulterio de su esposo
don Felipe "El Hermoso",

.. ..

Hoy eres, viejo alcázar de Medina
— al igual que la esfinge en el desierto —
una histórica ruina,
como un gigante en la llanura muerto.
Los líquenes, la hiedra trepadora,
invadieron tus muros, que vivienda
de las aves nocturnas son ahora
y pábulo, también, de una leyenda:
Cuentan los aldeanos
que de la noche, por las altas horas
se oyen, alguna vez, cantos lejanos
y melodías tristes y sonoras
de un clavicordio, en los oscuros
y olvidados recintos pavorosos
que guardan esos muros;
pasos huecos, ruidos misteriosos
de una sombra espectral que se pasea
por ellos hasta el toque de campana
que anuncia el alba de la vecina aldea:
el alma de la reina doña Juana.

MANUEL ALVAREZ JUAREZ

(1) Castillo en Medina del Campo (España).

—Voy a preparar algo para comer — ofreció Cayuso. — Un poco de café le reanimará: y la nena necesita una taza de leche.

Aunque Durant protestó, Cayuso se dirigió hacia la cocina y pronto tuvo preparada sobre la mesa una frugal comida.

Durant comió poco y tomó mucho café. La criatura, después de engullir vorazmente su parte, se durmió sobre la silla.

—¡Pobrecita! — dijo Cayuso. ¡Apostaría a que no ha dormido las últimas noches!

—Cierto. Estuvo cuidando a la madre.

Cayuso tomó a la nena en sus brazos y la acostó con delicadeza sobre una cama, arropándola con una manta. Luego, volviendo a la mesa, se sentó frente a Durant.

—El banco de Simpkins y el almacén de Dolan han sido robados anoche — observó Cayuso.

Durant se sobresaltó.

—Sí — insistió Cayuso. Uno de esos tipos que abundan en el Este voló la caja del banco y forzó la de Dolan. Se llevó cinco mil dólares. Cosa curiosa: el sheriff se rompió una pierna ayer y el oficial está ausente. Cuando salí del pueblo estaban reuniendo una escolta; no vale gran cosa. Le dije al sheriff que me ocuparía de buscar al ladrón. ¿No ha visto por aquí a algún individuo sospechoso?

Durant movió la cabeza: :

—No; no he visto a nadie.

—Probablemente se dirigió hacia el Norte — observó Cayuso casualmente. — Si se propuso cruzar el desierto de lava, le compadezco. El sheriff dice que no es de por aquí, porque asegura que ninguno de los habitantes de este distrito es capaz de efectuar el trabajo. Pero apostaría a que está equivocado y que es una persona de Apache Country; el autor conocía el estado del sheriff y la ausencia de Parsons.

—¿Por qué piensa usted así? — preguntó Durant nerviosamente. — Jerry Blake tiene razón; ningún vaquero, ningún ladrón del distrito es capaz de volar una caja.

Ofrecen una recompensa de seiscientos dólares — prosiguió Cayuso. — No es demasiado, pero sí todo lo que se podía esperar de ellos. Sí, me parece que el ladrón vive por aquí y que ha aprendido a realizar esta clase de trabajos en la cárcel. Allí es donde se aprenden esas cosas. Porque el sujeto conoce Cajon, sin duda alguna, y sabe dónde coloca Dolan su dinero y cómo se llega al sótano del banco. Estaba pensando que podía embolsar la recompensa; pero en vista de que... ¿Dónde guardó el dinero, Durant?

Durante todo el tiempo Durant no parecía haber estado escuchando las palabras de Cayuso; pero, ante la pregunta final, saltó de la silla sosteniendo firmemente en su mano el revólver que había extraído de su cinto.

Cayuso estaba liando un cigarrillo en aquel momento. No dejó caer ninguna hebra de tabaco. Calibró lentamente el pequeño tubito, lo pasó por la punta de la lengua y luego lo colocó entre los labios.

—¿Puedo encenderlo? — preguntó tomando un fósforo de sobre la mesa.

Durant asintió, pero la mano que sostenía el arma no se movió.

Casuyo aspiró el humo y luego sonrió.

—No tiene necesidad de apuntarme de esa manera. Simpkins y Dolan no me han hecho impresión favorable; en cambio, usted tiene en su favor muchas circunstancias atenuantes.

—¿Cómo supo usted que yo cometí el robo? — preguntó Durant.

—Bueno, fué fácil — observó Cayuso. — Estaba seguro que lo había realizado una persona del distrito. Pero Blake me aseguró que ningún hombre de por aquí sabe volar una caja fuerte. Pregunté al mozo de un bar si no vivía cerca del pueblo un granjero que haya estado en una cárcel del Estado, y me contestó su nombre. Decidí probar suerte. No sabía lo que había pasado con su esposa.

—¿Qué es lo que va a hacer ahora?

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué tiene usted contra Simpkins y Dolan?

Durant sonrió con amargura.

—Pregunte mejor qué es lo que no tengo — contestó. — Dos años en la cárcel, la miseria para mi esposa y mi hijita, una espantosa miseria. Y ahora la muerte de Mary. ¿Le parece que puedo tener algo contra ellos?

—Bien, bien — convino Cayuso. — ¿Hombres perversos?

¿Perversos? Son los pillastres más inhumanos y más bajos de todo el país. Me mandaron a la cárcel. Reconozco que fuí un tonto al negociar con ellos, pero necesitaba dinero. Por supuesto que a mí me pescaron y a ellos no los molestaron.

La voz de Durant se suavizó.

—Y estos dos años fueron el infierno para Mary. La mataron. Hace tres meses que volví y la encontré muy enferma. Me propuse llevarla al hospital de Alburquerque. Necesitaba dinero, y robé.

Creí que sería lo suficientemente hábil como para que no me descubrieran. Es la primera vez que he intentado una empresa semejante; pero la aprendí bien en la cárcel. Si usted no me hubiera descubierto... ¡Debo matarlo!

—Eso no le ayudaría en nada — dijo Cayuso con tranquilidad. — ¿Y la criatura? Parece que se preocupa usted poco de ella.

—¿Poco? ¡Si es lo único que me mantiene en este mundo!

—Entonces ¡demuéstrelo! — repuso Cayuso. — Perdió usted a su esposa porque fué un tonto. Creo su su historia pero fué usted un tonto al intentar negocios con Simpkins y Dolan. Y ahora, después de dos años de cárcel quiere enredarse nuevamente con ellos. ¡Arriesgarse en empresas semejantes, cuando tiene una hijita para cuidar! ¡Y todavía quiere matarme! Va usted de mal en peor. ¡Olvídelos! ¡Tarde o temprano tendrán lo suyo!

Durant dejó caer la mano que sostenía el revólver.

Cayuso se levantó y, rodeando la mesa, palmeó la espalda de Durant.

—No soy el sheriff ni he prestado juramento de representante suyo. No tengo intención de llevarle a Cajon. Tienen usted una buena posición aquí, con la granja. ¿Por qué no prueba salir adelante con ella? Me ofrezco para ayudarle en la empresa. Si usted acepta, podríamos intentar algo tomando como base los seiscientos dólares de la recompensa.

Durant levantó la cabeza.

—¿Lo dice usted en serio? — preguntó.

—¡Por supuesto que sí! Deme el dinero y se lo devolveré a los dueños. Le contaré cómo encontré al ladrón como le quité el dinero y cómo huyó en un descuido mío. Soy bastante hábil para forjar historias.

Rió suavemente.

—El sheriff puede no creerme; pero apuesto a que me dará la razón si los otros sospechan.

Cuando, esa misma tarde, Cayuso llegó a Cajon, tenía una curiosa historia para contar. Pero, como ya lo había dicho antes, sabía inventar historias, y todos le creyeron.

Sin embargo, Simpkins expresó sus sospechas al sheriff.

—¡Demonio!—contestó Jerri Blake. — ¡Si lo hubiera robado no lo hubiera devuelto! Es usted un imbécil. Con mi pierna rota y sin Parsons en el pueblo, podía haberse robado toda la ciudad. ¡son ustedes unos gallinas!

El sheriff y Cayuso cenaron juntos en el café A.

—No se vaya a ofender si le confieso que no he creído una palabra de todo lo que contó, y que es usted el más hábil mentiroso que conozco.

—Es mi historia — contestó sonriendo Cayuso — y no le cambiaré ni una letra. Más adelante tal vez le cuente algo más.

Algunos días después se encontraron Durant y Cayuso. Era, evidentemente, su primer encuentro, porque el sheriff tuvo que presentarlos. Una semana después Cayuso se asociaba con Durant para explotar la granja.

CANDIDEZ

Cuando su mujer le dijo que estaba encinta, él se arrodilló, abrazándole las piernas, y exclamando:

—Qué felicidad!

La mujer reficiró esta escena al amante, y ambos quedaron encantados de aquella candidez.

Al acontecer el alumbramiento, el marido ostentaba una dicha conmovedora:

—¡Qué felicidad! Al cabo de cinco años de casado! Por fin!

Al verlo así, los que sospechaban la verdadera paternidad del niño, murmuraban:

—¡Qué candidez!

Sin embargo, el marido se dijo:

—Ahora, mato al niño, y luego, a la madre, para heredar a ésta en representación de aquél... Por fin voy a manejar la fortuna de ella, hecha mía. Se acabaron las humillaciones conyugales.

De modo que, la noche siguiente a la del alumbramiento, hizo lo que había leído en una novela: mientras la nodriza dormía, tomó en sus brazos al niño, le llevó a su aposento, y, abriendo la ventana, le expuso al aire invernal. Luego, volvió a acostarle. El niño amaneció con bronquitis; empeoró durante el día, y murió al atardecer.

—¡Qué desgracia! Yo sabía que no era posible tanta dicha!, se lamentaba, estentóreamente, el marido.

—Pero qué hombre tan cándido!, se repetían los que le escuchaban.

Y comenzó a envenenar a la mujer, con pequeñas dosis de cianuro de potasio echadas en los alimentos y reconstituyentes que él mismo, con exquisita dedicación, le suplicaba tomar.

—Libre y rico!, se decía, al volver del cementerio, después de enterrar a la mujer. Ahora, a pensar en el futuro, lejos de los pésames importunos... Una casa en la avenida... otra casa en el parque... otra casa en el bulevar...

—Necesito soledad para mi desesperación, gritó, patético.

Y se fué a la finca más próspera del país, que acababa de heredar, haciendo que sus amigos comentaran:

—Desde la muerte de su mujer, la desesperación le mantiene en el campo, alejado de la gente, como un salvaje. Parece mentira que haya un hombre tan cándido!...

R. PEREZ ALFONSECA.

EXALTACION

¡Hora de dulce encanto,
mágica hora!...
Cautelosa, a mi puerta
llama la aurora;
Rozando los cristales
de mi ventana,
Pasan los pajarillos
batiendo diana;
Iris con sus matices
y su fragancia
Va inundando los ámbitos
de mi estancia...
¿Qué sublime embeleso
mi ser conmueve?...
Bajo este nuncio suave,
sonoro y leve,
La exaltación sus fuegos
en mi alma prende
Y el hada que las luces
del alba enciende,
Al alejar las brumas
de noche impía,
Me brinda los encantos
del nuevo día.
Desperézase rauda
mi alma insaciable,
Y envuelta en las delicias
de ansia inefable,
Salto del lecho como
loca bacante
Buscando en la alborada
la luz radiante.
Si es buena, es generosa
y es pura y santa...
¿Puedo negar a mi alma
delicia tanta?
Si es bueno, puro y santo
mi corazón,
Viva esta hora sublime
de exaltación.
Atrás lóbregas sombras
espectros rudos
Que me abrumáis con vuestros
gestos sañudos...
Ya en los limpios cristales
de mi ventana
Llegan los pajarillos
cantando diana
Y el Iris con su fresco
pálido albor
Prende las luminarias
de mi Interior.

Adela GARCIA SALABERRY.

Una visita al Hospital Militar

Nuestro Hospital Militar es una institución que hace honor al país y que, sin jactancia sea dicho, puede considerarse como modelo. En disposición edilicia, en condiciones



Doctor Julio Garino, director general de Sanidad Militar.

de higiene, en cantidad y calidad de alimentos y en preparación de su personal, es muy superior a sus similares del viejo mundo.

Visitando nuestro Hospital Militar no se recibe esa impresión de dolor que caracteriza a la mayoría de los nosocomios, escenarios de la tragedia de la carne... La vista se recrea en magníficos jardines, en la grandiosidad de su construcción monumental que logra aunar un doble concepto sanitario y artístico.

Esta institución llegó a su actual adelanto merced al tesonero esfuerzo y a la inteligente dedicación de su director doctor Alberto Levene, y el Dr. Julio Garino, prestigioso facultativo que desempeña honrosamente el cargo de director general de Sanidad. Así se ha ido



Doctor Alberto Levene, a cuya labor se debe el adelanto actual del hospital.

extendiendo el radio de acción del Hospital, llevándolo a la amplitud de servicios que hoy presta al ejército y al país entero.

Recientemente se ha inaugurado un nuevo pabellón destinado a los laboratorios que dirige el profesor doctor Juan Bacigalupo, prestigioso maestro cuyos trabajos acaban de comentarse elogiosamente en Francia e Inglaterra.

En pocos años ha evolucionado este instituto hasta convertirse en lo que es hoy. Antes, resultaba ineficaz por falta absoluta de elementos y de local. Hoy se han ensanchado sus viejos pabellones, se crearon otros muchos, se montaron laboratorios auxiliares y se han modernizado todas sus dependencias con acuerdo a la última palabra de la higiene.

La acción del Hospital Militar no se limita en la actualidad, únicamente a los miembros del ejército, cualquiera que sea su jerarquía, sino que se irradia hacia las familias de militares. Ultimamente se ha inaugurado un servicio de Maternidad que está a cargo de la Dra. Teresa F. de Gaudino, profesora de la Universidad de Buenos Aires.

Bajo la vigilancia del bacteriólogo doctor Bacigalupo, se preparan periódicamente los cultivos para las inyecciones artificiales y otras contra las *epidemias* que pueden amenazar la sanidad de nuestra institución armada.

Posiblemente a mediados de enero se inaugure un nuevo pabellón destinado a cirujía, habiéndose ampliado y mejorado los servicios de radiología y de odontología.

Interrogado por nosotros, el director nos manifestó:

—Me es altamente satisfactorio que la capacidad y el empeño de todo el personal adscripto a este establecimiento, tanto profesional como burocrático, comprendidos los jefes y oficiales y el personal inferior, han contribuído en primer término a la realización de una labor tan importante.

Comprendo que hay mucho que cumplir todavía para poder satisfacer ampliamente todas las obligaciones que impone un establecimiento de esta índole, el primero de nuestra institución armada, sobre todo en lo referente a asistencia médica.

La asistencia de los médicos del Ejército, impone a la sanidad, una doble obligación, del punto de vista profesional y militar que traen aparejados una responsabilidad particular, propia del medio en que actuamos. No se ha escatimado esfuerzo alguno, en todo momento, para poder proporcionar al militar enfermo todas las atenciones a que tiene derecho, sobre todo cuando en circunstancias apremiantes y a veces dolorosas, apela a nuestra capacidad profesional.

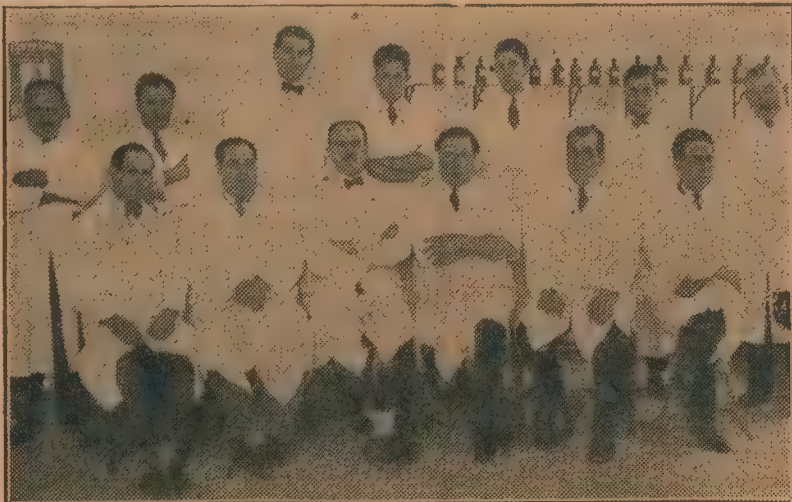


Doctor Juan Bacigalupo, en su laboratorio.

Coadyuvan muy eficazmente en las tareas científicas del Hospital, profesionales de reconocida competencia, como el Dr. Schnaibel, jefe de los consultorios externos, que fué Delegado del Ejército al Congreso de la Tuberculosis recientemente reunido en Córdoba y los Dres. Carlos C. Mata, recientemente llegado de una jira científica por Europa, Ramón Alcaraz y Arídeo Costa.



El doctor Arturo Schnaibel, jefe de consultorios externos en el mismo hospital, con su jefe de clínica.



El doctor Juan Bacigalupo, jefe del laboratorio, con el personal del mismo.



El doctor Carlos Matta, jefe de servicio en el Hospital Militar rodeado de su personal.

Peculiaridades de los lepidópteros

Ningún estudio de insectos es tan interesante y variado como el de las mariposas y falenas.

Los miembros de otras familias abarcan tamaños tan grandes como el de las enormes mariposas colombianas y las falenas Cecropia, hasta la minúscula Nepticula, y en belleza, desde la mariposa Pavón y la falena Luna, hasta la insignificante polilla de la ropa. En sus orugas hallamos igualmente gran variedades de formas, colores y aspectos.

De los miles de especies de mariposas conocidas, muy pocas son dañinas. La inmensa mayoría son tan inofensivas como vistosas.

Las faenas, en cambio, suelen ser enemigas del agricultor. En el campo, en el huerto, en el jardín, suelen causar verdaderos destrozos. Sus orugas atacan a las flores, a las hojas, al fruto, a las ramas, a las raíces, a los tallos, a los granos.

Algunas especies raras tienen hembras sin alas, y otras las tienen parecidas a las de las abejas y abispas, a tal punto, que en muchas ocasiones el hombre y los pájaros las confunden con estos himenópteros.

Como ya hemos dicho, los lepidópteros comprenden a las mariposas y a las falenas o geómetras, que nosotros designamos con los nombres de mariposas nocturnas.

Las diferencias entre ambas, son las siguientes:

Las mariposas tienen las antenas más delgadas en la base que en la punta, mientras que las falenas, con muy pocas excepciones, casi ninguna, son más anchas en la base y tienen muchas veces antenas en forma de pluma.

Las falenas hacen capullos de seda, se meten en la tierra e construyen celdas en la madera para pasar su estado de ninfa, mientras que las mariposas se conforman con envolverse en una especie de cáscara endurecida, formando crisálida, sin protección alguna.

La mayor parte de las mariposas tienen el cuerpo alargado y esbelto; las falenas, más grueso y rechoncho.

Las mariposas son diurnas, mientras que las falenas gustan de volar después de haberse puesto el sol.

Tanto las diurnas como las nocturnas emplean mucho el "camouflage", el mimetismo, el engaño para pasar desapercibidas ante los ojos de sus enemigos.

Muchas de ellas, en el estado de oruga, se encuentran envueltas bajo una capa de hirsutos pelos, que las hacen poco atractivas a los pájaros; otras expelen un olor acre y repugnante, que las hacen poco apetitosas al paladar de las aves; muchas toman el aspecto de las hojas y de las ramas sobre las que se posan, de manera que es difícil distiguirlas del medio en que se encuentran.

Los hermosos lepidópteros tienen muchos y terribles enemigos: aves que se engullen las orugas y el insecto completo cazándolos ya al vuelo, ya en reposo; parásitos que atacan a los huevos y a las orugas, y cientos más de otras aves que encuentran en ellos excelente bocado.

El engaño lo practican las mariposas de manera verdaderamente original, algunas veces.

Con frecuencia, los pájaros persiguen a una mariposa de brillantes colores de repente la pierden de vista. Es que el insecto se ha posado, ha plegado sus alas y muestra el color pardusco de la superficie inferior, confundiéndose con el terreno.

La especie de Kallina tiene sus alas conformadas de manera que cuando se posa toma exactamente la forma y color de una hoja seca, con su tallo y nervios. Los pájaros pasan por su lado sin verla, y eso que es un apetitoso insecto para las aves.

En las falenas es corriente el que el colorido brillante se encuentre en las alas posteriores. Como éstas, al posarse no pliegan las alas, como las mariposas, sobre el cuerpo, en sentido vertical, sino a lo largo cubriendo las alas pequeñas con las grandes, ocultan de esta forma los colores atractivos.

Hay dos especies de falenas: la "Catacola relicta" y la "Catacola" ocra", muy afines entre sí; la primera de las cuales, al posarse, se parece al tronco del abedul, y la segunda al del arce, precisamente, a la madera de los árboles en que viven.

Lo extraordinario es lo que ocurre con las pequeñas falenas, parecidas a las abejas las que, cuando se las coge, tratan de imitar a aquellos himenópteros despidiendo su olor característico y haciendo con su abdómen ademán de picar, aunque está desprovisto de aguijón.

Las orugas emplean los mismos recursos de engaño que en el estado de insecto completo. Las larvas de ciertas Geométridas simulan, en color y aspecto general, las ramas sobre que se posan. Si se las amenaza o molesta levantan el cuerpo, apoyándolo en las patas traseras, y toman una actitud amenazadora, y este recurso de tomar aspectos terroríficos es muy común. El aspecto de la oruga del "Papilio glamus" no puede ser más horripilante. Uno de los anillos, detrás de la cabeza, presenta dos manchas que parecen los ojos de una horrible fiera, de una peligrosa serpiente, parecido que se acentúa con su lengua bífida, como la de los ofidios.

Se ha visto con frecuencia a los pájaros huir asustados al acercarse para cebarse en ella.

La oruga de la "Cerura" tiene también un aspecto imponente. Tiene dos cuernos en la parte posterior, y entre ellos una especie de tentáculos, de color anaranjado, que estira y larga, y los agita en forma que amedrenta el tocar semejante bicho.

Las mariposas ponen sus huevos, generalmente, en las hojas de los árboles, y, en la mayor parte de las especies, su forma y dibujo son admirables obras arquitectónicas. El microscopio nos muestra en esto verdaderas maravillas.

Las hormigas y las arañas ven en estos huevos un manjar exquisito, y otros insectos pequeñísimos casi imperceptibles a imple vista, depositan sus huevos en los de las mariposas.

La hembra del virrey cubre sus huevos con unos pelitos para protegerlos, pero a pesar de ello no los libra de los parásitos.

Otras mariposas cubren su postura con una especie de barniz, y otros los cubren con pelos, que arrancan de su mismo cuerpo.

Al nacer las pequeñas orugas, lo primero que suelen hacer es comerse el cascarón que las ha envuelto.

La mayor parte de las orguras cambian cuatro veces de envoltura antes de llegar al perfecto desarrollo, y algunas que mudan hasta ocho y nueve veces de traje. Algunas cambian de color en cada muda.

Hay orugas que enrollan hojas para hacerse refugios individuales: las unas los ocupan mientras no comen, otras no lo abandonan durante esta operación.

El hombre no ha llegado a domesticar sino dos insectos: la abeja y el gusano de seda.

Las estadísticas de sericicultura nos dicen que la producción de la seda, sin contar la del interior de la China, de la que no hay datos, es de 40.000.000 de kilos aproximadamente al año.

Como en cada kilo entran unos 2500 kilómetros de hebra, podemos formarnos idea de la enorme industria, del trabajo de la oruga, de la falena "Bombyn mori".

Las lenguas o trompas de las mariposas son maravillosas adaptaciones a sus neceidades como bebedores de néctar. Algunas, como en la Esfinge, llegan a tener hasta quince centímetros de largo; es decir, tres veces su cuerpo. Cuando no la utilizan la recogen en espiral, como en los muelles de los relojes, y la esconden bajo la cabeza.

La lengua o trompa tiene dos secciones circulares unidas, que dejan en el centro otro conducto o tubo, también circular, por el que hacen la succión.

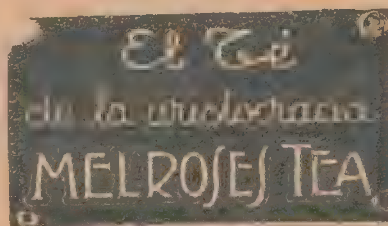
Muchas mariposas y falenas, entre ellas la del gusano de seda, tienen una vida tan corta que no comen; por esto las diferentes juntas de la boca las tienen atrofiadas, y morirían de hambre si la hora de su muerte natural se retrasase algún tiempo.

Las alas de los lepidópteros están cubiertas de escamas, colocadas de diferentes formas, pero siempre de una manera admirablemente simétrica. Estas escamas son pelos modificados.

Unas mariposas sólo se reproducen una vez al año, pero hay otras que lo hacen dos y hasta tres veces.

En algunas especies se diferencian tanto los insectos de una a otra generación, que durante mucho tiempo se les ha considerado variedaddes distintas.

En la "Pieris rapae", o mariposa de la col, el color es más obscuro; un blanco más sucio que en las otras generaciones, y tiene unas manchas negras en las alas.



PROFESION DE FE

Del libro "FIBRAS", recientemente aparecido

Detesto lo banal... Amo la vida
y combato a sus odios con amor,
y ensayo mis agrestes melodías
junto al ave que canta bajo el sol!..

En las cuerdas de bronce de mi lira
canta el ave infantil del corazón!

MARTIN GIL

En el raso de los cielos
en las noches más profundas,
dehilvana mil misterios
con sus mágicas agujas...

CARICIAS

Las caricias de la novia
son agua, mieles y sol,
que ella sonriendo derrama
del fondo del corazón.

De sus labios elocuentes,
es cosa de no creer,
brotan en vez de palabras
cucharaditas de miel.

Sus ojazos cuando miran,
alumbran el más allá,
cual si todas las estrellas
nos hicieran claridad

Y sus besos son las mieles,
el agua y también el sol,
colmando de vino añejo
la copa del corazón.

Damián Norberto COMTE.

Nuestros escultores

VICENTE ROSELLI



''Cabeza de niña'', escultura de Roselli que obtuvo el segundo premio en el salón de 1925.

En el silencio de su estudio de la calle México, he departido con este joven escultor, ya impuesto, y que ha dejado de ser una promesa para colocarse a la vanguardia de nuestros buenos escultores.

Hombre joven, severo, estudioso, perseverante, Roselli, no se ha amedrantado jamás, ni ha detenido el vuelo de su fantasía. Como verdadero artista, ha llevado siempre una norma y ha sido la de perseverar en su carrera, y así ha logrado imponer su arte puro en estos momentos de variación y extravagancias en sus manifestaciones múltiples.

A Roselli no le ha inquietado el aplauso ni menos el olvido. Sentía sobre su corazón un vuelo de ensueños. Veía no muy lejos la luz de ese ideal que consagra a las almas acariciadas por los dioses, y dejando lejos la vida común, la maledicencia, todo aquello que mancha el lino del espíritu, se limitaba a estudiar sus cabezas, que revelan fielmente su temperamento de artista y su seguridad en el arte escultórico.



El escultor Vicente Roselli, a cuyo cincel se deben las obras que ilustran la presente página.

Toda la idealidad suprema que alimenta su ser, deja en esos pequeños bustos. El niño, cuya infantilidad asoma a sus ojos, cuya pureza de alma se enciende en su gesto, en su sonrisa, ofrecen un gran motivo a este artista sincero que sabe unificar a la perfección de la línea, la inquietud del espíritu que refleja.

Sus obras premiadas en distintas exposiciones; la adquisición de una sobre el actor Pablo Podestá, nos dan una idea exacta de este joven soñador que, en su soledad pensante, vive concretado a sus visiones, absorbido en la contemplación de sus modelos, plasmando con entusiasmo la obra futura, sin importarle de las resonancias del camino, ni del bullicio del mundo.

Vicente Roselli tiene en la niñez su gran factor. Ante ella su luz interior reaviva, su valor estético recobra más pujanza, pues su predisposición por aquélla, da más vida a su alma que ha sabido combatir siempre ante las adversidades que encuentran los hombres de talento.

He abandonado el estudio de Roselli, y mi espíritu saturado en el armonioso conjunto de sus obras, me ha dado la sensación que este artista avanza por un camino de perfección, avanza silencioso, seguro y aureolado por un gran ensueño y una dulce esperanza. Nada detendrá el vuelo de su fantasía; sus bustos son muy grandes y su vuelo, como el del águila, tiene que escalar una cumbre.

Félix B. VISILLAC.



''Pubertad'', obra que alcanzó el tercer premio en el Salón Nacional de 1922.



''Ingenuidad'', busto expuesto en el Salón Nacional de 1926.





''Machito'', mármol exhibido en el Salón de 1926.

El país de los "leis"

FLORES Y PLUMAS EN HAWAI

Es el atardecer del sexto día de navegación por el Pacífico. A lo lejos se destacan los azules picos de Oahú; luego aparecen los rocosos promontorios de Makapun, dos cráteres de volcanes y la larga curva amarillenta formada por una playa a cuyo final se alza Punta Diamante como recortada silueta sobre el rosado fondo del cielo. Verdes montañas arrancan de valles esfumados por opalina neblina, manojos de palmeras, el cráter del Punchboul y por fin la ciudad, que se nos presenta ante nuestros ojos.

Ya está el transatlántico rodeado de desnudos cuerpos bronceados que bucean en busca de las monedas que arrojan al agua los pasajeros.

El ambiente está perfumado con el aroma de las flores. En el muelle, un gentío inmenso grita risueño y entona dulces melodías de bienvenida, el "aloha", el saludo de Hawai.

Por entre la muchedumbre pasan hawaianos con los sombreros cubiertos de flores, serios hombres de negocios con una gran flor en el ojal, turistas cargados de ramilletes multicolores, japoneses envueltas en sus kimonos con sus hijos en la espalda y multitud de mujeres y muchachas indígenas ofreciendo guirnaldas de flores y plumas de exquisita fragancia. Hay que agachar la cabeza y dejar que le coloquen, a manera de collar, un "leis" y otro más pequeño en el sombrero. Es el encantador saludo de Hawai.

Anochece; el sol desaparece dejando por el poniente un cielo que parece de fuego. Bajo unos porches sirven la cena. Los bancos, las sillas, las paredes están llenas de flores y hojas, luego el paseo por las calles, con sus hileras de palmeras, embalsamadas con los efluvios del "llang-llang" y uno se duerme pensando en flores para despertar de vez en cuando al llegar a nuestros oídos las dulces notas de los cánticos a la luna. Por la mañana, muy temprano, la voz de un muchacho japonés os llama para ofreceros flores y fragantes "leis". Hay que ponerse una nueva y fresca guirnalda a guisa de bufanda. La de ayer pende de un colgador en un rincón de nuestra alcoba.

"Un adorno para la cabeza o para el cuello; una sarta de semillas, un collar, una guirnalda de verdes hojas o flores, una corona para la cabeza". Así define el "leis el Diccionario de la lengua hawayana.

No solamente son guirnaldas de flores entrelazadas con verdes hojas naturales, hay "leis" de flores artificiales hechas de papel, de plumas de colores, de conchas, de semillas.

Hay "leis" de pequeñas corolas de alhucemas, "leis" de exquisitas "pandanus", "leis" escarlata de la "lehua" de los montes, de las que los hawayanos hablan siempre con ternura; "leis" sólo de hojas tan delicadas, tan aromáticas que, a pesar de su modestia, tienen gran aceptación, pues conservan su verdor y su fragancia durante años.

Los "leis" de larga vida son los hechos con semillas, ensartando en finos bramantes las negras de la canna, las grises de las lágrimas de Job, las pintadas de las Susanas, las de la mimosa; las de oreja de elefante y de la flor del ave del paraíso y menos frecuente las rojas y alargadas semillas del wili-wili o árbol de coral, las de una palmera que da un coquillo diminuto, del tamaño de una cereza que adquiere un brillo que las hace parecer de cristal.

Muy variados son los "leis" hechos con las conchas multicolores de aquellos mares.

La costumbre del "leis" es antiquísima, pero se desconoce su origen.

En tiempos pasados era marca de distinción y su uso se sujetó a una especie de leyes rutinarias.

Aída Moreno Lagos

Desde que enmudeció Gabriela Mistral, su voz es la más alta de Chile. Dulzura y tristeza. Amor y sueños esperanzados, tal es la característica de esta gran poetisa sudamericana.

Para FRAY MOCHO.

Aída Moreno Lagos balancea las palabras flotantes como los sueños de la noche entre el cielo y la tierra. Su sensibilidad más bien que emoción es piedad, es la ternura de alma cansada del dolor y refugiada en el arte. La idea de la vida es plácida, la idea de la muerte no tiene en ella nada de las sombras cristianas apenas si la siente, como un voluptuoso desvanecimiento en lo infinito. Cada uno de los versos que integran a su hermosa obra intitulada "Dolidamente" es una luz, un deslumbramiento, una embriaguez sin vértigos, una paz sin postración y sin inmovilidad. Aída Moreno Lagos deja al través de sus estrofas la sensación de un corazón embriagado, de un alma arrebatada, agradeciendo, adorando, hundida en abismos de dulzura, rezando el éxtasis. Las manifestaciones y los deseos de un espíritu bueno se unen en un lazo íntimo, porque el alma es una ante el corazón de esta mujer excepcional como ante sus ojos. Siente a veces como una sombra, como una voluntad desesperada, como un deseo de sustraerse, de encontrar un término en la desconcertante naturaleza humana, pero es leve la artista prefiere la ceguera divina de las estatuas mientras palpita en lo hondo el corazón sagrado. Todo se desvanece en luz, todas las cosas vedadas y permitidas, celestes y terrestres, aunque a veces se sienta al través del ritmo el temblor de la poetisa excelsa el vasto gemido del alma sacudida en un prodigio indeciblemente fuerte, obscuro primitivo. La guerra absurda no puede entusiasmar a su verbo y en un sólo verso como su compatriota y amiga Gabriela Mistral, nos deja la grandeza de esa aberración divina, en medio de un mundo tonante, estremecido en el paroxismo ciego de la tempestad y de la revuelta. Al cantar Aída Moreno Lagos no olvida que es mujer.

Cercado por la niebla se borraba el Castillo
y ya la barca hundía su proa sobre el Rhin
Quedaba allí enredado su corazón sencillo
y por la patria, alegre, se marchaba a morir.

La muerte, enamorado le encontró en la trinchera,
y al brazo de la muerte sonriente, se prendió.
Una última mirada del alma en su quimera
como estrella en el agua temblando se quedó.

Cuentan que por las noches en el parque dormido
de aquel castillo heráldico de la margen del Rhín,
se ha visto ir en las brumas un fantasma dolido
y un corazón el viento ha escuchado latir.

Y diz que a la ventana de la rubia princesa
de aquel castillo, cuando la luz se ve radiar,
la niebla hecha girones se asoma y su tristeza
desecha en llanto rueda por el limpio cristal.

En otro lleno de espontaneidad y humanismo vive sus horas, no siempre calmas, no siempre serenas, otras de dolores sin remordimientos pero siempre infinitas, múltiples diversas:

He escuchado tu voz en la sombra
¡Qué dijo! ¡No sé...
Viví todo un ayer olvidado...
Tu voz en la sombra temblando escuché.

En "Sueña" establece el equilibrio entre la característica tristeza del momento y el optimismo reconfortante que acaricia a su alma:

Hermana a quien no he visto, pero que sé que (sueña
como yo, y que ama y que espera también
como yo. A ti te aguarda ya la sagrada leña
que en sus brasas refleja el arder.

Gran poetisa digna de figurar entre las mejores de la lengua, ha deshojado su vida emocional para hacérnosla sentir en sus horas, sin debilidad, con modulaciones siempre nuevas, enseñoreada de su espíritu, cuyos secretos y recursos conoce, en sus aspiraciones ilimitadas, que en vano quisiera satisfacer y que le hacen alargar su fervor en una especie de extraña apoteosis cercana a la muerte:

Será una mañana...
La blanca ventana
se abrá de cerrar.
Y aroma de rosas
Marchitas las cosas
tendrán.

Bajará una estrella
para verla y ella
nunca lo sabrá.
Golpeará un momento
su ventana el viento
Nadie la abrirá!

Los pinos cercanos
al éter sus vanos
gemidos dirán.
Habrá un calofrío:
la luna y el río
la recordarán.

Rodarán las hojas...
Las gardenias rojas
se desteñirán.
Y llegará el día
rosado y la vía
desierta estará.

Es grácil. Es leve
la dicha que debe
cantando llegar...
(Alguna mañana
la blanca ventana
no se abrirá más)

No es la suya una tristeza pesada y angustiosa, sino una especie de suave desencanto, un desencuentro entra la ilusión formada y la realidad, quizá en el fondo, el eterno sentimiento de nuestra nada, el eterno dolor de ser mezquinos y miserables, impotentes para subir hasta lo alto de la idea en un afán que no se cumple en un anhelo que se disipa en cuanto cree cogerse. Sin embargo Aída Moreno Lagos es un espíritu normal, lo que a otros llevaría a un bárbaro delirio en ella cuaja como flores de melancolía, abiertas en el inmenso drama del corazón doliente y castigado. Ella sube por los peldaños de sombra sin perder la luz, sin extraviarse con impaciencias y dolores morbosos y sin caer como una abúlica o como una enfermiza en fatigosos devaneos sentimentales. Triste como todos nos hablan, hay mucho oro fino en la multitud de poesías que nos ofrece como un testimonio más de su inacabable inspiración .Ella es el amor, pero no sólo el amor sentimental, sino el amor divino, el amor por un ideal soberano, cuya presencia llena el vacío del alma y la reconforta. ¿Puede pedírsele algo más?

Julia GARCIA GAMES.

SANTIAGO DE CHILE.

El buey que cazaba venados

Por Luis G. Nuila

Regresaba de mi tierruca, después de largo viaje, trayendo un winchester, envidia de los cazadores. Carlos Chávez llegó a ser mi compañero de correrías cinegéticas: lo llamaba "Cute", por su natural benévolo, por su lealtad incomparable, y también porque conocía el monte y los animales como si fueran sus manos. Era por otra parte, más parlachín que una guacamaya al acercarse los chubascos, y nunca le conocí el cansancio, ni cuando la noche nos anonadaba en el bosque.

Mi regreso fué en junio, cálido y saturador, cuando los campos se despiertan del letargo veraniego, cubriéndose de hojas tiernas y bebiéndose a grandes sorbos las aguas de los cielos. Invité a "Cute" para que saliéramos de caza, pues yo tenía urgencia de matar un venado, porque había que cumplir una promesa al señor cura Escoto: la dé regalarle la pierna del que matara primero, ya que, según me lo dijo en confidencia, "estaba cansado de comer pollos capones".

—Vamos a las lomas de "Los Prietos" — me dijo, — pues anda por allí un venado que nadie puede matar, y este que son ya muchos los que han tirado, en cuenta "Tata Jesús", que es un viejo que no yerra tiro. La verdad es que, con ese maldito animal, han tenido que echar cuatro. Dicen que "tiene piedra" y que por eso es difícil matarlo. Si lo matas con tu "wincher" nos "prenderemos".

—Pero si el venado está viejo, la carne la tendrá más dura que un trozo de madera!

—Lo que vale es la piedra que tiene en el hocico, pues debes saber que al tirador que se la quite le saldrán venados por todas partes, y no tiene más que salir por las afueras del pueblo para hallarlos a tiro y no errarles... Con esta cera de Castilla curaremos las balas para qu el maldito no nos dé dos brincos...

Nos pusimos a hacer la cura milagrosa al margen de un río antes de llegar a "Los Prietos". En la punta de los proyectiles hicimos con el cortaplumas una cruz y llenamos con cera las incisiones. No hay venado que se salve así aunque tenga pacto con el diablo, dicen los viejos del rumbo. Y si a los tres tiros no se le tumba es mejor salir de huída, pues se sabía que a Tata Luis lo escapó de matar a empellones una vez que andaba sabaneando en la hacienda "Las aPmpas", de mi abuelo. ¡Por poco le saca le enjundia!

—Hay que tener cuidado con los venados que están en brama, porque están hechos unos basiliscos.

Ibamos llegando al fin de la hondonada. "Cute' 'debía quedarse en Atalaya un poco atrás, para tenerlo a tiro. La cañada estaba vestida de unos árboles espinosos que echan flores blancas y rojas, perfumando más allá de los horizontes. Muchedumbres de insectos volaban arrastrando pólenes de oro, porque ya sabían que la primavera andaba en triunfo por allí y el bosque parecía de móviles esmeraldas...

Ibamos despacio, despacito, sin hacer ruido. "Cute" parecía mi sombra; pero me di cuenta de que no le cabía el miedo en la caja del cuerpo. Habríamos caminado unos cincuenta metros en la cañada cuando de pronto se nos apareció un venado joven "¡Al codillo!", fué el consejo en voz baja de mi compañero. Pero como el animal me daba el frente hube de apuntarle hacia el pecho, haciéndome la ilusión de comérmelo en breve, convertido en suculento "champinol" o en 'nacarigüe" criollo. Le disparé, y cuando creía que ya estaba en tierra lo vi saltar hacia mí, parándose altanero a unos veinte metros, pateando, mirándome con sus ojazos limpios, en los que yo veía bailar una llama verde.

Lo cierto es que yo me sorprendí de lo que estaba sucediendo. Veía pasar, en tropeles, a los "venados cacastes" y a las ciervas encantadas de que hablara "Cute" una vez. Hice un nuevo disparo y se repitió la escena, y al tercero tuve al animal muy cerca de mí, temeroso de que me atropellara con el cuerpo, me acomodé mañosamente el cuchillo de caza que llevaba a la cintura y volví a apuntar, suspensa la respiración. Fué un segundo patético. El venado se desplomó, como herido por una centella. "Cute", que ya iba huyendo, regresó al oír mis gritos, y en vano buscó la piedra del maleficio: la piedra de venado, talismán codiciado por los cazadores de mi país.

Una mañana salimos hacia el monte, en busca de sorpresas. Mi amigo iba a llevar al buey tirador. La luna estaba en sazón y era admirable la oportunidad para hacer buena presa. El buey obedecía al decírsele: "Amonos, josco". Y el animal tomó el camino entre el bosque. No teníamos sino seguirlo, yendo a su costado, que él haría lo demás. Tan pronto viese un venado se detendría, dirigiendo la mirada hacia el sitio en que se hallara, y lo único era tirar sobre el lomo del buey. Este caminaba lentamente, procurando no hacer ruido, acechando entre los matorrales. Los venados no les tienen miedo a los bueyes y se los dejan arrimar, y como el tufo del buey es más fuerte que el del cazador, el venado no olfatea y se confía demasiado...

Hacía rato que caminábamos sin rumbo, siempre al costado del buey. De pronto éste se detuvo, cabeceando hacia la derecha. Yo no veía en dónde estaba el venado, pero preparé mi arma. El animal se hallaba con las orejas alertas, cerca de un matón de arrayán. Lucía su hermosa cornamenta, digna de ser exhibida en una colección de trofeos de caza. Al primer tiro el venado se desplomó. Lo echamos sobre el lomo del buey con una alegría loca, pues no era para broma llevarlo nosotros en un trecho de más de dos leguas bien andadas.

De regreso a la casa de la hacienda, en pos de los pasos tardos del buey tirador, "Cute" me relató la historia de éste. Era un buey realengo y huérfano, que retozaba con los muchachos y dejaba que le cargaran leña. Lo llevaban al monte para que les sirviera de madrina cuando había que traer a los animales chúcaros y así le enseñaron a engañar a los venados. Y como no tenía dueño, cualquiera se lo llevaba al monte cuando las milpas se doblaban al peso de las mazorcas.

Así hablaba Bernardo en el silencio de aquella noche constelada de luceros, tan azul que daban ganas de tocarla. En el patio de la hacienda rumiaba el buey tirador mientras la luna bajaba a los riachuelos dormidos como un venadito de los que sólo se aparecen en la biografía de los peregrinos que pidieron posada entre la tormenta.

EL HOGAR

Iba yo lentamente, por la carretera que atraviesa el campo, cuando el sol caído, como un avaro, guardaba en ocaso su oro postrero. Se hundía la luz en la sombra, cada vez más baja, y la tierra viuda, segadas ya sus mieses, yacía silenciosa.

De pronto, se perdió en el cielo la aguda voz de un niño, que cruzara, sin yo verlo, por la oscuridad, dejando la estela de su canción a través de la hora callada. Su hogar estaba allá, tras los cañaverales, al fin de los llanos yermos, perdido entre la sombre del plátano, de la grácil palmera ,del cocotero y del árbol verdinegro del pan.

Me detuve un momento, en mi solitario caminar, a la luz de las estrellas. Ante mí, la tierra umbrosa se tendía, abrazando una infinidad de hogares con cunas y lechos, con corazones de madres y lámparas de velada, con vidas jóvenes y alegres, con esa alegría que no sabe todo lo que vale para el mundo.

Rabindranath TAGORE.

GUINDAS

(Poesía inspirada por una carátula de FRAY MOCHO titulada: "GUINDAS")

¿Y quién es la pobre chica,
de encantadora mirada
que, en banco tosco sentada,
y, que tal vez nació rica?

Sobre el cestito inclinada
desnudos sus piesecitos,
piensa en los dulces besitos
de la madre idolatrada.

Con sus ojitos de cielo
y sus cabellos castaños,
aunque tiene pocos años
trabaja ya con anhelo.

Sobresale entre las lindas;
bulle una historia en su mente;
es bastante inteligente
la vendedora de "guindas".

José M. OYUELA

En la barbería

—¿Con qué navaja desea usted que le afeite, con la de Sebastián I o con la de Rudesindo V?

—Con la de Sebastián I.

(El barbero lo hace ignominiosamente, y como a su víctima le cae cada lágrima como aceitunas le pregunta:

—¿Qué le pasa, caballero?

—Que me estoy acordando de lo que sufriría Sebastián I cada vez que se afeitaba.

Rival humanitario

Discutían dos amigos, uno de los cuales no medía más de 50 centímetros, y le decía al otro gritando:

—¡¡Tú eres un sinvergüenza y un fresco!!

A lo cual le contestó el otro despectivamente:

—Bueno, mira, no te escupo porque no sé si sabes nadar.

MI SALVADOR

La tristeza me dijo cierto día:
he de pudrirte todo el corazón!
Volví la espalda al mundo de los hombres,
y al emprender la marcha hacia tu cuna
la tristeza, cobarde, se ahuyentó!

Una noche glacial, cantóme el hambre:
he de arañarte si no comes hoy.
¡Y no llevaba pan en mis alforjas!
pero miré tus ojos: la sonrisa
en ellos, del Señor, me sustentó!

Y otra noche infeliz, la muerte misma:
¡pobre de ti si te durmieras hoy!
Junto a tu cuna me dormí tranquilo,
y al despertar, de nuevas esperanzas
todo vestido estaba el corazón!

Hijo: yo soy la noche del combate
tú eres toda la aurora del amor;
un rayo de tu sol esplendoroso
y la triste batalla terminó!

Ricardo M. LLANES.

MÚSICA POPULAR



Juan Polito, un joven y expresivo compositor de música popular argentina

"También la gente del pueblo tiene su corazoncito..."

Se ha dado en decir, con harta frecuencia, que los argentinos somos tristes, que no sabemos divertirnos, que hasta nuestra música popular es triste...

Obsesión de los que sólo dicen diversión a los ruídos infernales de una jazz-band matizados con los gritos de sus voces que compiten con el xilófono y el saxófono...

Nuestra alegría es sentimental, sana.

Nuestra música popular es emotiva. Nuestro típico tango adquiere en nuestras almas los tonos suaves e indecisos de la hora crepuscular...

No es que se transforma en una lúgubre armonía, es que nos trae la evocación del familiar gozo, de nuestros paisajes interiores... Una gran quietud, una melancólica quietud espiritual.

Somos suaves, no podemos mecer nuestros pensamientos al compás de infernales armonías. ¡No!... Y eso no significa que somos buhos de tristeza. Porque contemplar una montaña a la caída de la tarde, o el centelleo de las estrellas, o la soledad de las llanuras, no es ser triste, es ser panteísta. Y ser emotivo, suave, no es ser un loco.

El no gustar de la melancolía de los rosados fulgores que surcan el horizonte como un llamado de atención a la contemplación de la Belleza, hora solemne de la vida, es ser vulgar, es necesitar de la explosión de los ruídos chillones y burdos para llenar los cerebros y los corazones vacíos...

Nuestro tango, nuestra música popular incita a encender los fuegos de la fantasía. Es música de expresión. Es música de sentimiento.

Entre los más jóvenes cultores de nuestra música, que se está destacando con relieves propios, se cuenta el compositor y pianista Juan Polito.

Este joven artista ha formado una orquesta típica que está haciendo furor entre los verdaderos cultores de nuestra música popular, pues exterioriza en sus interpretaciones las imágenes y fragmentos más bellos de nuestros tangos argentinos.

El joven, Juan Polito, se inició a los 14 años, hoy cuenta 23, — y ha cosechado merecidos triunfos con sus composiciones: "Un chispazo", "Gurrumina" y "Campanita". Además, tiene en prensa "Año nuevo" y "Adoración", que presagian las mejores alabanzas por su expresión y su técnica.

Polito siente nuestra música popular, y la transmite con el don particular de quienes saben sentir la mano invisible del arte como una caricia deliciosa que enciende el corazón del hombre, dando expansión a sus sentimientos.

G. S.

Del teatro griego

Considérase el teatro griego como el antecesor de la escena de toda Europa y se cree que tuvo su origen en las tragedias y comedias que nacieron del canto ditiámbico en loor a Dionisios y del "comos" o procesión voluntaria organizada por el pueblo en honor al tal dios del vino, y que terminaba con una canción fálica.

Los teatros griegos tenían tres puertas principales en fondo. La central, generalmente mayor que las otras dos, era la entrada *rehia*, se consideraba la puerta de un palacio y estaba reservada al protagonista de la obra.

Por la puerta de la derecha entraba el segundo actor, y se suponía que daba acceso a las habitaciones de los huéspedes o convidados, y la de la izquierda quedaba para personajes más insignificantes y se suponía que conducía a las ruínas de un templo, de una cárcel o a un desierto.

Los expectadores, sentados al aire libre, tenían bastante con aquello, lo entendían y no pedían más, y seguramente aplaudieron cuando se introdujo el prisma triangular que giraba y presentaba las tres diferentes decoraciones pintadas en sus tres lados, y cuando por medio de cuerdas y poleas las divinidades subían y bajaban por el espacio, como también cuando los escotillones hacían aparecer o desaparecer los personajes y cuando oían el ruído del trueno producido por cestos de piedras que vaciaban sobre recipientes de bronce.

De la misma manera, sabían lo que podían esperan de los que aparecían en escena. Las máscaras tenían su objeto. La expresión facial, los gestos de la cara, no se hubieran podido notar a causa del gran tamaño de los teatros anteriores: la careta daba al actor una expresión típica, visible por todos los expectadores. El número reducido de actores, no hubiese podido representar todos los papeles sin el auxilio de la máscara.

La boca abierta de las caretas, en forma de bocina, era una gran ayuda. Gracias a su gran resonancia la voz llegaba hasta los últimos espectadores. Estaban construídas con tela, corcho y madera y hacían el efecto de un megafono.

La máscara no era el único distintivo del personaje que representaban, pues aunque los trajes diferían muy poco unos de otros, variaban algo en detalle y color. Los reyes se tocaban con coronas y los orientales con turbantes, dos características particulares que la escena ateniense compartía con el teatro chino actual.

Probablemente, a causa de las grandes dimensiones del teatro griego, los actores calzaban el Kothornos o coturnio para parecer más altos. Estos según su forma se llamaban "embates" o "okribas".

Este calzado, tenía una muy alta suela de madera, pintada con colores simbólicos.

La altura del coturnio variaba según la importancia del personaje representado. Los monarcas lo llevaban más alto que los señores de su corte, e iba disminuyendo en altura hasta llegar a los coristas que no lo usaban.

Además del distintivo del coturnio, existió el "onkos" enorme y alta peluca que se ponía sobre la careta, peinado que recuerda los de la Restauración, y a los de ciertos actores en el teatro chino.

Entre el coturno y el onkos, el actor aparecía de cuarenta a cuarenta y cinco centímetros más alto de lo que era y para que no pareciese delgado se le ensanchaba con rellenos para que el grosor estuviese en armonía con la altura.

Los reyes llevaban una prenda corta bien gruesa y rellenada que recibía el nombre de "Kolpoma".

También los actores romanos usaron la careta y lucían trajes convencionales, así como el calzado y tocado de los griegos.

Adornaban la escena y ponían toldos, y para apagar y "refrescar el aire fétido", varios esclavos recorrían el teatro y rociaban con agua de rosas a todos los espectadores.

Carecían, de maquinaria y aparatos para las representaciones de las obras, las cuales aparecieron más tarde.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

El arte decorativo en relación con el mobiliario.

(Continuación)

El lecho, siempre grande y bajo en general, no tiene columnas; un techo sostiene gruesos cortinajes de tapicería. Aun es de buen gusto recibir en la alcoba.

Una de las características de este estilo es el uso de los muebles de marquetería de Rcule y sus discípulos, tan generalizados, que sólo se desterraron cuando aparecieron triunfadores los "secretaires" de Chippendalle.

El mobiliario Luis XIV es la forma más perfecta del arte decorativo y la más adecuada a una sociedad seria, en la que la conversación literaria era atractivo principal de las reuniones mundanas.

En los primeros años del siglo XVIII los espíritus derivan hacia la frivolidad, engendrando así el estilo Luis XV, que influye en la decoración y en las costumbres: todo es lindo, pequeño, presuntuoso y de una opulencia refinada. Este reinado debiera llamarse, con más propiedad, el reinado de la mujer, pero no de la mujer de bello espíritu, sino de la mujer elegante y frívola. La dimensión de las habitaciones se reduce a la mitad, la luz es mayor y más discreta, los muros no están ya cubiertos de grandes cuadros ni pesadas tapicerías, se usan más los espejos que agrandan y animan las habitaciones, dándoles un aspecto alegre, que aumentan los dorados y la blancura del techo. Los asuntos pastoriles, las cintas y los amorcillos bullen en las cenefas de sobre las puertas y las chimeneas, los muebles están cubiertos de barniz Martín o laca de Oriente y adornados con bronces cincelados por Caffieri Gonthière y sus discípulos; las porcelanas de Sajonia forman un conjunto tan armonioso como elegante. Las salas de recibir son el comedor, el salón y el gabinete; la alcoba es ya íntima y su mobiliario se transforma en el sentido de la comodidad; el lecho está recubierto de telas de seda. Todo esto era más caro que lo perteneciente al estilo Luis XIV y las habitaciones contenían diez veces más cosas. Así el lujo es el camino de la locura.

Lo que ante todo caracteriza el estilo Luis XV en todas las producciones, es la abolición de la línea recta. Todo es ondulado, entorchado, hojeado con relieves cuya decoración es la achicoria exuberante; la fantasía reemplaza al convencionalismo, y como siempre, cae en el exceso. Este es el estilo rococó, que adquiere su fuerza en esta unidad entre la arquitectura, la decoración de las habitaciones, la orfebrería y la ilustración de los libros.

Concluye por fatigar con sus exageraciones y se vuelve a la línea más tranquila y graciosa; esto es lo que se llama estilo de la reina, aun cuando se debe a Madame de Pompadour. También se le ha atribuído, aunque con error, el estilo rococó a la célebre favorita, siendo contrario a su gusto exquisito y enemigo de las formas incoherentes.

Las maderas de las sillas Luis XV es curvada y sus pies tienen muchas ondulaciones. El estilo Luis VXI muestra solamente tentativas malsanas a una reforma y una decadencia que tienen por causa una desdichada imitación a la antigüedad. En el mobiliario, sin embargo, se encuentran obras admirables, pero en todas brillan los dibujos ajustados y regulares.

Los muebles grandes, en lugar de ser convexos son ligeramente cóncavos, y los adornos majestuosos se reemplazan con tiradores de cobre o botones dorados y las largas volutas con nudos de cinta.

La línea recta y el aplomo son la característica de este estilo; así, los pies de las sillas son derechos y sólo aparece la curva cuando es preciso hacer esta concesión a la elegancia.

La achicoria es substituída por el acanto, el laurel, las perlas y las cintas; la madera dorada casi ha desaparecido. Los muebles están pintados de colores tiernos, blanco, azul o rosa; las telas son de seda brochada muy pálida, y al final de este período es cuando aparecen los dibujos estampados en cretonas e indianas de encantadora sencillez. A los relojes acompañan figuras alegóricas de bronce o mármol, y completa este admirable conjunto el tapiz de Oriente, más interesante por su unidad que el que se usó en las épocas de apogeo del arte decorativo.

Este arte tiene por objeto adornar y hacer agradable a los ojos los utensilios necesarios para la vida social; desde el momento en que un obrero fabrica un objeto, queda terminada su faena, y entonces llegan las manos del artista para domar las líneas y el color y darle el verdadero carácter de obra decorativa.

Se confunde con facilidad el arte decorativo con el arte aplicado a la industria: los dominios del primero son más extensos; el segundo es el que por los medios industriales multiplica en gran número los ejemplares de un modelo determinado.

Las tres primeras condiciones del arte decorativo son la forma, el color y la propiedad. En pocas épocas se encuentra una reunión acertada de estos elementos primordiales. El arte tiene su cuna en Oriente: los asiáticos, bajo la influencia del clima, de la magia incomparable de su luz, de una civilización más refinada, de una imaginación más viva y de un comercio floreciente, se desarrollaron antes que las demás razas, y cuando construyeron los objetos usuales más sencillos, su pincel y su cincel tienen delicadezas incomparables y sus manos deben vencer todas las esperanzas de la forma y la materia.

C. de B.

(Continuará).

EL TRAJE NUPCIAL

Es el que sólo se luce una vez en la vida, durante unos minutos o unas horas, y es el que ocupa mayor tiempo la imaginación de la que ha de hacerlo. ¡Cuántas dudas, cuántas vacilaciones, antes de decidirse por este o aquel modelo! Bien es verdad que se trata del atavío que ha de vestirse para el acto más trascendental de la vida. Sólo que, con frecuencia, preocupa desde otro punto de vista. Se piensa en resultar elegante y hermosa, aunque no precisamente a los ojos del próximo dueño, sino a los de la concurrencia.

El anhelo de muchas mujeres es "epatar" a las amigas con su elegancia o su suntuosidad. Y vemos ante el altar mantos de tisú de plata y túnicas de pedrería, entre las que la blancura del azahar y su símbolo quedan obscurecidos. El acto de desposarse es demasiado serio para realizarlo vistiendo una "toilette" teatral. La suntuosidad puede admitirse únicamente en los encajes. Esos encajes que han ido transmitiéndose de generación en generación y que tienen un perfume sagrado.

Pero en el caso — muy frecuente — de no poseer esas reliquias ancestrales, el traje debe ser sencillo. Pero tampoco hay que alardear de modestia; es del alarde de lo que hay que huir. Por eso el traje sencillo será abundante en tela y ésta de valor. Los pliegues profusos, los drapeados, la amplitud y longitud del manto, nunca estarán de más.

He visto dos modelos de firma autorizada absolutamente acertados. Son de una encantadora y original sencillez. Todo el efecto está conseguido con el gracioso drapeado de la falda, y no tienen más adorno que ramos o guirnaldas de azahar. El cuerpo, en los dos es absolutamente liso. Las mangas ceñidas y austeras, y el escote, "vierge", igualmente severo. Y entre estos dos trajes de desposada, rematado uno por el velo de costoso encaje, y por liso tul el otro, no puede decirse cuál de los dos es más bello. Y este viene a demostrar, una vez más el encanto de la sencillez.

Y la misma sencillez seguirá imperando en los detalles suplementarios de dicho atavío.

Como joyas, no debe ostentarse más que la pulsera o el anillo de petición. Si acaso, un collar de perlas que se estrene ese día y pendientes también estrenados. Y en cuanto a los zapatos, la moda actual ha impuesto los de tisú de plata o tafilete plateado, y serán escotados y lisos; las trabillas o hebillas recuerdan los de baile o "soirée". Por último, el ramo es ahora alargado, en forma de guirnalda o racimo, y atado con un gran lazo. Y ya que hemos hablado del traje nupcial, apuntemos los principales detalles de la ceremonia en los que, a veces, se sufren equivocaciones que provocan la hilaridad de los invitados.

La novia no saldrá de su casa hasta que sepa que el novio ha llegado a la iglesia. Con la abundancia actual de teléfonos, esto resulta facilísimo. La novia llegará a la iglesia en compañía del padrino o de su madre, si ésta es la madrina, aunque también no siéndolo. En el caso de ir con la madre siendo ésta madrina, el padrino y el novio se adelantarán a recibirla a la portezuela del coche, y el primero se hará cargo de la novia, siguiéndole el segundo. Si la novia ha llegado con el padrino, el novio no tiene que acercarse, sino seguir tras éste y aquélla, dando el brazo a la madrina, que ya estará a su lado.

Al entrar en la iglesia, novios y padrinos van directamente al altar, en donde ya espera el sacerdote. Una vez unidos ante Dios, los esposos entran en la sacristía por la puerta del presbiterio, seguidos de los padrinos. En la sacristía, después de la formalidad judicial, reciben los novios las felicitaciones, y salen nuevamente por el presbiterio, siempre seguidos de los padrinos, que los acompañarán hasta el coche.

Luego, en el "lunch" o banquete que sigue a la ceremonia, la novia conserva el traje blanco, despojándose, si acaso, del velo y del manto para bailar, si se encuentra lo suficientemente fuerte para este ejercicio.

Y para terminar, cuando la fiesta está en su apogeo, si los esposos quieren ahorrarse los enojos de una despedida "monstruo", se escabullirán hábilmente, mientras se brinda por su felicidad...

Sara INSUA.

La hiel del muerto

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Hacía muchos años que yo no iba a aquel pueblo, cuando un motivo imprevisto hizo que llegara de visita a esos viejos pagos, tan conocidos durante mi niñez.

Encontré el pueblo muy cambiado, y esto me puso triste y cavilosa. Yo deseaba hallar todo tal cual lo dejara años atrás, pero, desgraciadamente, no era así; los adelantos eran notables; tenía las calles bien adoquinadas, buenos edificios y casas de comercio que lucían sus grandes vidrieras artísticamente adornadas, y sin poderlo remediar exclamé: ¡qué lástima! Aquel progreso me apenó el alma, comprendo que, confesando este sentimiento íntimo demuestro mi egoísmo, pues por un capricho mío deseaba el atraso a aquel pueblo, sólo por hacer revivir mis recuerdos de antaño; pero ¡qué placer hubiera sido esto para mí! Creo que a toda persona que va en pos de algo muy querido y recibe una decepción como la mía le sucede lo mismo, sólo que se calla, y yo no puedo, pues siento un alivio grande en protestar y decir a gritos que no estoy conforme con que le hayan cambiado la fisonomía a ese pueblo querido.— ¿Dónde están los cercos cubiertos de mosquetitas criollas, que eran el deleite de los picaflores, las higueras con sus brevas moras; los parrales con sus dorados racimos y los naranjos que daban sombra en esos grandes patios de ladrillo colorado, con sus aljibes en medio y las tinajas panzonas rebosantes de agua llovida? Los palenques de las esquinas, los techos de teja, las rejas de las ventanas pintadas de verde, y las magnolias de la plaza, ¿dónde están?

Nada de esto existe ya, ni siquiera unas madreselvas, o santa rita trepadoras de los muros, ahora reemplazadas por piedra inglesa... ¡Ah! ¿y no he de clamar por aquello que se fué? Cansada de andar entré en la iglesia. ¡Oh, allí ya era otra cosa! todo estaba exactamente igual a como lo dejé; sólo el cura no era el mismo. Sí, ahí estaba el santuario de mi juventud, todo me era familiar; el púlpito, los altares, los santos, los candelabros, el Cristo y... ¡hasta las palomas que volaban dentro del templo, posándose ora en la cabeza del Nazareno o en el dragón al que San Miguel hundía su espada! ¡Qué alegría! Por fin había hallado algo de lo que buscaba y que me hacía palpitar el corazón de gozo; pero, al salir de allí, volví a encontrar al cura desconocido que se paseaba en el atrio de la iglesia, y lo miré con desconfianza, pensado: ¿Este también hará algunas modificaciones en el templo que lo echen a perder?

¡Cómo destroza el progreso las reliquias de antaño! Sólo sirve para dejar tristeza en el alma.

Llegué a ese pueblo anhelosa de visitar a un viejo amigo, muy querido, y sólo en la casa de Dios encontré algo de lo mucho que deseaba hallar. Todo estaba modernizado, sólo mi corazón era el anticuado al clamar por algo que pasó a la historia. Ya nada me ligaba a aquel pueblo, mi visita había enterrado el encanto de mis recuerdos, ¡por qué habré venido!...

Regresé al hotel donde encontré al matrimonio Fernández, los que eran dueños del negocio y antiguos vecinos de allí.

Por éstos supe la vida y milagros de la gente del lugar, y también que un ahijado mío se encontraba enfermo de gravedad. Proyectamos el viaje con doña Celestina, la hotelera, para irlo a visitar; estaba deseosa de ver a aquella humilde gente de campo que habían sido fieles servidores de mis padres.

A la tarde de ese mismo día me enteré por un proveedor del hotel, que mi ahijado había dejado de existir; entonces apresuramos nuestro viaje, saliendo de inmediato para un puesto de la estancia "Las Pircas", donde vivía mi compadre, con su familia.

* * *

Llegamos al rancho, y salió a recibirnos el padre del muchacho, haciéndonos pasar a la pieza donde lo velaban. Me acerqué a verlo: ¡qué distinto estaba! y pensar que yo había cargado a ese hombrón mientras le borraban, en la pila, el pecado original de su llegada al mundo!... ¡Santo cielo, si parecía un viejo! No hay duda de que en el campo se envejece muy pronto.

Allí yacía el pobrecito, en el fondo de un mísero cajón de pino blanco, que lo menos tendría unos noventa centímetros de ancho, pues hacía el efecto de quedar hundido en el fondo de un sótano.

El paisanaje entraba al recinto con respeto, miraba el cadáver, se santiguaba y salía de allí cabizbajo, comentando el suceso en la cocina, entre trago y trago de alcohol. Muchos de ellos me conocían de pequeña y venían hacia mí para saludarme diciendo:

—La acompaño en el sentimiento, doña, pero ¡qué le vamos a'ser pa eso hemos venido po, cuando llega la hora de entregar el rosquete a Tata Dios no hay más rimedio que dir ande él quiere; ansina es que tenga resignación no?

Sobre poco más o menos, todos me decían lo mismo; al principio yo no caía en cuenta del por qué de aquellas palabras de consuelo. ¿Qué parentesco me unía al paisano? hasta que sorprendí el siguiente diálogo, entre dos criollos que estaban en el patio, muy cerca de la puerta:

—Che Casiano, ¿sabís que ha llegao la madrina del finao? No sé cómo se anima a venir dende la ciudá pa verlo, como si tuviese tan güena mano pa madrina.

—¡A la verdá! lo que es yo prefiero que mi cría quede pa siempre incristiana ante que pararla a eya como comadre mía. De seguida limpea al mundo de un vivo, pa yenar el campo santo; ¡cha digo con las puebleras! si éstas agatas dejan un hijo pa muestra, y esté todo entecao; cuasi todas son machorras.

Me quedé helada ante esos cargos que me hacían. ¿Qué culpa tenía yo de la muerte del muchacho? Estaba cavilando sobre esto, cuando oigo una voz a mi espalda que dice:

—¿Cómo le va, niña?, ¡pero cómo ha crecido! ¿no se ricuerda de mí? yo soy Remigio, pa servir a usté, el peón de patio de la estancia del finao, su tata.

Me di vuelta y vi a un gaucho viejo, de tez bronceada que sonreía sin atreverse a extenderme la mano. Lo saludé e inmediatamente salió de la pieza diciendo:

—Voy a remojar el garguero con unos traguitos de caña a su salú, niña. Al rato regresó el paisano y cuadrándose frente a mí repite:

—¡Pero cómo ha crecido, niña!...

Comencé a estar molesta allí; comprendí que estaba de más; me pareció que me miraban con malos ojos; algo me anunciaba el corazón; temía pasar un mal rato, y, sin embargo, no me animaba a retirarme. Conozco las costumbres de la gente del campo ,en los velorios; se quedan acompañando a los deudos del muerto hasta que sacan a éste de las casas, y temía ofender a mis compadres. Resignada tomé asiento en un banco junto a la madre de mi ahijado.

En esto, alguien propuso alzar más la cabeza al finado, pues estaba muy oculta en el fondo del cajón. Trajeron una bolsa rellena de chala colocándosela por debajo. Al mover la cabeza se levantaron sus párpados quedando el muerto con los ojos abiertos.

—Venga, comadre, atráquese, que su ahijado tiene antojo en despedirse de usté antes de dirse p'al otro mundo.

Fuí hacia el cadáver, y al mirarlo se me erizó el cuerpo.

Entró en ese momento Remigio a la pieza, completamente ebrio; mira al muerto, y al encontrarlo con los ojos abiertos, exclama:

—Ya sé lo qué te pasa, hermano; aguardate un momento:

Se retira y, regresando con dos vasos de vino tinto, repletos hasta el borde, aproxima uno de ellos a los labios del cadáver y dice:

—Beba, mi amigo, y no sea gallina; no tenga cortedá que pa eso Dios lo hizo macho, pué.

Pero, al advertir que el líquido no merma le arroja el contenido al rostro.

—Tomá, hombre, no seas maula, ansina no se te revienta la hiel.

Luego deja el vaso desocupado en el suelo, y empinándose el otro, se bambolea mareado por el efecto del alcohol mientras balbucea entre dientes:

—A tú salú, compañero; güena suerte y dale espresiones mías a Tata Dios.

* * *

Imposible me resulta el poder explicar lo que por mí pasó en aquel momento. Estaba descompuesta. Me acerqué a doña Celestina y le dije:

—Vámonos, estoy enferma.

Llegué al hotel, apronté mis valijas, y tomé el tren que pasaba para la Capital Federal.

Quiso revivir un recuerdo de mi infancia y tuve que conformarme con la amargura de hiel que dejó en mi ser, la ausencia de aquello que no volverá... ¡porque está muerto!

CAMINANTE

No te impacientes, caminante. Apura
sin recelos el vino de tu vaso
y si en la mitad de la jornada dura
ves lucir una flor, detén tu paso.

Fué el destino, al vez, quien, al acaso,
la puso para darte su frescura,
tal vez sus hojas de brillante raso
para ti reservaban su hermosura.

Si canta un ruiseñor, oye su trino.
Y si ves al Amor, ¡oh, peregrino!,
tender el arco con segura mano,

el peligro no esquives: ¡que en su herida
están todos los goces de la vida
y todo el fondo del dolor humano...!

Rosario SANSORES.

Dolor

Una visitante a la señora anciana que acaba de perder a su marido. — Siento mucho su pena, señora. ¡Un modelo de maridos!

La doliente. — Sí, amiga mía, sí. Era bonísimo. ¡Y lo malo es que no sé qué tal será el sucesor!

En la escuela

El profesor (en la clase de párvulos). — ¿Por qué debemos amar a los árboles?

El alumno. — Porque son nuestros antepasados.

El profesor. — ¿Cómo?

El alumno. — Sí, señor. El mono desciende de ellos y nosotros descendemos del mono.

Conocimientos útiles :: Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Cola para pegar el cuero. — Entre las varias sustancias que pueden recomendarse para unir cuero con cuero, una de las mejores es una cola que se confecciona de este modo:

En una vasija que contenga 50 gramos de suero y otro tanto de ácido acético, se disuelven en caliente otros 50 gramos de cola de pescado. Todo ello se pone al baño maría. Aparte de esto, en 100 gramos de suero se disuelve, también en caliente, igual cantidad en peso de gelatina. Se mezclan luego ambas soluciones, y se añaden 50 gramos de alcohol de 90 grados Si la mezcla resulta muy sucia, se filtra, y luego se extiende directamente sobre el cuero.

Téngase presente que, cuando se emplea esta cola, hay que tener bien sujetos los trozos de cuero que se unen hasta que esté bien seca.

Para dar a las estatuas y demás objetos de escayola la apariencia del marfil, no hay más que barnizarlos con un compuesto de cera blanca cortada en pequeños pedazos, disuelta al baño maría en espíritu de vino muy puro.

La solución debe tener la consistencia de jarabe claro, y se la puede colorear un poco para obtener las tonalidades del marfil viejo, añadiéndole un poco de cera amarilla.

Recomiéndase como hemostático inofensivo y de rápidos efectos la pimienta en polvo fino, que coagula inmediatamente la sangre cerrándose la herida en poco tiempo.

Contra lo que pudiera creerse, la pimienta no ejerce acción irritante alguna sobre la herida.

Dorado del marfil y del vidrio. Trácese el dibujo que haya de dorarse con un pincel de pelo de camello mojado en cloruro de oro, y póngase después el marfil o vidrio sobre la boca de un frasco en el que se esté produciendo hidrógeno, lo cual se consigue echando ácido sulfúrico diluído sobre recortaduras de cinc. El hidrógeno reduce el cloruro de oro convirtiéndolo en oro metálico, que muy pronto adquiere su brillo característico. Por supuesto, la capa de oro que se forma es sumamente delgada.

Para pegar tejidos a superficies metálicas. existe una fórmula que puede ser útil en muchos casos.

Consiste en una mezcla de veinte partes de almidón, diez de azúcar, una de cloruro de cinc y ciento de agua.

Todos estos ingredientes se baten muy bien hasta que se obtiene un líquido homogéneo y fluido, entonces se pone a calor muy suave hasta que se espesa.

Cuando hay que administrar a un niño un medicamento pegajoso conviene calentar la cuchara sumergiéndola unos momentos en agua hirviendo y secarla bien antes de usarla. De este modo no queda nada adherido al metal.

Para que la madera no se hinche con la humedad. — En una botella que contenga un cuarto de litro de bencina se echa la cantidad de parafina rallada suficiente para la saturacin.

Con una brocha de pelo mojada en esta solución, se barniza la madera desnuda y en tiempo seco. La bencina penetra rápidamente en la madera arrastrando consigo la parafina que deja la superficie completamente lisa y suave.

El procedimiento es especial para ventanas, puertas y cajones.

Encáustico ininflamable. — En vez de disolver la cera, para comodidad de la aplicación, en la esencia de trementina se puede emulsionar en el agua. Las mixturas así preparadas tienen la ventaja de ser ininflamables, pero ofrece el inconveniente de tardar en secarse. Existen muchas fórmulas para la composición de estos incáusticos, la mayoría de las cuales llevan un baño de jabón con la adición de carbonato o tartrato alcalino. Pero los tartratos no dan buen resultado. En cambio el carbonato de potasa permite obtener emulsiones muy estables. Se emplea así: prepárase en caliente un baño con 500 c. c. de agua y 50 ó 60 gramos de jabón de Marsella raspado. Se añaden a la mezcla hirviente 10 gramos de carbonato de potasa anhidro y 50 gramos de cera de abejas, moviendo hasta la perfecta homogeneidad. Se guarda en vasijas bien tapadas y se recalienta hasta liquidarlo cuando se va a usar.

Limpieza del hule. — Los hules deben lavarse siempre con un paño grande y suave empapado en agua fría; y después se secan perfectamente con otro paño, y se les saca brillo con leche o con una solución muy débil de cera de abejas en esencia de trementina. Nunca deben usarse, para limpiar un hule, cepillos, brochas, jabón ni agua caliente. También puede lavarse el hule con partes iguales de agua y leche. Cada tres o cuatro meses se le da una mano de aceite de linaza y se le saca brillo con un pedazo de tela de seda.

Para pegar objetos de metal pequeños a otros artículos de madera, como, por ejemplo, los puños de los bastones, no hay más que disolver una parte de goma laca en escamas, en dos partes de alcohol de metileno.

El papel se impermeabiliza impregnándolo por ambas caras con una solución compuesta de 1 parte de gelatina 4 de agua, y 1 de glicerina. Después se coagula la gelatina sumergiendo el papel en una solución de 750 centímetros cúbicos de aldehido fórmico, en 5 litros de agua. Se deja secar el papel así tratado. En estas condiciones queda impermeable hasta para el vapor de agua.

Las cortinas de muselina de colores no deben lavarse nunca con agua caliente. Se hace agua de jabón con esta agua caliente, pero se deja enfriar antes de meter la tela. Si ésta es verde, añádase un poco de vinagre; si lila o rosa, una pequeña cantidad de amoníaco, y un poco de sal común si la tela es blanca o negra.

EL TORDO

El tordo es un mozo bien venido a menos.

Hijo de un estanciero rico, se lo pasaba cantando por los boliches, jugando, haciendo el amor.

No tiene hábitos de trabajo ni respeta el laborioso esfuerzo de sus semejantes.

Estaba habituado a andar en coche y se hace esa ilusión encaramado a las vacas mansas, rascándose, haragán, paseando por el campo.

No canta porque empeñó la guitarra por una deuda de juego, ni tiene un traje nuevo para un día de fiesta.

Ya le ves el vestido, color ratón, descolorido de viejo.

Cuando tenía plata, — que él no la había ganado, — intentó ser poseedor del nido más lindo del mundo y con ese fin reunió a todas las aves y les pidió expresaran las excelencias de sus casas.

El hornerito arquitecto le enseñó su palacio: con dos piecitas, con su zaguán amplio para dar paso al aire y a la luz y defenderse de la lluvia.

—Mira, le indicaba: no descuides la ubicación, que es el secreto del éxito, y el material: tierra negra, pastitos duros y este cemento, le señalaba. Hay que estar en guardia esperando la lluvia y luego de ésta el sol, momento propicio para laborar.

—Sí, sí, aprobaba el tordo; lo haré así.

Vino el boyero. Mostró su nido, su larga bolsa tejida primorosamente con fuertes crines de caballo y el fondo mórbido, con su colchoncito de plumas, de pelusa de flores.

—Es fácil de hacer, juzgó el tordo... Se toman las cerdas, se entrecruzan...

Las cerdas se las compras a los caballos?...

—No, hay que recogerlas pacientemente de los alambrados, donde ellos las dejan cuando se rascan.

—Dime por qué lo colocas sobre una elevada rama suspendida sobre el agua?

—Por precaución. El hombre no me lo puede robar fácilmente y si crece el arroyo o la laguna lo levanta siempre.

—Ah, muy bien; elijo tu fabricación.

Llegó la cotorra:

—Mi casa es sólida, segura y ventilada.

—¡Tan alta!

—Se vé más lejos, tenemos mejor aire.

—Prefiero tu casa.

El carpintero le mostró un tronco seco y martilló con su rudo pico de acero:

—Una residencia seca y sana.

—Muy linda; la quiero como la tuya.

La lechuza elogió su cueva:

—Es fresca en verano, caliente en invierno no se iuunda aunque llueva, es fácil de construir.

—Me gusta, me gusta...

El espinero que juzgaba su casa una fortaleza:

—¿Qué te parece?

—Muy bien defendida. Es la mejor.

La tacuarita chilló:

—Yo tengo un palacio de piedra, tordo.

—Es confortable tu fábrica.

Después vino el yarao, que anida en los pajonales de los bañados, el jilguero, y el zorzal, que ama los árboles bellos en el medio del bosque.

Todos le gustaban, pero ninguno dejaba de tener inconvenientes, exigían esfuerzos: acarrear barro, juntar cerdas, amontonar palitos, cavar la tierra, subirse a los árboles tan altos!

Pensó:

—Tengo plata, que trabajen los otros.

Tomó uno por uno a sus colegas y les ordenó:

—Hazme, sin fijarte en los gastos, un nido bien hecho, con todas las comodidades.

Pero, cuando llegó la hora de pagar, él ya no tenía dinero; no cumplió, y ninguno le quiso dar el nido en propiedad.

El desfachatado como dueño y señor, pone sus huevos en cualquier nido y después se va, tan campante, a pasear, espulgándose, arriba de las vacas.

El chingolo lo critica:

—He ahí los que medran... Yo soy artista, canto con amor y no tengo quien me proteja de los gorriones... El, haragán, sinvergüenza, engorda y se divierte.

El bicho-feo macho, que es un gran ironista, sonríe:

—No hables tan fuerte, chingolo; decir la verdad es peligroso; mira que he sabido que al señor tordo lo van a nombrar comisario...

MONTIEL BALLESTEROS

Como se ejecutan los trabajos de taxidermia

Ha pasado ya el tiempo en que los museos de historia natural, se componían únicamente de animales rellenos de paja, en actitudes rígidas y altivas que hacían de ellos verdaderas caricaturas de los seres que tenían la prtensión de representar; hoy el taxidermista se esfuerza en conservar al tigre, al águila, a la víbora o a la serpiente en su apariencia de vida, al conjunto de monos o de cabras en las actitudes características de estos animales, en conservar en todos ellos el mayor realismo posible.

Los útiles empleados por el naturalista preparador son de los más sencillos. Precisa de escalpelos, de pinzas de disección, martillos, limas, tijeras, leznas o agujas de esterero para coser; punzones de acero para horadar las patas y los huesos; cepillos especiales para aplicar las substancias antisépticas y brochas para facilitar el arranque de plumas y de pelos

Para montar los grandes cuadrúpedos, se les diseca cuidadosamente, quitándoles los músculos y la carne y limpiando la piel y los huesos de las partes blandas que en ellos se encuentren. Después, el taxidermista procede a practicar el desengrase, lo que se consigue quitando el tejido adiposo con un cuchillo de lámina muy delgada y muy cortante y frotando después la piel con yeso. Hecho esto, se deja macerar al animal en un baño antiséptico que impide la caída de los pelos y el desarrollo posterior de los insectos, enemigos de las colecciones.

En el montaje de piezas es esencialísimo. Ante todo, el taxidermista escogerá los hilos metálicos destinados a formar la armazón del animal y que servirá también para fijarlo a la peana. Estos hilos los extenderá a lo largo del lugar que el cuerpo y las extremidades del animal han de ocupar. Una vez formado el esqueleto y el animal relleno, se cubren las aberturas por medio de un hilo fuerte y embetunado. Se aproximan los bordes de la piel, se cosen y se peina ésta.

En la cabeza se acostumbra en algunos países a reemplazar el cráneo y las mandíbulas por un vaciado en cartón que permite ejecutar el trabajo con más naturalidad y más rápidamente.

Actualmente el taxidermista va abandonando este procedimiento y adoptando la *dermatoplastia*, con la que se hacen verdaderas maravillas.

Este procedimiento consiste en modelar en barro una estatua del animal tal como estaría sin piel, vaciarla luego en yeso y recubrirla con ella.

Los escultores que se dedican a modelar animales, han de hacer detenidas estudios anatómicos y conocer los movimientos de los animales y sus actitudes naturales.

El sistema para que el animal disecado reuna todas las cualidades esenciales ha de resultar: ligero, fuerte y duradero y proceder en la forma siguiente:

Primero se construye una armadura de madera o alambre sobre la cual se modela con escayola el animal a preparar. El modelado ha de hacerse con todo cuidado, observando tamaños y proporciones, sujetándose a las de la piel que le ha de cubrir. Sobre las diferentes partes modeladas se pone una capa de cola y ésta se cubre con muselina y sobre ésta unos alambres y una capa de pasta de cartón que ajuste exactamente en todos sus pleigues al modelo y al conjunto se le da una mano de goma laca lo que le da consistencia a las capas inferiores y una gran impermeabilidad.

Una vez bien seco todo, se mete en agua; la cola se disuelve y las secciones del maniquí se sacan del molde, para poder con ellas formar una reproducción del modelo de escayola. Por último se extiende la piel curtida del animal sobre el maniquí, se colocan los ojos y se dan los últimos toques y aquél queda listo para colocarlo en el grupo en el paisaje que corresponde.

Antes de montar el grupo, los artistas dibujan el modelo y estudian detenidamente las actitudes copiando las fotografías y apuntes hechos sobre el determinado animal.

La colocación de la piel en ambos procedimientos precisa ejecutar la operación con detenimiento; ir colocándola de modo que se adapte con exactitud y que no queden pliegues ni arrugas innecesarios. Después se peina cuidadosamente y el animal queda ya en disposición.

La preparación de los pájaros, más fácil que la de los mamíferos, exige, no obstante, precauciones delicadas para conservar las plumas con su brillante colorido. Se conservan por medio de inyecciones antisépticas en el aparato circulatorio, unas veces, otras, privándoles de ciertas vísceras. Para conservarlas al abrigo de la humedad, del polvo y de los insectos, se las envuelve en papel hasta que el montaje les facilita la gracia y el aspecto natural.

Las serpientes se desuellan por la boca, pero, para evitar accidentes, el preparador arranca previamente, cuando se trata de especies venenosas, los colmillos y extrayendo las vesículas venenosas.

Si las partes blandas no se pueden extraer por la boca, entonces se hacen unas incisiones en el vientre de 8 a 10 centímetros de largas y por ellas se extraen las vísceras y los músculos del animal. Preparada la piel se pasa al interior una corteza de preservativo y se introduce un hilo metálico en el cuerpo y se le hace rodear una especie de tronco de árbol con unas graciosas ondulaciones. Una vez colocada se lava con agua o con alcohol, se seca con un paño y se le aplica una capa de esencia de trementina para avivar sus colores, se le colocan los ojos de esmalte, se le figuran las vesículas con cera y se la barniza cuidadosamente.

En cuanto a los peces, como aun no se sabe eficazmente naturalizar a estos animales conservándoles los alegres tintes metálicos de su piel escamosa, se les coloca en un líquido espirituoso o se les diseca con precaución para que muestren su esqueleto.

Colaboración Espontánea

VENERACIÓN

(A mi idolatrado papá).

Si cuando era pequeña te adoraba
Con esa adoración de la inocencia,
Y cantando tu nombre me dormía,
y hasta quizá... soñando, con tu ausencia...

—¿Qué te habría reservado el pecho mío
Para este ocaso, en flor, de tu existenca;
Si entonces valorarte no podía,
Ni comprender de tu alma la grandeza?

Hoy que los actos de tu vida toda
Evoco en mis recuerdos, palpitante,
El ayer, como el hoy, como el mañana,
Junto al dolor te ven: siempre adelante.

Fuerte como el granito de las cumbres
Ante el embate de las recias olas;
Débil, como el suspiro de los niños
Ante el dolor humano que te llora.

Grande, como ha de serlo el que en la tierra
Puede llamarse grande, entre los grandes;
Efluvio de ternuras infinitas
Que al pasar sólo en tu camino expandes.

No hay para ti desiguáldad que mengüe
El respeto que al pobre se le debe,
Tus manos son para el humilde negro
Fuentes de oro en que sediento bebe.

Honrado y bueno, basta a tus afanes
Para brindarle el cielo de la gloria;
No das y esperas; vuelves tus miradas
A los que presos, claman tu memoria.

Y quisieras ser Dios de los poderes
Para que la justicia en tu balanza,
Pesara el gramo justo que hoy se niega
Al derecho que gime en la esperanza.

Al rico, no le finges, por ser rico;
Jamás tentó tus miras el dinero;
Tu aprecio firme conquistado tiene,
Con ser digno, cumplido y caballero.

No hay un ser desprovisto de egoísmo
Que al conocerte y estrechar tu mano,
Olvide lo gentil de tu acogida
En el veivén del oleaje humano.

Es tu sonrisa franca y expansiva,
Sintética expresión de tus bondades;
Corazón generoso — leal amigo,
Que el bien opones a todos los males.

¿Quién no te quiere, sin profundizarte?
¿Quién no te busca en sus vedadas sendas?
¿Quién ha llamado a tu servir constante,
Sin que constante, tu mano le tiendas?

Cuánto bien has sembrado, padre mío,
En tu parco poder, cuánta desdicha
Ha evitado tu ayuda en le quebranto;
"Con razón yo recojo las caricias
y gratitud de los que te aman tanto".

Y cómo los bendigo por amarte,
Y cómo les deseo días mejores,
Al que te *quiera*, como yo te *quiero*,
Le alfombraría su senda con flores,

Y les daría, si la omnipotencia
Me brindara virtud para el milagro,
Por cada pensamiento bueno y bello,
Un mundo de ternuras y de halagos.

Yo sé que a tus profundas convicciones,
Y a la extrema humildad de tu modestia,
Mi homenaje de elogio a tus virtudes
Te arrancará una lágrima en mi ausencia

Pero no me bastaba con pensarlo,
Ni con decirlo, cuando te nombraba;
"Las grandes almas", cual la tuya, padre,
Reclaman en el bronce ser grabadas.

Y si no en bronce, por la suerte adversa,
La humanidad te rendirá su culto;
A veces el silencio es la elocuéncia
Más sincera y ferviente en su tributo.

Déjame que aun les diga a los que ignoran,
Que a más de las virtudes que atesoras,
Eres un hijo, como Dios, de santo,
Y un padre sin igual: "luz en las sombras".

El modelo hecho carne, que el Dios hombre,
De su imagen creó, para que el mundo
Bendijese su obra. Y te bendijo,
Porque hicieses un bien grande y fecundo.

Y cumpliste en tal forma sus designios
Amando a todo ser, como aun hermano,
Que jamás te faltó en tus horas tristes,
El calor de su amor y de su mano.

Yo te veo enlazado a su divina
Figura. Caminando lentamente...
Cual dos Dioses hermanos que sufrieran.
"Por los que tienen que bajar la frente."

Y auroleados con vívidos reflejos
En los días de paz y de ventura,
Con dos astros de luz, en las tinieblas,
Por la esperada redención futura.

Absorta en la visión, vóime alejando
Del lápiz que esbozó mis sentimientos,
y besando tus manos de rodillas,
Recojo tus más bellos pensamientos.

Tu hija que te adora

CORINA.

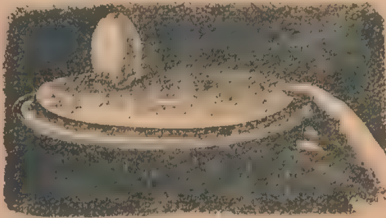
Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

EL HUEVO BAILARIN

Tómese un huevo cocido y duro, y colocándolo con cuidado sobre el revés de una bandeja bien pulimentada, désele a ésta un suave movimiento circular horizontal, y se verá que, a medida que el movimiento se acelera, empieza el huevo a ponerse derecho hasta estarlo por completo, girando alrededor de su punta, sobre sí mismo, como lo haría un peón.

Se debe tener presente, al cocer los huevos para estas experiencias, que han de colocarse en la cafetera verticalmente, para que el poco aire que queda dentro de ellos se reparta con igualdad, con relación a su eje, y pueda de este modo lograrse con más facilidad el equilibrio.



Se necesita algún aprendizaje para poder realizar la experiencia anterior; pero si se quiere acertar desde la primera vez, puede operarse de la manera siguiente:

Colóquese la bandeja sobre la mesa, de modo que sobresalga un poco su borde para poderla coger rápidamente. Puesto el huevo en medio de ella, imprímase un movimiento de rotación, por medio del cual se colocará derecho y girará sobre sí mismo, y en este momento se saca con rapidez la bandeja, y el huevo continuará girando con toda facilidad.

No. 40 — JEROGLIFICO (POR J. FERNANDEZ)

VOCAL 62 VOCAL

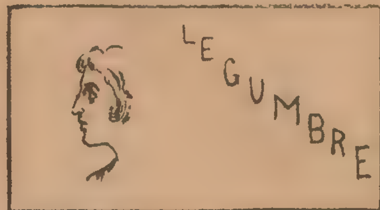
No. 41 — ¿QUE TAL FORTUNA TIENES?

S S
1 0 0 1
A

No. 42 — CHARADA

Cerca de unos prados,
que hay en mi lugar,
pasó un *prima cuatro*
por casualidad.
A una *cuatro tercia*
quisiéronle atar,
mas era *dos cuarta*
el dicho animal
y pudo escaparse
por casualidad.
Un *todo* a este punto
acertó a pasar,
dijo que era suyo,
lo llevó, y en paz.

No. 43 — COMPRIMIDO



No. 44 — MEDICAMENTO

E i U O — π 1000 — π OS

No. 45 — CHARADA

Dos prima es una prenda de (vestir;
prima dos es un juego de pai- (sanos;
tercia prima la ves en los pia- (nos
y *tres* siempre afinada la has (de oir.
Mi *todo* es un insecto
que a *todo* el mundo le hace (mal efecto.

No. 46 — COMPRIMIDO

T L A E

No. 47 — LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

N
O O
O
ENGAÑO
QUE
NOTA (invertido)
BRILLA

No. 48 — ¿QUE HABEIS CAZADO?

I I
SIGNO
II 2

No. 49 — CHARADA

He escrito una *tercia prima*
en honor de mi *total*,
que va a llegar por su fama
hasta el *dos tercera austral*.

No. 50 — COMPRIMIDO

M AN ESA ESA ESA ESA

No. 51 — OBJETO DE ADORNO



No 52 — CHARADA

1a. Mineral.
2a. Consonante.
3a. Idem.
4a. Superficie unida.

No. 53 — METATESIS

1234—Porción de líquido.
3214—Traje.
1432—Animal.
1234—En la antigua Francia
3214—Porción de agua.
1432—Parte de un traje.

PENSAMIENTOS

—El dolor es la única verdad irrefutable en este mundo. No hay ninguna metáfora que diga lo que han dicho nuestros padres y lo que repetirán nuestros hijos: "Globo sembrado de cenizas y lágrimas". — Lamartine.

—Encierra más política una virtud de Fenelón que todas las máximas de Maquiavelo. — X. X.

—La barbarie, el despotismo y la servidumbre ocupan aún la inmensa mayoría de las zonas geográficas del globo. — X. X.

—La piedad del mundo se aleja de las causas sanguinarias. — X. X.

—A excepción de un pequeño número de cabezas sanas, el pueblo no se compone sino de imbéciles prontos a correr al encuentro de sus cadenas. — Marat.

—Es preciso ser los más fuertes o los más amigos de los más fuertes. — X. X.

—En una república no corrompida, la idea de usurpar el poder no puede venir a la mente de ningún ciudadadano. — Maquiavelo.

—No se concibe un mal absoluto, que sería la negación de un bien absoluto, ni un eterno castigo para aquel que no ha podido cometer todo el mal posible. — Diderot.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

No. 26 — Sección continua.
No. 27 — Y yo soy el ama y punto final.
No. 28 — Dos sietemesinos.
No. 29 — Ensaladeras.
No. 30 — Solfeo.
No. 31 — "La Villana" del maestro Vives.
No. 32 — Doblegado.
No. 33 — Redimido.
No. 34 — Dolores de costado.
No. 35 — Vale más maña que fuerza.
No. 36 — Estados Unidos.
No. 37 — El Santo de la Isidra
No. 38 — Sobreentendido.
No. 39 — Sietemesino.

PAPEL Y TINTA

"Las sendas de Stambul" por Alfredo D. Ferreira.

Hemos seguido paso a paso la labor intelectual del joven escritor Alfredo D. Ferreira, que nos ha brindado en el espacio de pocos años cuatro obras en las cuales ha cultivado con singular acierto la prosa y el verso.

No podríamos precisar si lo uno supera a lo otro, pero sí podríamos afirmar que siendo su cualidad descollante la poesía, las obras en prosa no desmerecen en el parangón.

En "Las sendas de Stambul", ratifica don Alfredo D. Ferreira las cualidades que señaláramos con motivo de la aparición de "Glosario Lírico". Presenta su última obra concomitancias indudables con la anterior.

Se trata de un libro que se destaca por la belleza de la expresión, la suavidad exquisita y la fluencia interior de buena parte de sus poesías y el espíritu combativo que las anima a todas.

A pesar de que Ferreira desdeña en algunos momentos el burilamiento de sus versos, no por ello cae en la chabacanería, pues su espíritu delicado tamiza toda la obra, dándole un carácter uniforme.

"El grial de la Angustia", por Arturo Lescano.

Ya antes de ahora nos habíamos puesto en contacto con el espíritu del autor, con motivo de la publicación de "Canciones de adolescencia", del cual nos ocupamos en estas mismas columnas. Su autor,, don Arturo Lescano, se ha incorporado a la nueva pléyade poética con un bagaje intelectual bastante sólido.

En "El grial de la angustia", encontramos una cualidad dominante en toda su producción poética, y que quizá debiera ser la más recomendable a todo poeta joven; nos referimos a su discreción y homogeneidad en sus composiciones, que hacen de ellas un conjunto como no muchas veces nos ofrecen los nombres que poseyendo cualidades indiscutibles, aún no han logrado consagrarse definitivamente en la palestra de los valores intelectuales.

Esta cohesión entre sus diversas composiciones aquilata consiguientemente los méritos del libro del Sr. Lescano, el cual reune un buen número de condiciones positivas, que le podrán colocar con el transcurso del tiempo y el laboreo incesante de sus facetas más salientes, entre nuestros mejores cultivadores del verso.

Queremos señalar, sin embargo, una falla, y es esta; la falta de musicalidad y dureza de algunas poesías que las acercan a la prosa. Contrasta esta dureza con la riqueza de ritmos, lo variado de los motivos y las indudables condiciones que adornan al sr. Lescano.

R. de CASTRO ESTEVES

"Sol de amanecer", por Rosario Beltrán Núñez.

Las almas llevadas por el vuelo poderoso del ensueño, que se apartan siempre de las asperezas de la vida, que se alejan de lo pequeño y se rinden a la contemplación de la belleza,, son almas artistas, que, alto, muy alto de todo lo que empaña su cristal, buscan la suprema idealidad en lo eterno, donde la mano de Dios, ha dejado su huella.

Así este librito bello y simpático, con que se inicia la señorita Beltrán Núñez. Tiene toda la frescura de un alma impresionable y sincera, que situada ante el mayor encanto de la naturaleza, busca en ella la luz poderosa que alumbra su huella para revelarnos luego sus filosóficas deducciones.

Su libro es preciso y su estilo elegante y claro. No abundan las figuras rebuscadas, ni predomina en él una amargura, ni un dejo de melancolía. Simplemente, la deducción que nos produce la vida,, la filosofía que hace el espíritu ante la naturaleza. Así la autora se inspira en las rosas, en las hojas secas, en la miel del fruto, en los astros, en las tinieblas, etc.

Con una obra de esta índole, el alma se llena de una serenidad acariciadora. El corazón sediento o dolorido encuentra la divina embriaguez que lo hace estoico.

Nosotros que venimos observando la obra de esta joven escritora, su desenvolvimiento, su natural abandono ante la belleza, nos congratulamos en leer de este libro saturado de una frescura arrobadora, de una paz que acaricia, de una bondad que embriaga, obra altamente moral y honda, donde no asoma la menor sombra de maledicencia,, ni el más crudo realismo, obra del corazón que se siente con ansias de batir sus alas bajo la gloria de un Sol de Amanecer.

La señorita Beltrán Núñez, que es estudiosa, y su amor por lo bello extralimita siempre en páginas amables y sentidas, seguirá dando su fruto óptimo, pues, si bien está en estos trozos filosóficos que hablan al lector y le ofrecen toda la inspiración de su ser,, en el cuento campero, asocia su observación sabrosamente, y matiza estados de alma con suma habilidad.

"Sol de amanecer", es una obra simpática, donde la espontaneidad y la visión del pensamiento de la autora, surgen para dar al lector la dulce expresión de su ser que se encamina al ideal, ese ideal que es Norte en la senda del artista de verdad.

"Senderos de maya", por Julio Vignola Mansilla.

El autor de "El milagro inicial" y "Las ánforas de bronce", señor Julio Vignola Mansilla, acaba de publicar su tercer libro de versos, intitulado "Senderos de Maya".

Como "Maya", en sánscrito, significa "ilusión", resulta que el título de la obra es: "Senderos de Ilusión". Y, bien que le cuadra ese vocablo; pues, todo el pensamiento del libro es un constante peregrinar hacia lo incognoscible.

Vignola Mansilla, es un poeta que no se contenta con describirnos lo que ve, sino que va más allá: aspira a darnos el estado metafísico que tortura su alma. Sus estrofas musicales, pugnan por expresarse en forma filosófica; y, a fe que lo consigue, "una vez más el corazón se abre a su hechizo pasajero", "porque en la arena de la vida infinita — nuestro paso no deja huella alguna — y nuestros nombres son la ilusión de un día".

Las poesías de "Senderos de Maya", tienen un hondo contenido emocional; siempre son rítmicas, y un soplo humano — de hombre que ha vivido, — alientan sus versos candorosos e inspirados. El poeta que hay en Vignola Mansilla, sabe hallar la forma que mejor se adapta al motivo que trata. Por eso es que a veces, al final de sus composiciones, en una estrofa, sintetiza todo el pensamiento que venía desarrollando. De esta manera, alcanza a realizar la intensidad lírica que se había propuesto su autor.

Citemos algunos ejemplos: "Ellos ayer... tú hoy...", "Palabras del Lanú", "El inocente", "Los soldaditos", "Los marineros", y algunas más.

Otras veces, el ritmo se sostiene hasta el último verso, v. gr.: "Raquel", "Voces", etcétera.

Por lo que acabamos de decir, no vaya a creerse que el señor Vignola Mansilla se expresa en forma irregular, en cuanto al ritmo se refiere. No. Queríamos, simplemente, señalar un modo característico de este poeta, de quebrar, a ratos, la música del verso. La irregularidad de sus metros, es intencional, no inexperiencia del artista. Digamos también, que esa manera de escribir no deslucé la excelencia de sus concepciones poéticas,,, ni tampoco amengua la frescura espiritual que campea en la realización de sus delicados poemas.

En "Poemas del tren y de la ciudad de Tucumán", sus versos son más objetivos. Se apartan un poco de lo que venimos comentando. Aquí el poeta es descriptivo y sintético.

Merecen citarse entre otros: "El tren", "Los viajes que soñamos", "Cadena", "Los andenes vacíos", "Ciudad de Mate Luna", etc.

"Senderos de Maya", de Julio Vignola Mansilla, nos dice que estamos frente a buen poeta que se va superando.

José Mauricio PEIXOTO

"El espejo cóncavo", por José María Braña.

En breve se pondrá a la venta un volumen de cuentos tragicómicos titulado "El espejo cóncavo", original del señor José María Braña, autor de "El Señor Destino" y "Los malaventurados", dos obras que merecieron favorables conceptos de la crítica literaria española y cuyas ediciones están a punto de agotarse en la madre patria.

"La quicena social"

Hemos recibido el último número de la prestigiosa revista cuyana, la que, como de costumbre, trae un selecto material gráfico informativo, artístico y literario. Abre el número una artística fotografía realizada por Lorenzo Capra. Dirige el colega cuyano el avezado periodista señor Leonardo F. Napolitano.

"El Intérprete musical", por Edelmiro Mayer.

He aquí un diccionario interesantísimo para los que aman buscar en el instrumento musical el alma armonioso que a Beethoven transportó a regiones del ensueño, y supo buscar en ella la armonía extraña.

En este diccionario encontrarán los intérpretes del arte musical una gran riqueza que vendrá a aumentar sus conocimientos indispensables para los continuadores del sendero de los grandes músicos.

TEATROS

EL ESPEJO DE LAS DONCELLAS" EN EL AVENIDA

Na cabe duda de que la temporada organizada por el actor Valero en el Avenida, no es una intentona veraniega de un puñado de cómicos dispuestos a todo, con tal de salir del paso. No. Las piezas que nos ofreció en el debut demostraron que el repertorio había sido elegido con atención y en cuanto al conjunto artístico tampoco es posible desconocer que hay discretísimos elementos, capaces de interesar al público. Es plausible, particularmente, que tratándose de explotar el género alegre o picaresco, no se brindan expresiones de mal gusto y si obras amenas, con bastante sal y poca pimienta. Esto prueba que Valero es un actor que cuida su reputación y desea aumentarla.

Ultimamente se pusó en escena la tercera novedad de la temporada, el pasatiempo que lleva el título del epígrafe. Sus autores, Antonio y Enrique Paso, han ideado un argumento que, ,si no nuevo, es interesante, desarrollándolo con acierto. Cierto marajá quiere desposar a una doncella de verdad y publica un anuncio en los periódicos. Se entera el padre de una chica que practica la danza en cierta academia de bailes de reducido alumnado y tanto el director del establecimiento como el progenitor de la danzarina, ven una ocasión venida de perlas para percibir la apetitosa comisión que promete el magnate hindú. Una serie de episodios divertidos, cuando la acción se suscita en el país del marajá y se busca satisfacer al personaje mediante un espejo que acredita la doncellez de la candidata, se desenvuelven con agilidad en el curso de la pieza, en cuyos diálogos los autores han puesto toda suerte de chistes, apelando a provocar situaciones festivas para acrecentar la comicidad de las escenas.

El maestro Penella aprovechó bien los pasajes propicios para incluir números de música e intercaló danzas como un chárleston en el tercer cuadro, que fueron bien recibidos.

En sus papeles se destacaron las tiples Manrique,, Agueda y León, muy graciosas las tres, el actor Valero y los Sres. Salvador Catalán, que tienen a su cargo los personajes de mayor relieve de la pieza. El público aplaudió mucho "El espejo de la doncella", permitiendo suponer que se mantendrá en el cartel.

"SOMOS MUY MUJERCITAS" EN EL COMICO

Alberto Ballestero y el maestro Pibernat han estrenado una nueva producción revisteril en la sala a que están vinculados. La revista "Somos muy mujercitas", con no ser cosa del otro mundo, reveló al público agradables momentos de sus autores, en algunos cuadros y "skechs" no exentos de gracia y bien ejecutados por los elementos del conjunto. Así se destacan "El sueño del opio", "Algo nuestro" y "Varios personajes huyendo de un autor".

Demasiado extensa la revista, si se le efectuara una poda, posiblemente ganaría teatralmente y gustaría más al público, el que la acogió con simpatía.

ARANAZ EN EL ATENEO

Con la cooperación de discretos elementos inició una temporada de revistas en el Ateneo, el conocido actor Panchito Aranaz. El propósito fué cultivar el género picaresco y así lo revelaron las dos producciones del debut. "Si la va... la va" y "A pedir de boca", que pertenecen a esa clasificación de piezas "no aptas para señoritas" que atraen público femenino más que nada.

A la verdad, nada de notable tienen esas revistas, formadas por Aznar y Lerman, siendo más bien trasuntos, en cuanto a su originalidad, de otras piezas del género. Empero, han sido discretamente construidas y la sala se regocijó la noche de su estreno.

Este conjunto resolvió con posterioridad cambiar la índole de sus espectáculos, quitándole a las obras todo cuanto signifique audacias verbales y expresiones licenciosas, con lo cual gana la cultura el teatro y los espectadores .

PARA MUIÑO

El popular autor Alberto Vacarezza ha entregado a la dirección del Buenos Aires un sainete en verso en el que se refleja la época de la tiranía de Rosas, la cual pieza servirá para debut de la temporada de Muiño.

LA CASA DEL TEATRO

La Junta Ejecutiva de la Casa del Teatro proyecta efectuar el 8 del mes entrante la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental de la institución. Serán invitadas las entidades artísticas de los países vecinos a enviar delegaciones para dar mayor relieve al acto.

MAS REVISTAS VERANIEGAS

Es incuestionable que este verano es proficuo en temporadas bataclánicas. A los varios conjuntos que vienen actuando en plena canícula, hay que agregar el que han organizado los sres. Weisback y Doblas y que ha debido presentarse, si no han fallado los cálculos de los directores, en estos postreros días.

He aquí la nómina de los elementos que constituyen estas flamante compañía: Maestro director y concertador, Rafael Palacios; primera tiple, Marina Palmero; actrices; Lola Be y Lola Flores; primeras bailarinas, Lilián, Germain Riux y Oterito de Naya; segundas tiples, Carmen Nicolai, Ana Dormal, Amelia Lafuente, Angélica Amorós, Carmen Giocconda, Delia Valverde, Inés Goldoni, Haydée Valenzuela, Celia Peña, Nélida Silva, Elba Peccina, Lina Delouse, Elena Goldani, Marina Martínez, Inés Gogloti, Rosa Maidana, Elvi-Sister, Genoveva Erkman y Cristina Méndez; actores, Luis Vigneri, Leopoldo Gasso, P. Romeu, R. Carlos Dix.

Como novedades, anuncia la dirección "Como Dios las echó al mundo" y "La maja desnuda", escritas por los autores nombrados al principio, con música del maestro Palacios.

JOSE GOMEZ EN EL PRINCIPE

Se ha presentado en el teatro Príncipe la compañía nacional que encabeza el actor José Gómez, comediante dedicado al teatro ibseniano. Gómez puso en escena la noche del debut "Los espectros", la famosa obra que el mismo autor representó innumerables veces en el Marconi, en aquella inolvidable temporada que se clausuró con un homenaje al intérprete de Osvaldo, en mérito a haber sostenido en el cartel aquella pieza, tanto tiempo como sostiene Carcavallo en su teatro un sainete...

El día en que Gómez visite Noruega es casi seguro que las autoridades le nombrarán hijo adoptivo.

SIGUEN LAS OPERACIONES

En el Nuevo están consagrados con tesón a las películas. Hace no sabemos ya cuántos días los anuncios incluyen la cinta "La ciencia y la mujer" con sus quince operaciones de parto y todo hace pensar que la cirujía cinematográfica tenga para rato. El cine hoy día es algo que invade todas las jurisdicciones, ya que tan pronto nos ofrece los amores de Luis XV como la reconstrucción de Don Quijote o el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

En el Nuevo están por las intervenciones quirúrgicas, quizás porque las políticas decretadas estos últimos días no caben en un teatro y requieren todo el territorio de un estado...

"LOS MODERNOS MANDAMIENTOS", EN EL PORTEÑO

Esta revista recientemente estrenada y que firman los sres. A. Le Pera, A. Ballestero y D. Gainza, es una producción de verano de esas que sirven para llenar un claro del programa. Sin duda sus autores no se dispusieron a atentar contra su equilibrio cerebral, ya que los profesionales del teatro, como todos los profesionales, ahorran sus esfuerzos cuando no hay que gastar pólvora en chimango. Para una temporadita veraniega como la del Porteño, cualquier cosa sencilla y en este sentido sería injusto exigir mayor alarde de ingenio.

"Los modernos mandamientos" son una sucesión de cuadros agradables, ligeros, algunos más bonitos que otros y lo mejor que tiene son los números de baile, bien ejecutados.

La gentil Dorita Lloret, simpática tiple, se luce en esta revista y es muy festejada. El auditorio del Porteño escuchó la novedad con atención y la aplaudió amablemente.

NACIONAL

Entra en su última semana de actuación la compañía de Carcavallo, después de largos meses de labor continua y proficua. A fines del corriente, el Nacional pondrá un paréntesis de descanso de un mes o mes y medio, durante el cual la empresa preparará la nueva temporada para lo que tiene en cartera obras de autores de la casa.

"BUENOS AIRES AL FRAPPEE"

La última revista que estrenó al compañía de Rando en el Sarmiento, antes de trasladarse a la Comedia, está como las dos que se hicieron conocer la noche de la presentación, formada por los Sres. Guillermo A. Cayol y Bertelli García. Es cierto que ya muy poco de nuevo puede esperarse de una revista,, como que el número de las escritas es realmente alarmante. Pero lo que debe esperarse es que cada escritor eche mano de su ingenio para urdir diálogos ligeros y amenos, que cumplan con la finalidad bataclánica de divertir al espectador. Durante el verano se diría que el ingenio de los revisteros sufre los efectos de la estación. Es así que "Buenos Aires al frappée" ha dejado helado a quien se prometía reir cosas graciosas. La revista mientras exhibe cantos y bailes resulta mucho más entretenida que en los cuadros hablados, donde en rigor de verdad sólo se dice por equivocación un chiste de buena ley.

La tiple Lucy Clory y la danzarina Velázquez sobresalieron del conjunto, pero más que ninguna llamó la atención la bailarina Davis, el mejor elemento del elenco.

Esta compañía se trasladó a la sala de la Comedia prosiguiendo su temporada.

GRAND SPLENDID

Ha preparado un interesante programa para la semana que se inicia la empresa de este aristocrático salón, que se caracteriza por la distinción social de las familias que asisten a los espectáculos.

Puede por tanto esperarse que las funciones a efectuarse en el Grand Splendid ofrecerán la misma impresión de la semana pasada, en que a pesar de los rigores de la estación mucha gente acudió a este bello cine.

CAPITOL

La acreditada sala vecina del Grand Splendid tiene su público que no la abandona en ninguna época del año. Precisamente al visitarlo en estos días, el cronista advirtió una concurrencia que no tienen muchos salones centrales. Hay que recordar que en esta sala se exhiben bonitas películas.

GLORIA

El bonito salón que administra don Marcos Sánchez se llena los domingos, feriados y aún los sábados indefectiblemente ofreciendo salas bien nutridas el resto de la semana.

Las atrayentes cintas que brinda el cartel son un acicate para el público disperso por la avenida de Mayo, que penetra en el Gloria antes que a otros salones.

PARC

Esta sala de Palermo no tiene nada que envidiar a otras más conocidas por el público afecto al espectáculo silencioso. Se pasan interesantes películas de marcas acreditadas e invariablemente el cine Parc tiene mucho público que busca su programa cinematográfico, siempre selecto.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. MODELO COURTESIEN. — Traje para tarde, confeccionado en crespón Georgette color rojo, con volante de encaje teñido en el mismo tono del traje. — 2. Traje sencillo, ejecutado en crespón marocain color gris, trabajado con nervaduras. Flor hecha con cintas de la misma tela, colocada sobre el hombro.

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.